CUADERNOS HISPANOAMERICANOS



MADRID
ABRIL, 1959
112

CUADERNOS HISPANO-AMERICANOS

•

LA REVISTA

que integra

al MUNDO

HISPANICO

en la

cultura de

NUESTRO

TIEMPO

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

Desde 1948 esta Revista viene integrando el mundo hispánico en la cultura de nuestro tiempo. ● Por su atención a las manifestaciones profundas de sentir, del pensar y del crear hispanoamericano, y por su reflejo claro y español del latido espiritual de Europa, CUADERNOS es y seguirá siendo:

LA REVISTA DE AMERICA PARA EUROPA
LA REVISTA DE EUROPA PARA AMERICA

DIRECCIÓN, SECRETARÍA LITERARIA
Y ADMINISTRACIÓN

Avda. de los Reyes Católicos.
Instituto de Cultura Hispánica.

Teléfono 24 87 91 *

Dirección.........	Extensión	250
Secretaría.........	—	249
Administración.	—	221

MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Seis meses	100	pesetas.
Un año	190	—
Dos años	350	—
Cinco años	800	—
Ejemplar suelto	20	—

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D. ....

con residencia en ....

calle de .... núm. ....

se suscribe a la Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de .... a partir del número ...., cuyo importe de .... pesetas se compromete a pagar a la presentación de recibo / contra reembolso (1).

Madrid, ... de .... de 195...

El suscriptor,

La Revista tendrá que remitirse a las siguientes señas: ....

....

(1) Táchese lo que no convenga.

EDICIONES CULTURA HISPANICA

"Ediciones Cultura Hispánica" es hoy la única empresa editorial al servicio de Iberoamérica y Filipinas que viene realizando tenazmente, año tras año, el intento más considerable entre los pueblos de habla española, para dar a conocer las vivencias culturales de la comunidad hispánica y los más importantes hallazgos en el amplio campo del pensamiento y de la cultura contemporánea.

Desde su fundación, en el año 1945, toda una serie de volúmenes aparecidos en una ininterrumpida y sistemática labor han puesto de manifiesto ante el público lector el esfuerzo editorial que significa proyectar, a través de sus diversas colecciones, sobre las clases cultas del mundo entero, la multiforme realidad hispanoamericana.

Literatura, Arte, Filosofía, Poesía, Ensayo, Historia, Geografía, Economía, Derecho, etc., son materias que, a través de las más consagradas y amenas plumas iberoamericanas y españolas, ofrece a sus lectores "Ediciones de Cultura Hispánica".

Nombres prestigiosos, como los de Ramón Menéndez Pidal, José Vasconcelos, José María Pemán, Carlos Pereyra, P. Constantino Bayle, S. J.; Juan Manzano, Gonzalo Zaldumbide, Mercedes Ballesteros, Víctor A. Belaúnde, Pedro Laín Entralgo, José Arce, Gerardo Diego, Eduardo Carranza, Leopoldo Panero, entre otros muchos, avaloran su catálogo editorial.

Pero hay más: "Ediciones Cultura Hispánica", nacida al servicio de los intelectuales de Hispanoamérica, en su deseo de acercarse cada vez más a la meta cultural que a sí misma se ha asignado, ofrece a todos los centros culturales del Mundo Hispánico, así como a los particulares, la posibilidad de recibir cualquier obra publicada por editoriales españolas y toda clase de libros antiguos o modernos, por cuenta de los interesados y a través de su distribuidora exclusiva para todo el mundo que es "Ediciones Iberoamericanas, S. A." (E. I. S. A.), Pizarro, 17, Madrid, y a ella, o a sus representantes en el exterior, pueden dirigirse para que les sean remitidos nuestro catálogo o nuestros libros, contra reembolso.

Igualmente, para todas aquellas obras que por su índole no encajen dentro de nuestro marco de publicaciones, "Ediciones Cultura Hispánica" se compromete a editar por cuenta de sus autores, y a través de su distribuidora E. I. S. A., cualquier original que nos envíen, encargándose muy gustosamente, de acuerdo con las indicaciones o sugerencias del autor, de la elección de formato, selección de papel, corrección de pruebas y realizar el envío, una vez concluída, de la obra cuya impresión se le encomiende.

AVENIDA DE LOS REYES CATÓLICOS (Ciudad Universitaria)

MADRID (España)

ULTIMAS PUBLICACIONES DE EDICIONES CULTURA HISPANICA

Los estudios hispánicos en los Estados Unidos, por Ronald Hilton; versión y adaptación española de Lino Gómez Canedo, O. F. M. Ediciones Cultura Hispáuica. Colección "Historia y Geografía". Madrid, 1957. 24 × 17 cms., 496 págs., 135 ptas.

Fruto del creciente interés que despierta hoy en los Estados Unidos la historia de la cultura hispánica es esta obra de Ronald Hilton, profesor de la Universidad de Stanford. Cataloga acertadamente, con comentarios precisos, todos los fondos hispánicos —más numerosos e importantes de lo que a primera vista parece— de los archivos, bibliotecas, museos, sociedades científicas, galerías de arte y fundaciones particulares existentes en los Estados Unidos.

Está admirablemente traducido este trabajo, adaptándolo al español, por el P. Lino Gómez Canedo, O. F. M., tan profundamente conocedor de todos los temas estadounidenses por los prolongados años que lleva residiendo en dicha nación.

Las relaciones culturales y morales entre el viejo y el nuevo continente (Respuestas al Cuestionario de la U. N. E. S. C. O). Ediciones Cultura Hispánica. Colección "Historia y Geografía". Madrid, 1957. 24 × 17 centímetros. 584 páginas. 100 pesetas.

Con un interesante prólogo, debido a la pluma de José María Pemán, aparece este volumen, donde se recogen las contestaciones de más de cincuenta personalidades de la intelectualidad hispanoamericana a la "encuesta" formulada por la U. N. E. S. C. O., que le fué encomendada en Buenos Aires a la Fundación Vitoria y Suárez. Profesionales y técnicos de las más diversas ramas del saber, sobre un "patrón-base" proporcionado por la Organización Universal, han dado su opinión sobre tan importante tema. Propugna Pemán en su prólogo la integración de todos en la cultura, único modo de "relación cultural" que existe, y así todas estas personalidades, al responder al acuciante problema, lo han hecho desde los más diversos y originalísimos aspectos, para cerrar en su conjunto este libro, que puede ser base fundamental para un entendimiento en el futuro, mejor y más profundo, de lo que debe ser Hispanoamérica con relación a Europa.

Haití, por Ricardo Pattee. Ediciones Cultura Hispánica. Colección "Pueblos Hispánicos". Madrid, 1957. 21 × 15 cms., 448 páginas, 149 ptas.

Viajero infatigable, catedrático en diversas universidades de Europa y América, Ricardo Pattee ha vivido más de veinte años en Haití. Producto de sus observaciones constantes durante este largo período de tiem-

po, dirigidas por su carácter meticuloso y culto, es este libro que estudia profundamente cuantas inquietudes históricas, sociológicas, internacionales, culturales, literarias, pedagógicas y religiosas ha sentido esta república antillana, mucho más unida a nuestro sentir hispánico de lo que solamente por el estudio de su historia pudiera deducirse.

La ética colonial española del siglo de oro, por el doctor Joseph Höffner. Escrito preliminar de Antonio Truyol Serra. Versión española de Francisco de Asís Caballero. Ediciones Cultura Hispánica. Colección "Historia y Geografía". Madrid, 1957. 24 × 17 centímetros. 576 páginas. 180 pesetas.

Al bosquejar la historia esplendorosa de nuestros antepasados, el doctor Höffner se acoge a los resultados de la moderna investigación historiográfica: es decir, va consultando las fuentes documentales y todos los cronistas de las Indias. Una abundante bibliografía sirve de fundamento al criterio hermenéutico y heurístico que perfila en la obra su autor.

En tres partes se divide la obra: en la primera se desarrolla el Fondo Histórico-espiritual de la Etica Colonial del Siglo de Oro, a través de apreciaciones sobre el universalismo de *orbis christianus,* medioeval; en la segunda parte se explica el encuentro de dos mundos, penetrando en los ideales españoles y el advenimiento del Nuevo Mundo, y, por último, en la tercera parte se esboza un ensayo sobre el despertar de la conciencia cristiana, a través de los primeros avances de los misioneros.

Obra marcadamente científica y de auténtica vena cristiana, es digna de merecer la mayor y auténtica atención.

Maravillosa Bolivia, por Ernesto Giménez Caballero. Ediciones Cultura Hispánica. Colección "Ambos Mundos", Madrid, 1957. 21,5 × 14,5 cms., 188 págs., 65 ptas.

La pluma audaz y moderna de Ernesto Giménez Caballero nos descubre una Bolivia "maravillosa", de tradición histórica y de realidades positivas. Producto de su inquietud observadora y analista es este libro sobre tan hispánica nación como es Bolivia, a la que Giménez Caballero califica, con su espíritu sutil y acertado, de "clave de América".

Filipinas, país hispánico, por Blas Piñar López. Ediciones Cultura Hispánica. Colección "Varios". Madrid, 1957. 21 × 16 centímetros, 32 páginas.

En este breve pero interesante estudio se comenta la llamada "ley Cuenco", que ha aumentado la enseñanza del español en Filipinas en las diversas Facultades. Dicha ley, votada favorablemente en la Cámara y en el Senado, ha obtenido el refrendo del Presidente de la República, Carlos P. García, pese a la dura campaña que en contra se ha levantado en las islas.

El problema, pues, es ahora el siguiente: sobre el tagalo no hay duda: es el idioma nacional. Pero es necesaria otra lengua, una lengua de entendimiento, de valor internacional. ¿Español o inglés?

Blas Piñar propugna un amplio y ambicioso programa cultural, con la colaboración de Hispanoamérica, para reavivar el idioma castellano en las islas Filipinas.

La Inquisición española y los problemas de la cultura y de la intolerancia. (Aportaciones inéditas para el estudio de la cultura y del sentimiento religioso de España), tomo II, por el P. Miguel de la Pinta Llorente. Ediciones Cultura Hispánica. Colección Historia y Geografía. Madrid, 1958. 24 × 17 centímetros, 228 págs., 80 ptas.

Continuando el camino señalado en el primer tomo de esta obra, el P. de la Pinta Llorente, O. S. A., utiliza materiales de primera calidad, inéditos hasta la fecha, y que se conservan en nuestro Archivo Histórico Nacional de Madrid. Continúa el P. de la Pinta manteniéndose al margen de la apología y de la detracción del Santo Oficio, laudable línea de conducta de todas sus obras, marcada irreductiblemente desde el principio de su labor investigadora.

CONVOCATORIA DE VI PREMIOS CLUB ESPAÑA PARA ARTICULOS DE PRENSA PUBLICADOS EN MEXICO SOBRE TEMA HISPANICO

AÑO 1959

CLUB ESPAÑA, A. C.

Av. Insurgentes, 2.390. Ciudad de México (20)

El Club España, A. C., de la Ciudad de México, confirma su concurso mensual permanente del periodismo mexicano, y convoca al sexto concurso anual de Periodismo, que se otorgará con arreglo a las siguientes bases:

1. Cada mes se otorgará un premio de $ 500,00 al mejor artículo o ensayo aparecido en las publicaciones periódicas mexicanas, y que mejor recoja el sentido hispánico, al mismo tiempo que reúna las máximas calidades literarias.

2. Saliendo de antemano al paso de torcidas interpretaciones, se aclara que, de acuerdo con el diccionario de la Real Academia Española, y con los autores consagrados como autoridades en estas cuestiones, Hispanidad es "Carácter genérico de todos los pueblos de lengua y cultura española".

3. Solamente podrán presentarse al Concurso los artículos o ensayos que hayan sido publicados durante el mes anterior al que corresponde cada concurso y cuyo autor sea de nacionalidad mexicana. La publicación deberá haberse hecho en cualquier lugar del territorio de los Estados Unidos Mexicanos, y en una publicación periódica, tales como diarios, revistas o boletines.

4. Podrán presentar los artículos al Concurso sus autores, los directores de las publicaciones en que han sido publicados, cualquier lector de los artículos que estime que merecen ser presentados al Premio, y los propios miembros de los Jurados de los Concursos.

5. Los artículos concursarán —desde luego— a favor de su autor, fuese quien fuese quien los presente a los Concursos.

6. Los artículos habrán de presentarse recortados de la publicación en que han aparecido y pegado en hojas de papel blanco tamaño aproximado 28 × 21 cms. El recorte se hará tal y como se haya insertado el artículo en la Prensa, con sus propios titulares y firma cuando la llevase. Y en hoja aparte del mismo tamaño se acompañará —igualmente recortada y pegada— la cabecera y fecha de la publicación.

7. Al pie de todas las hojas se expresará claramente el nombre y domicilio completo del autor del artículo, o de la persona que los presenta al Concurso cuando no fuese el autor.

8. Los originales habrán de presentarse en las oficinas del Club España, A. C., Avenida de los Insurgentes, 2390, Ciudad de México (20), y precisamente antes de las doce de la noche del día 8 del mes siguiente al que se publicaron los artículos. Los que se remitan por correo habrán de estar en las mencionadas oficinas antes de la hora y fecha señaladas; aunque hubiesen sido depositados en el correo de origen con anterioridad a la misma fecha, si se reciben después del plazo indicado, serán rechazados.

9. Un Jurado competente fallará cada mes el Concurso correspondiente, siendo inapelable el fallo. Este se publicará en la Prensa diaria de la capital mexicana en la última decena de cada mes.

10. El Jurado tendrá facultades para declarar desierto el premio al concurso mensual cuando los artículos o ensayos presentados no cubran los requisitos de orientación y calidad establecidos en la primera de estas bases.

11. El artículo que resulte premiado cada mes se publicará en la revista *España*, órgano oficial del Club España, A. C.

12. No serán devueltos los artículos presentados al Concurso, ni se mantendrá correspondencia alguna sobre los mismos.

13. Además de los premios mensuales de $ 500,00 cada uno, anualmente se entregará el "Premio Club España para Artículos en la Prensa Mexicana", el cual será adjudicado al autor del artículo mejor de los seleccionados y premiados en el transcurso del año en los concursos mensuales. Este premio extraordinario será único y consistirá en Placa de Plata y 5.000,00 pesos mexicanos. El fallo de este premio se hará público el 12 de octubre de cada año, Día de la Hispanidad.

14. Para la adjudicación del "Premio Anual de Artículos en la Prensa Mexicana" se entiende que cada año abarca desde el concurso del mes de octubre hasta el mes de septiembre siguiente.

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

Revista Mensual de Cultura Hispánica

Depósito legal: M-3.875-1958

112

DIRECCIÓN, ADMINISTRACIÓN
Y SECRETARÍA

Avda. de los Reyes Católicos.
Instituto de Cultura Hispánica.
Teléfono 24 87 91

M A D R I D

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos que se le envían espontáneamente. Su contenido puede reproducirse en su totalidad o en fragmentos, siempre que se indique la procedencia. La Dirección de la Revista no se identifica con las opiniones que los autores expresen en sus trabajos respectivos.

CORRESPONSALES DE VENTA DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

ARGENTINA: Eisa Argentina, S. A. Araoz, núm. 864. *Buenos Aires.*—BOLIVIA: Gisbert y Cía. Librería La Universitaria. Casilla núm. 195. *La Paz.*—BRASIL: Fernando Chinaglia. Distribuidora, S. A. Avenida Vargas, núm. 502, 19 andar. *Río de Janeiro.*—Consulado de España en *Bahía.*—COLOMBIA: Librería Hispania. Carrera 7.ª, núms. 19-49. *Bogotá.*—Carlos Climent. Instituto del Libro. Calle 14, números 3-33. *Cali.*—Unión Comercial del Caribe. Apartado ordinario núm. 461. *Barranquilla.*—Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núms. 47-52. *Medellín.* Abelardo Cárdenas López. Librería Fris. Calle 34, núms. 17-36-40-44. Santander. *Bucaramanga.*—COSTA RICA: Librería López. Avda. Central. *San José de Costa Rica.*—CUBA: Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, núm. 407. *La Habana.*—REPÚBLICA DOMINICANA: Instituto Americano del Libro. Escofet Hermanos. Arzobispo Nouel, núm. 86. *Ciudad Trujillo.*—CHILE: Inés Mújica de Pizarro. Casilla núm. 3.916. *Santiago de Chile.*—ECUADOR: Selecciones, Agencia de Publicaciones. Nueve de Octubre, núm. 703. *Guayaquil.*—Selecciones, Agencia de Publicaciones. Venezuela, núm. 589, y Sucre, esquina. *Quito.*—REPÚBLICA DE EL SALVADOR: Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga, 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador.*—ESTADOS UNIDOS: Roig Spanish Books. 575, Sixth Avenue. *New York 11, N. Y.*—FILIPINAS: Andrés Muñoz Muñoz. 510-A. Tennessee. *Manila.*—REPÚBLICA DE GUATEMALA: Librería Internacional Ortodoxa, 7.ª Avenida, 12, D. *Guatemala.*—Victoriano Gamarra. Centro de Suscripciones. 5.ª Avenida Norte, núm. 20. *Quesaltenango.*—HONDURAS: Señorita Ursula Hernández. Parroquia de San Pedro Apóstol. *San Pedro de Sula.*—Señorita Hortensia Tijerino. Agencia Selecta. Apartado número 44. *Tegucigalpa.*—Rvdo. P. José García Villa. *La Celva.*—MÉXICO: Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, núm. 52. *México, D. F.*—NICARAGUA: Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua.* — Agustín Tijerino. *Chinandega.*—REPÚBLICA DE PANAMÁ: José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, núm. 3. *Panamá.*—PARAGUAY: Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, núm. 209. *Asunción.*—PERÚ: José Muñoz R. Jirón Puno (Bejarano), núm. 264. *Lima.*—PUERTO RICO: Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box, núm. 1.463. *San Juan de Puerto Rico.* URUGUAY: Eisa Uruguaya, S. A. Calle Obligado, 1.314. *Montevideo.*—VENEZUELA: Distribuidora Continental. *Caracas.*—Distribuidora Continental. *Maracaibo.*—ALEMANIA: W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel Gereonstr, núms. 25-29. Koln, 1, Postfach. *Alemania.* — IRLANDA: Dwyer's International Newsagency. 268, Harold's Cross Road. *Dublín.*—BÉLGICA: Agence Messageries de la Presse. Rue du Persil, núms. 14 a 22. *Bruselas.* — FRANCIA: Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *París (VIème).*—Librairie Mollat. 15, rue Vital Carles. *Bordeaux.*—PORTUGAL: Agencia Internacional de Livraria e Publicações. Rua San Nicolau, núm. 119. *Lisboa.*

ADMINISTRACION EN ESPAÑA

Avda. Reyes Católicos (Ciudad Universitaria)
Teléfono 248791

MADRID

Precio del ejemplar ... ... 20 pesetas.
Suscripción anual... ... ... 190 pesetas.

Gráficas VALERA, S. A.—Libertad, 20.—Teléfono 21-58-65.—Madrid.

INDICE

Páginas

ARTE Y PENSAMIENTO

CORONEL URTECHO, José: *El hombre americano y sus problemas*... 5
BENN, Gottfried: *Siete poemas de "Apreslude" (1955)*... 18
QUIÑONES, Fernando: *La rata* 23
XYZ: *Jacinto Grau* 27
ESPINOSA, Miguel: *Configuración del primer humanismo occidental*... ... 28
SOTO VERGÉS, Rafael: *La agorera* 41
XYZ: *Españoladas a granel* 45
MAYER, Romilda: *Una taza de café* 46

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

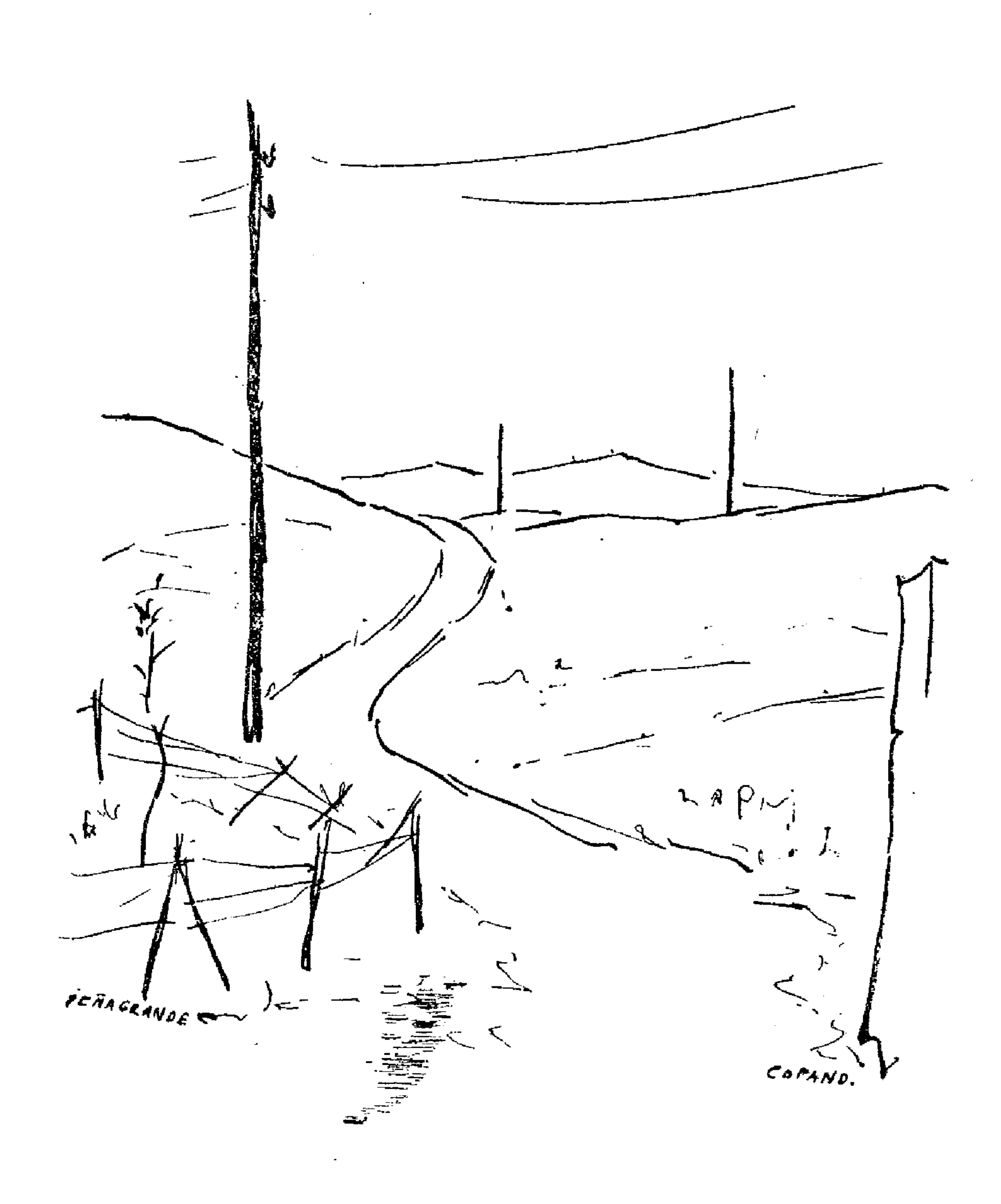
Sección de notas:

CORABIA, Dimas: *Ludwig Zeller, poeta mágico* 53
SÁNCHEZ CAMARGO, Manuel: *Indice de exposiciones*... 59
ESTEVA FABREGAT, Claudio: *Octavio Paz, un ritmo existencial en la poesía.* 63
GONZÁLEZ SEARA, Luis: *Morella, una lección de historia* 65

Sección bibliográfica:

BAYO, Manuel José: *Poética y realidad en el cancionero peninsular de la Edad Media* 68
SOTO VERGÉS, Rafael: "*Teoría de los juegos*", de Roger Caillois 71
GIL NOVALES, Alberto: *En la hoguera* 74
QUIÑONES, FERNANDO: *Sobre un nuevo libro de poesía andaluza*... 76
GIL NOVALES, Alberto: *Un bufón antisemita*... 78
CANO, José Luis: *El visitante* 82
AMADO, Antonio: *Revelación del Paraguay* 84

Portada y dibujos de Juan José Copano. En páginas de color, el trabajo *Mariana de Jesús: sangre española, corazón quiteño,* de Aurelio Espinosa Polit, S. I.



ARTE Y PENSAMIENTO

EL HOMBRE AMERICANO Y SUS PROBLEMAS

POR

JOSE CORONEL URTECHO

II

En mi conferencia del jueves pasado, como espero recuerden ustedes, llegábamos al momento en que el intelectual hispanoamericano descubría el punto de vista norteamericano. El modelo de ahora, para dejar de parecerse a España, no era ya Francia, ni siquiera Inglaterra, sino los Estados Unidos de América. No olvidemos la frase de Sarmiento, que fue en su tiempo como un "slogan": "Seamos los Estados Unidos". Alberdi, el que sentó las bases de la Argentina, no ocultaba su preferencia por los anglosajones. Decía que un país sin ingleses es como un bosque sin pájaros. Ahora proponía un nuevo tipo de hombre para Hispanoamérica: el *yankee* hispanoamericano. Lo más significativo es que Alberdi haya elegido la palabra *yankee*, que específicamente designa al hombre de la Nueva Inglaterra y en general del norte, como distinto del hombre del sur de los Estados Unidos. Este último, como se sabe, tiene un sentido de la vida y del hombre más parecido al del hispanoamericano que al del del *yankee*. Pero, precisamente, lo que aquellos ilustres argentinos consideraban ejemplar en el *yankee* era su genio para la industria, su decidida vocación para el comercio, su incontenible dinamismo, o sea lo que el chileno Francisco Bilbao llamaba entonces su "espíritu devorador del tiempo y del espacio".

Alberdi proponía que imitando a la América *yankee,* Hispanoamérica o, por lo menos, la Argentina "encaminara sus propósitos a la industria". Para Sarmiento "se trataba —como él decía— de ser gaucho o no serlo, de usar poncho o levita, de andar en carreta o en ferrocarril, de caminar descalzo o usar botines, de ir a la pulpería o a la escuela". Sin embargo, el progreso por el progreso —el progreso a lo *yankee*— no entusiasmaba de igual modo a todos los intelectuales hispanoamericanos de aquella generación, apasionadamente liberales y hasta revolucionarios, como tampoco —aunque parezca extraño— a todos los positivistas de las siguientes generaciones decimonónicas. El chileno Lastarria rechazaba —decía él— "la doctrina que considera el progreso material y el predominio de la riqueza como únicos elementos de orden político". Y el argentino Juan Agus-

tín García se llenaba de horror pensando en la Argentina "como una colosal estancia erizada de ferrocarriles y canales, llena de talleres, con populosas ciudades, abundante en riquezas de todo género, pero sin un sabio, un artista, un filósofo". Así apuntaba ya, desde temprano, la actitud de los modernistas a que me refería el jueves anterior. La diferencia principal entre los unos y los otros consistía en que el pensamiento de los primeros liberales y los positivistas era un pensamiento político, enteramente circunscrito por la política, mientras la posición moderna trascendía de la política y se orientaba hacia la poesía. Para los intelectuales hispanoamericanos anteriores o ajenos al modernismo, las posiciones de la inteligencia, puesta en el punto de vista norteamericano, se complicaban políticamente, debido a la actitud de los Estados Unidos hacia Hispanoamérica, al trato que recibían nuestros pueblos del Gobierno o del pueblo norteamericano.

Deliberadamente prescindo aquí de toda referencia a esas dificultades o conflictos, porque sólo indirectamente afectan a las ideas del hombre hispanoamericano sobre sí mismo y a su manera de proyectarse como hombre. Baste indicar la forma en que tales ocurrencias históricas afectaban al punto de vista hispanoamericano. Al chileno Bilbao, por ejemplo —admirador como el que más de la grandeza norteamericana, opuesto más que ninguno al pasado español y católico—, le dolía, sin embargo, la herida abierta en el costado de Hispanoamérica, y protestaba vehementemente por lo que llamaba "esa partida de caza que han emprendido (los Estados Unidos) contra el sur". "Ayer, Texas —decía—; después, el norte de México..., Panamá." Entonces reparaba en ciertas diferencias entre los *yankees* y nosotros. "Nosotros —escribía— no vemos en la tierra, ni en los goces de la tierra, el fin definitivo del hombre; el negro, el indio, el desheredado, el infeliz, el débil, encuentra en nosotros el respeto que se debe al título y a la dignidad del ser humano." "He aquí —añadía— lo que los republicanos de la América del Sur se atreven a poner en la balanza, al lado del orgullo, de las riquezas y del poder de la América del Norte." Lo malo de esto es que el resentimiento nos hacía ahora aparecer, frente al norteamericano, un poco idealizados. Pero por lo menos nos hacía pensar en el hombre. Quedaba, al menos, una constancia de que para nosotros, los hispanoamericanos, el hombre, la sociedad, no significaban exactamente lo mismo que para el *yankee*.

Pero dejemos el aspecto político de la cuestión. Más provechoso será tratar de penetrar con los modernistas, un poco más a fondo, en el problema de la influencia norteamericana sobre nosotros. Ya indicaba en mi primera conferencia que los modernistas son los prime-

ros hispanoamericanos que despolitizan —como diría mi maestro y amigo el gran poeta Luis Rosales—, despolitizan un poco ese problema. Si bien los modernistas no estaban enteramente desengañados de la política, ni habían perdido por completo la fe en la ciencia y la economía como salvación del hombre, pensaban por lo menos que tales cosas no eran suficientes. Suele decirse que el modernismo fue meramente esteticista. Aunque así fuera —pues no resulta del todo cierto—, lo que buscaban aquellos poetas hispanoamericanos era restablecer, redescubrir el sentido poético de la vida. Creían, *literalmente,* que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca del poeta. Con esa fe *redescubrían,* desde su sensibilidad hispanoamericana, la Europa de la poesía, o *la poesía de Europa.* Buscaban en el hombre hispanoamericano, al mismo tiempo su raíz americana y su raíz europea —y nutrían el tallo mestizo de sabia hispánica y latina. De esa manera se situaba simultáneamente en el punto de vista hispanoamericano y en el punto de vista europeo—, dos actitudes *complementarias* que en los poetas modernistas se confundían en una sola. Desde esa posición trataron de mirar lo que había detrás del punto de vista norteamericano, o mejor dicho, trataron de *interrogar al hombre norteamericano.* No tengo tiempo para *espigar* lo que pensaban al respecto, en prosa y verso, los poetas modernistas, como Rubén Darío, Amado Nervo, Blanco Fombona, Chocano, Lugones, y los demás que todos conocemos. *Pero lo que no podemos pasar por alto* es el *libro* en que las juventudes modernistas de Hispanoamérica encontraron su breviario, casi diría su Evangelio, para librarse de la seducción de Norteamérica: me refiero al *Ariel* de Rodó.

Ariel se publicaba —si no me equivoco— el primer año de este siglo, el año 1900, y el éxito que obtenía no sólo era inmediato en toda Hispanoamérica, sino extenso y profundo entre los *jóvenes de aspiraciones desinteresadas,* como lo eran entonces, y espero que lo sean todavía, la mayoría de los jóvenes hispanoamericanos. No sé si *Ariel* ha conservado su popularidad para la juventud de ahora, pero merece conservarla, pues a pesar de su idealismo, un poco vago, es uno de los libros hispanoamericanos que no ha perdido su actualidad. Rodó combatía en *Ariel* —con la exquisita urbanidad que le distingue— el utilitarismo de Calibán, que amenaza transformar en barbarie la civilización moderna. Prevenía a los jóvenes contra el sentido meramente utilitario de la educación, que no produce más que especialistas, haciendo ver que *la especialización,* como él decía, "forma espíritus estrechos, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que estén en inmediato contacto". Para *libertarnos* de la prisión de *lo inmediato* —que es la prisión natural

del hombre americano— y de la actividad puramente utilitaria a la que nos induce nuestro vivir americano, Rodó nos invitaba a redescubrir el sentido del ocio clásico, es decir, el sentido que tuvo el ocio para los griegos y que la Europa clásica no ha perdido del todo. "*El ocio noble* —leíamos en *Ariel*— era la inversión del tiempo, que (los antiguos) oponían, como expresión de la vida superior, a la actividad económica." Y dirigiéndose a los jóvenes, les decía: "No tratéis de justificar, por la absorción del trabajo o el combate, la esclavitud de vuestro espíritu." La libertad del hombre, o mejor dicho, el hombre mismo, no se realizaría plenamente, no alcanzaría su plena humanidad en la producción de las riquezas materiales, ni en la lucha política. La civilización —se hacía necesario recordarlo— no consistía en el uso de la libertad para la adquisición de dinero; no consistía en el progreso material. "La civilización de un pueblo —se leía en *Ariel*— adquiere su carácter, no de las manifestaciones de su prosperidad o de su grandeza material, sino de las superiores maneras de pensar y sentir que dentro de ellas son posibles." Desde esa posición Rodó miraba el panorama de los Estados Unidos a principios del siglo. Encontraba que la cultura norteamericana "tendía a convertir el trabajo utilitario en fin y objeto supremo de la vida". Los Estados Unidos le parecían —son sus propias palabras— "la encarnación del verbo utilitario". Pero la gran pregunta que Rodó nos hacía, que le hacía a los mismos Estados Unidos, a sus enormes ciudades como Chicago y Nueva York, *era ésta:*

"*Esa febricitante inquietud que parece centuplicarse en su seno el movimiento y la intensidad de la vida, ¿tiene un objeto capaz de merecerla y un estímulo capaz de justificarla?*"

No encontraba Rodó en los Estados Unidos de entonces una respuesta positiva a esa pregunta. Descubría en el seno de su *colosalismo material* la misma deficiencia de humanidad americana a la que el hombre de Hispanoamérica es incapaz de conformarse, y contra la cual —como vimos el jueves pasado— ha venido luchando violentamente, trágicamente si se quiere, desde el principio de su historia. *En resumidas cuentas,* Rodó nos presentaba a los Estados Unidos como un experimento, como *un intento de vivir* humanamente insuficiente. "Es indudable —escribía en *Ariel*— que aquella civilización produce en su conjunto una singular impresión de insuficiencia y de vacío."

Nada más significativo, a mi juicio, que algunos de los primeros en dar la voz de alerta sobre lo que hoy se llama *civilización de masas* y sobre la aparición del tipo de hombre que ésta produce: el *hombre-masa* —que hoy predomina en los Estados Unidos— hayan

sido escritores hispanoamericanos y españoles. El primer traductor norteamericano de *Ariel,* míster J. J. Stimson, entonces embajador de los Estados Unidos en la Argentina, ya lo hacía notar en 1922. "Ha habido voces, *desde Ruskin* —escribía en el prólogo de su traducción—, que han hablado contra todo esto. En Italia, Ferrero; Rodó, en el Uruguay; Amado Nervo, en México; los poetas de Colombia y los poetas y escritores de la Argentina. ¿Por qué —se preguntaba el embajador norteamericano— ocurre que la mayoría de ellos sean de Sudamérica y todos de raza latina?" Pero el libro que ha tocado lo más vivo del problema y el que ha tenido, por añadidura, mayor influencia entre los intelectuales norteamericanos, ha sido *La rebelión de las masas,* de Ortega y Gasset. El gran libro de Ortega no sólo ha influído profundamente en los poetas, escritores y artistas contemporáneos de los Estados Unidos, sino también, y más especialmente, en los sociólogos. Sin *La rebelión de las masas* no se habrían escrito libros tan reveladores de la situación del hombre contemporáneo en Norteamérica como *The Jonely Crowd,* de Reissman, o *The White Collar,* de Wrigth-Mills.

A la luz de esos libros —mejor que por el testimonio de mi propia experiencia— podemos examinar, aunque sea rápidamente, al hombre norteamericano en su propio elemento. El verdadero hombre norteamericano de ahora, no la excepción, no el hombre excepcional, sino sencillamente el *yankee* de la calle, sea *yankee* de origen o yankizado, es el *mass-man;* el hombre masa, el *common man;* el *average man,* el hombre medio; el *regular gay,* el tipo corriente; en fin, el *little man,* el hombrecillo, que a tantos escritores les inspira ternura, pero que, infortunadamente, *ya* es sólo medio hombre, un hombre a medias, con muy escasas posibilidades de hacerse un hombre entero, porque, como decía en vez pasada, se halla muy avanzado en su proceso de deshumanización. Para tomar su verdadera medida humana importa poco que el norteamericano corriente sea hombre de negocios, trabajador de fábrica o empleado de oficina. Su idea de la civilización admite pocas variedades. *George,* un hombre de negocios representativo, un *businessman* como cualquiera, le decía una vez al escritor *Jacques Barzun,* francés naturalizado en los Estados Unidos y profesor de la Universidad de Columbia: "Convéncete, Jacques; para juzgar una civilización con objetividad hay que hacerlo con números —producción y distribución, costos y porcentajes de ganancia, volumen de negocios, si así lo quieres. *Dime cuánto* produce una civilización, la cantidad de *cosas que requiere la gente;* dime con cuánta eficiencia se distribuyen los productos, *y te diré* el peldaño que ocupa *en la escala* esa civilización... Actualmente podemos añadir los

servicios, por supuesto, pero lo fundamental *son cosas, cosas* tangibles, sólidas; *cosas* para vestirse, *cosas* para comer y para cubrirse la cabeza cuando llueve." Un trabajador de fábrica, un *laborer,* un dependiente de comercio, un *white-collar,* no expresarían seguramente en esa forma esta opinión de *George,* el hombre de negocios, pero la aceptarían como cosa evidente. El *businessman,* el *laborer,* tienen la misma orientación humana que el *white-collar,* el hombre de cuello blanco, el empleado, el dependiente, o mejor dicho, el *hombre dependiente.*

Veamos, *entonces,* en qué consiste el *white-collar,* según nos lo presenta el sociólogo Wright-Mills.

"El *white-collar* —escribe— es la víctima considerada como héroe; el hombre pequeño sobre el cual se actúa siempre, pero que nunca actúa por sí mismo; el que trabaja sin que nadie lo note en la oficina o la tienda de alguno, sin gritar nunca, sin responder en voz alta jamás, sin asumir en ninguna ocasión una actitud personal." Es, indudablemente, una figura patética este hombrecito del cuello blanco, como recordarán los que hayan visto *La muerte de un viajante,* de Arthur Miller. Ese nuevo hombrecillo —*the little man,* como suele llamarle Clarence Wright-Mills, parece que no tiene raíces, ni lealtades seguras que sustenten su vida y que le proporcionen un centro vital. No se da cuenta de que tiene una historia —dice el sociólogo—, puesto que su pasado es tan breve como carente de heroísmo; no ha vivido ningún siglo de oro, ni puede recordar tiempos calamitosos. Carece, en una palabra, de tradiciones. Me hace recordar un letrero que pusieron unos maestros de escuela norteamericanos a la entrada de un pueblo de indios navajos: *La tradición es enemiga del progreso.*

El *white-collar* no *hace,* no construye nada, aunque pasan por sus manos mil cosas que quisiera, está claro, *tener.* "Ningún producto —nos dice Wright-Mills—, ninguna obra de artesanía, y mucho menos una obra de arte puede ser suya, para que pueda contemplarla con placer mientras la crea o después que la ha hecho. Todos los días, año con año, sigue siempre la misma rutina, manejando papeles; y, sin contacto vivo con su trabajo, dedica sus ocios de manera frenética a la diversión sintética, *erzats,* prefabricada, que le venden enlatada, participando *así* en una excitación artificial que ni lo tranquiliza ni lo libera. Se aburre en el trabajo y se desasosiega en la diversión, y esa terrible alternativa lo deshace.

Hasta las manifestaciones más íntimas de lo personal se le convierten al *white-collar* en medios impersonales de ganarse la vida. "Cuando los *white-collars* obtienen un *empleo* —hace notar Wright-

Mills— venden *no solamente* su *tiempo* y su *energía,* sino también su *personalidad.* Venden, alquilan, por semana o por mes, sus *sonrisas,* sus *gestos amables,* y tienen que ejercitar un rápido control del *resentimiento* y la *agresividad.* Esos rasgos íntimos son de valor comercial y se necesitan para la más eficiente y ventajosa distribución de mercancías y servicios." Edward Heiman, otro sociólogo, nos dice que el trabajo del *white-collar,* el trabajo del hombre dependiente de hoy, no le pertenece, *no es suyo* en modo alguno, sino sólo una cifra en los cálculos de *otro.*

Tal es —descrito por los sociólogos— el tipo de hombre que se está produciendo en la civilización de masas, o más concretamente, en la civilización industrial y comercial de Norteamérica. En realidad, el *white-collar* tiende a ocupar todo el país —por no decir el continente y el mundo entero— y tiende a ser la única clase social, el solo tipo de hombre. Según Wright-Mills, la realidad económico-social de hoy en Norteamérica *es ésta:* únicamente el *dos o tres* por ciento de los habitantes son dueños de la propiedad privada y el resto trabaja para ellos. *No sólo en las ciudades,* pues va invadiendo rápidamente el campo. En 1820 las tres cuatras partes de *los trabajadores* de los *Estados Unidos* eran agricultores. En 1880, únicamente la mitad. En 1949, hace diez años, la octava parte. Los propietarios de granjas por ese tiempo no pasaban del *seis* por ciento de la población. La tierra y sus trabajadores pertenecen *cada vez más* a los grandes comerciantes de la agricultura y a las grandes corporaciones rurales. Me encuentro, por ejemplo, con este dato sorprendente: En 1938, una sola compañía de seguros poseía tierra suficiente para formar una finca rural de una milla de ancho que se extendiera *desde Nueva* York hasta Los Angeles de California.

Igual que los campesinos, los profesionales y los intelectuales van ingresando en el número de los empleados o dependientes de las compañías anónimas o corporaciones, es decir, van transformándose en *white-collars.* Los médicos se van volviendo empleados de las grandes clínicas. Los abogados, empleados de las grandes oficinas legales vinculadas a las grandes corporaciones. *¿Cuál es la suerte* —nos preguntamos— de *los otros* intelectuales? También están cada vez más sujetos a lo que llaman "la *profesionalización* del saber" y a la *comercialización* del trabajo intelectual. Las profesiones son cada vez más parecidas a las corporaciones de negocios, y los negocios más parecidos a las profesiones. La burocracia va estableciendo las condiciones de la vida intelectual y controlando mejor los mercados para los productos de la inteligencia. Entre el intelectual y su público actual o potencial —según Wright-Mills— se interponen estructuras

técnicas, económicas y sociales, poseídas y manejadas por *no intelectuales*. Cuando el intelectual o el artista se convierte en empleado o dependiente de la industria de información y entretenimiento —la prensa, el cine, la radio, la televisión y la misma industria del libro— sus metas y objetivos generales han de ser señalados, impuestos por decisión de otros, no por la propia integridad del intelectual. El trabajo del escritor de *Hollywood,* por ejemplo, está condicionado para producir efectos de masa y para venderse en un mercado de masas. Los temas de la literatura de masas, de las revistas de gran circulación, de las comedias y dramas para la radio y los programas de televisión, los proponen o arreglan los editores y directores de la empresa. El escritor se limita a cumplir órdenes. A menudo —se nos dice— no escribirá una palabra mientras no haya recibido un encargo con especificación de argumento, tendencia y longitud. Ni el director de una revista de masas, ni el director de *radio-dramas* se hallan en condiciones de escapar a la *despersonalización* de la publicidad o de la literatura comercial. Cualquiera de ellos no es otra cosa que un empleado de la empresa comercial, y no una personalidad independiente. Revistas y programas se confeccionan de acuerdo con una fórmula que ya ha pasado la prueba del éxito. Un número creciente de intelectuales —poetas, escritores, artistas— van convirtiéndose en trabajadores asalariados, en *white-collars,* que gastan las mejores horas de su vida en hacer una tarea que se les ordena. Esa clase de gente produce en buena parte la opinión del público. "La profesión de *productores* de opinión —según dice el experto norteamericano Eliot Cohen— consiste en una apretada comunidad que habita un pequeño territorio de unas cuatro manzanas de ancho por diez de largo, en torno a *Radio City,* en Nueva York, con suburbios o sucursales comerciales en Hollywood y Chicago."

¿Es que —dirán ustedes— acaso no hay intelectuales, escritores, poetas, independientes? Son, desde luego, una heroica minoría, que vive, en cierto modo, al margen de la sociedad, como apartada de la vida norteamericana, en una posición difícil de señalar. El novelista Steinbeck decía, hace algún tiempo, que el escritor en los Estados Unidos ocupa una posición intermedia entre una foca amaestrada y un predicador. Y más recientemente, Faulkner, el mayor de los novelistas norteamericanos contemporáneos, aseguraba que el escritor era mirado como un perro de raza fina, que llama la atención de un modo pasajero. ¿Y la Universidad, las grandes universidades norteamericanas?, dirán los jóvenes. Los escritores independientes, los poetas sobre todo, responderán que la Universidad, con todas las excepciones y salvedades que se quiera, está compuesta de *white-*

collars intelectuales, y *no es* sino una maquinaria especializada, una parte de la gran maquinaria general, principalmente dedicada a la producción de *white-collars.* La verdad es que, parodiando la horrible frase de Le Corbussier, de que una casa es una máquina para vivir, se podría decir, sin exageración, que los Estados Unidos son ya una máquina para producir, distribuir y consumir. En Nueva York, en Chicago, para no hablar de Cleveland o Detroit, ya no hay lugar ni tiempo para vivir. Por experiencia, puedo afirmar que en los Estados Unidos ya no se vive; *por lo menos* en el mismo sentido en que *se vive* en Sevilla o Madrid. Como decía un personaje de una novela de Helen Glasgow, en Virginia no hay actualmente vida, sólo hay progreso.

Si alguien supone que recargo la mano, quiere decir que no ha sentido por varios años el peso de una ciudad como Nueva York sobre la pobre humanidad de un hombrecillo, de un *little man.* De todos modos, cualquier intelectual sincero tiene el deber de preguntarse —como lo hizo Rodó a su manera— *¿qué sitio* queda para el hombre, tal como el hombre se concibe en Europa, tal como el hombre aspira a ser en Hispanoamérica, en una civilización de masas como la que existe en los Estados Unidos?

El sociólogo Reissman, en su libro *The Lonely Crowd* —"La multitud solitaria"—, llama al hombre contemporáneo de Norteamérica *the outer director man,* el hombre dirigido desde fuera, o mejor dicho, dirigido desde fuera y hacia fuera de sí mismo. Para decirlo con una palabra de moda, el hombre *teledirigido,* manipulado desde lejos por la propaganda comercial omnipresente, en los periódicos, en la radio, en la televisión, en el cine, en paredes, en ventanas, en vitrinas, en afiches, en letreros luminosos. El hombre que no tiene necesidad ni tiempo de pensar, sino de elegir y de elegir rápidamente entre la infinidad de cosas que le ofrece el mercado. La civilización moderna trata precisamente de evitarle la penosa experiencia de pensar. Quiere dárselo todo pensado y resuelto, su vida entera programada por la *Organización.* Por eso, otro escritor norteamericano ha llamado a este hombre: *the organization-man,* el hombre organización, o mejor dicho, el hombre-pieza de la máquina *socio-económica.*

Mejor que los sociólogos, son los poetas, los novelistas, los dramaturgos norteamericanos quienes han descrito la situación de este hombre masa. Pero tampoco tengo tiempo de detenerme en esto. Para concluir esta ya larga conferencia, voy solamente a delinear la actitud inconforme de los poetas y escritores independientes.

Ya en 1900, Rodó escribía en *Ariel* que "el arte verdadero sólo ha podido existir en tal ambiente a título de rebelión individual".

Es lo mismo que piensa actualmente la crítica seria de los Estados Unidos. William Phillip, codirector de una de las más interesantes revistas literarias de minoría que se publican en Nueva York, dice que los intelectuales norteamericanos "han vivido en permanente rebelión contra el utilitarismo y el conformismo". *No es que* los poetas, los escritores y los artistas no comercializados sean indiferentes a la belleza de la tierra americana y no sientan amor por la vitalidad de las multitudes llegadas de todos los confines del mundo en busca de una vida mejor en América; no es que hayan olvidado el sueño de Walt Whitman, sino al contrario, porque aman esas cosas, se rebelan contra la comercialización de la vida, la mecanización de la sociedad y la deshumanización del hombre. El mismo Whitman, a la par de la pasión multitudinaria de sus cantos y su inmensa esperanza en el hombre de la democracia americana del siglo pasado, mostraba sus reparos y sus temores en su librito en prosa *Democratic Vistas*. Pero, aparte de Whitman, puede decirse que desde Poe, el poeta norteamericano más amado por los modernistas hispanoamericanos, todos los grandes escritores de los Estados Unidos —Emerson, Thoreau, Hawthorne, Melville, la solitaria Emily Dickinson, el mismo gregario Mark Twain— han sido *no conformistas,* han anunciado o denunciado de algún modo el peligro de la *masificación o mecanización* del hombre. En los escritores contemporáneos de los Estados del Sur, empezando por William Faulkner, esa actitud no conformista frente a la civilización *yankee* es lo más natural, puesto que pertenecen a una región donde el concepto del hombre y el sentido de la vida se nutre todavía, y esto en cierta medida, de la savia medieval de la vieja Inglaterra —la *old merry England*— y del sentimiento del honor personal de los *cavaliers;* y por eso, aunque nadie suele decirlo, sus problemas son similares, hasta cierto punto, a los problemas de Hispanoamérica, cuyo pueblo aún se nutre de la sustancia de la vieja España. Pero también los mejores escritores y poetas *yankees,* o los descendientes de inmigrantes no anglosajones, anteriores o contemporáneos de la completa industrialización de Norteamérica, han hecho ver lo que *ésta* significaba, tanto para el artista como para el hombre de la masa. Henry Adams, quien escribió la más reveladora autobiografía de un norteamericano, *La educación de Henry Adams,* consideraba, no sin melancolía, en el siglo pasado, que el dinamismo, el motor de fuerza eléctrica, era para nuestra época el centro de atracción, el foco de integración de la energía humana, como lo había sido la Virgen María para la Edad Media, y anunciaba para mediados de este siglo la invención de una bomba que desintegraría la civilización moderna. Henry James, hermano de

William James, el filósofo del pragmatismo, una filosofía conveniente para el desarrollo material de los Estados Unidos y precursora del instrumentalismo de John Dewey y del conductismo *(behaviorism)* de Watson, que convierte al hombre en una especie de calculadora electrónica; Henry James, digo, el gran novelista, sentía que el americano civilizado sólo puede existir en Europa, y se marchaba a vivir en Inglaterra. Era, pues, el primero —el primero en importancia— de los grandes escritores *exiliados*. Como se sabe, en la literatura norteamericana se llama *los exiliados* a la generación de poetas y novelistas que, sintiéndose estrechos en el ambiente supercomercializado, se trasladaban a vivir en Europa, en las primeras décadas de este siglo. La corriente ha seguido; muchos no han regresado. Unos viven en las orillas del Mediterráneo; algunos, en Mallorca; otros, en Hispanoamérica, en el Caribe, en Yucatán, entre los descendientes de los Mayas, o bien en Cuba, como Hemmingway. Otros viven ahora en las montañas de California, como el extraordinario Henry Miller, autor de esas novelas apocalípticas sobre la civilización norteamericana moderna, que se llaman *El trópico de Cáncer* y *El trópico de Capricornio,* de circulación clandestina en su país. En relación con Henry Miller, el recluso de Big Sur, se retiran también a las montañas o a los desiertos californianos, un poco a la manera de los antiguos padres del desierto, los más interesantes entre los jóvenes poetas actuales, muchachos anarquistas, de un anarquismo lírico, asqueados de la vida contemporánea y esperando con impaciencia su próximo colapso. "Sólo nuestra moderna civilización industrial y comercial —ha dicho recientemente uno de ellos, el más valioso, Keneth Rexroth— ha producido una *élite* que consistentemente haya rechazado los valores reinantes en esta sociedad. No existió un Baudelaire en Babilonia." "El artista, el poeta —añade—, el físico, el astrónomo, el bailarín, el músico, el matemático, son hoy cautivos sacados de otros tiempos, de otra clase distinta de sociedad, en la cual *ellos crearon,* en último término, los valores primarios. Pertenecen —dice— al *ancien régime,* a todos los *anciens régimes,* como contrarios al siglo XIX y al siglo XX."

Algo diría, si hubiera tiempo, de *los poetas de Nueva York,* la mayoría de los cuales, pues son muchos, son mis amigos. Pero el tema del poeta en la civilización norteamericana no cabría en un libro. No puedo, sin embargo, dejar de referirme, aunque muy brevemente, a los dos mayores poetas vivos de los Estados Unidos: Ezra Pound y T. S. Eliot, los cuales son también los más famosos exilados.

Todos conocen, pues hasta los periódicos han hablado del *caso*

Pound, el conflicto del gran poeta con su país, sus largos años de prisión en el manicomio militar de *Saint Elizabeth* para locos criminales, su reciente liberación y su regreso a Italia. Son muy pocos, en cambio, los que han leído en Hispanoamérica, o aquí en España, su prodigioso, su *inmortal,* mejor dicho, poema *The Cantos,* o "Los cantares", como él mismo, últimamente, los ha subtitulado en español. Lo que deseo dejar apuntado es que "Los cantos" son una especie de *Divina Comedia* de nuestra época o, si se quiere, una especie de Juicio final de la civilización moderna, muy en particular la norteamericana. El héroe del poema, la *persona* del drama, como dice Pound, la máscara, *siempre el mismo,* pero siempre cambiante, según los tiempos y lugares, viene a ser el artista, el poeta, el héroe como poeta, el poeta como representante del hombre auténtico, como portador del sentido poético de la vida. La situación del poeta, del *creador,* da la medida de la civilización en que vive y la temperatura de la vida del pueblo. La civilización moderna, la norteamericana sobre todo, va adquiriendo en "Los cantos" su verdadera fisonomía para el poeta, gracias a una continua confrontación —como en un contrapunto musical— con ciertas épocas y lugares en que la vida era más digna de ser vivida por su mayor riqueza de contenido humano. Así aparece en el poema la civilización norteamericana, a pesar de los proyectos de sus fundadores, como los Adams o como Jefferson, hombres de auténtica humanidad, establecida, en definitiva, sobre la usura y la codicia, que destruyen todo sentido poético de la vida. Pero muy pocos han comprendido al viejo Ezra; la mayoría de la gente que le ha conocido le ha tomado como un excéntrico, le ha visto como loco y le ha considerado peligroso para la conformidad del hombre medio o del *white-collar.*

También el más importante de los poemas de Eliot, *The Waste-Land,* "El páramo", es una aguda disección del mundo moderno y del hombre deshumanizado de nuestro tiempo. Ya en ese poema, publicado en la segunda década de este siglo, Eliot insinuaba la necesidad de raíces y de contacto vivo con la tradición europea. No fué por eso una sorpresa que el *yankee* Eliot se refugiara en Inglaterra, se hiciera súbdito británico y declarara públicamente: "Soy clásico en literatura, monárquico en política y en religión anglocatólico." Son cada día más numerosos los jóvenes poetas norteamericanos que se convierten al catolicismo. "Tal vez esto quiera decir —ha escrito últimamente el anarquista Rexroth— que la Iglesia Católica sea uno de los pocos lugares adonde se puede escapar de todo esto y empezar a hacer preguntas significativas. *¿Qué es amor? ¿Quién ama? ¿Quién es amado?*

Pero debo concluir. De una cosa quisiera haber dejado convencidos a los estudiantes hispanoamericanos y también a los españoles que han tenido la paciencia de escucharme. Si la literatura norteamericana es del mayor interés para el hombre moderno, aunque no sea más que como síntoma de lo que se ha llamado la *americanización* de Europa, para el hispanoamericano me parece una necesidad, *a must,* como se dice en Norteamérica; un imperativo. Yo siempre ruego a Dios que libre a Hispanoamérica de la americanización de Europa. *Por eso mismo,* quisiera que la literatura norteamericana, la verdadera, la no comercializada, fuera una asignatura obligatoria en las universidades hispanoamericanas. Porque si los Estados Unidos son, como quería el presidente Franklin Delano Roosevelt, nuestro buen vecino, nuestros mejores vecinos en realidad, nuestros aliados, son los poetas norteamericanos. No es, a mi juicio, de los políticos, ni de los hombres de negocios, ni de los hombres de ciencia, sino de *los poetas,* de quienes pueden esperar los hombres americanos, hispanoamericanos y norteamericanos, las nuevas revelaciones o descubrimientos que nos ayuden a *ser,* a hacernos de veras hombres. Así podremos entendernos de hombre a hombre. Mientras políticos, científicos y comerciantes se las entienden sobre mercados, y precios, y transportes, y politiquerías, nosotros procuraremos entendernos sobre las cosas fundamentales y trascendentales del hombre y de su vida. El buen Carl Candburg, tal vez el poeta más norteamericano de los poetas norteamericanos, el más metido en la vida norteamericana de ahora, viene a decir, más o menos, lo mismo en este verso:

¿Cuándo se pondrán ingenieros y poetas
de acuerdo en programa?

Y ya en el siglo pasado, cuando apenas empezaba la industrialización y comercialización de la vida norteamericana, algo más importante sobre lo mismo nos decía Thoreau, el llamado filósofo de los bosques:

"*El problema* —decía— *es ganarse la vida poéticamente, porque si no nos ganamos la vida poéticamente, lo que ganamos no es vida, sino muerte.*"

José Coronel Urtecho.
Zurbano, 86.
MADRID

SIETE POEMAS DE "APRESLUDE" (1955)

POR

GOTTFRIED BENN

PALABRAS

Solo, tú, con las palabras:
tu soledad es de veras.
Trompetas y arcos triunfales
no cuentan, en eso que eres.

Les miras por dentro el alma,
buscas la faz que tuvieron,
año tras año. No sigas
torturándote: no encuentras.

Y arden enfrente las luces
de una tranquila morada,
y en labios rosados, húmedos,
brota la palabra, fácil.

Entretanto, amarillean
de otra manera tus años.
Llegas hasta el sueño: sílabas.
Te vas sin decir palabra.

PERO ¿Y TU?

Debes cerrar los ojos, pasajero,
lo que entra no es ningún premio mayor,
de noche en el local no hay nada bueno,
sólo se da tu propia destrucción.

Hay un muerto, de pronto, ante la barra,
un abogado: del riñón sufría,
dejó a su hermosa viuda hace dos años,
y hoy bebe, lleno de salud, de vida.

También hubo aquí antes muchas veces
esas flores que están sobre el piano,
hace ya medio siglo: existen siempre,
Dios sabe cuándo, en un verano eterno.

Todo sigue: se cambia de la antigua
a una posición nueva: en su actitud
fundamental perdura y persevera.
Pero ¿y tú?

MELANCOLIA

Cuando de abejas, juncos, mariposas
leemos que un bello estío flota encima,
nos preguntamos si esa dicha es cierta,
si detrás un engaño no se oculta;
e, igual, aquel tañer que nos describen,
con susurros, aromas, veste alada,
merced al cual se fingen duraderos,
es algo a otros oídos cuestionable:
una rapsodia falsa, artificiosa.
La agonía del alma no se engaña.

¿Qué será el hombre, pues? Quién durmió anoche,
y hoy de afeitarse vuelve a estar cansado
aun antes del correo y el teléfono,
es la sustancia, ya extinguida y vana;
una acción superior y general,
de la que se oye y que se intuye a veces,
renuncia a muchas zonas corporales,
fuerzas fallidas, formaciones trágicas.
No digáis que el espíritu la alcanza:
son sólo intermitentes sus señales.

Eso, de ningún modo hay que entenderlo
como que el Creador no tiene alma:
él no piensa en las gentes tan de cerca,
en su cabello y piel, quejas y cánceres;
él las tejió reuniendo lo diverso,
que necesita aún para otros astros;
de inflamarnos nos dió los propios medios:

soñamos, nos hundimos, inestables;
una píldora basta a componernos:
lo turbio es claro ya, lo frío cálido.

De tu región debes tomarlo todo,
que también te vacías con los viajes;
si te descuidas, vienen las cabriolas
y te pierdes pedazo tras pedazo.
De las flores, elige sólo aquellas
que crecen junto al seto y ya en el campo,
las pones en tu cuarto, y de la vida
cuenta los sones, los de su tonada:
terceras disminuídas o mayores.
Puede un frío aterir los corazones.

Las flores, bien. Si luego te encaminas
al pasado o futuro, el que éste sea,
te vas de lo encubierto a lo velado,
a un quizá que conduce a un error cierto,
hacia un vaivén: Tan pronto cedió el flujo,
Noé exulta y el Arca toca tierra,
y ya es el Nilo el río de los ríos,
la fina mano oscura Antonio besa,
vienen los Ruriks, Judas, Rasputines,
y sólo tu presente no está dentro.

Cerrados, animales que hacen perlas
se están quietos, conocen sólo el mar.
En tierra y aire: reyes y verdugos;
en la avenida, un Hermes más se alza.
Sólo calla el Eón: guarda las perlas,
en donde todo apunta y todo falla.
El Eón sueña: él es tan sólo un niño
que juega a columpiarse en una tabla.
Un Hermes más... Dejadlo. A la poesía
se va también por él: melancolía.

TUS RASGOS...

Tus rasgos, conjurados con la sangre,
la antigua, la común sangre del hombre,
yo los vi, mas también me vi perdido,
mudo, embotado bajo tu marea.

Quisiste una vez llevarme al juego:
oscuros cubiletes, dados falsos,
otra vez a las últimas, las dulces
palabras, y a olvidarse que son sueños.

Las vestes caen y las especies mueren,
de Adán la raza, que expulsó a la bestia,
tras las regiones, tras los dioses todos,
por más que un sueño son... otra vez eso.

EN UNA NOCHE

En una noche que no sabe nadie,
hecha de niebla, de humedad y lluvia,
en un lugar que apenas tiene nombre,
ignorado, pequeño y escondido,

vi la sandez de todo amor y pena,
la honda fusión entre ansia y desenlace,
la teatralidad de toda cosa,
y que nunca confirma Dios las manos

que te acarician, sucias y calientes,
que quieren retenerse, y que no saben
cómo se tiene a otro, ni en qué punto
hay que zurcir la red, que no se rasgue.

¡Ay, qué niebla, esa niebla, qué temblor,
qué caída de toda permanencia,
de lazo, apoyo, intimidad, creencia!
¡Ay, Dios, los dioses! ¡Humedad y horror!

PERSONAS QUE HE TRATADO

He tratado con personas que,
cuando uno les preguntaba el nombre,
tímidamente —como si en ningún caso pudieran pretender
ni siquiera a tener un tratamiento—
contestaban: "Señorita Christian", y añadían:

"como el nombre de pila"; querían facilitarle a uno la comprensión;
no un nombre extraño como "Popiol" o "Babendererde",
no, "como el nombre de pila" —¡por favor, no se abrume usted la me-
[moria!

He tratado con personas que
crecieron en un cuarto, con sus padres y cuatro hermanos,
y de noche, con los dedos en los oídos,
estudiaron junto al hogar en la cocina,
y se fueron elevando, por fuera hermosas y ladylike como condesas—
y, dulces por dentro y aplicadas como Nausica,
tuvieron la frente pura de los ángeles.

A menudo me he preguntado, sin encontrar la respuesta,
de dónde vienen la dulzura y la bondad,
hoy todavía no lo sé, y ya debo irme.

TRISTESSE

Las sombras no van sólo por los bosques
(ante ellos yace el prado de asfodelos),
entre nosotros van, y ya en tus mismos
abrazos, cuando aún te mece el sueño.

¿Qué es la carne, de rosas y de espinas?
¿Qué es el pecho, de terciopelo y pliegues?
¡Qué son cabello, axilas, las confusas
honduras, la mirada de ascua ardiente?

Lo dispone el pasado, las primeras
amadas: cuando tú ya no lo besas,
no escuches más, las suaves o sonoras
protestas tienen todas su momento.

Luego, noviembre, soledad, tristesse,
tumba, o bastón que lleva al paralítico...
Los cielos no bendicen, y el ciprés,
árbol del luto, se levanta inmóvil.

Gottfried Benn.

(Traducción de Juan Ferraté.)

LA RATA

POR

FERNANDO QUIÑONES

El taxista y el niño irrumpieron hacia la calle a través de la entornada puerta de una taberna minúscula, que se cerró del todo luego. En la gran avenida paralela, al otro lado de la manzana, se oía rugir a los autobuses. Había sido el primer día bueno de primavera, y la noche era igualmente hermosa. Parecía que en veinticuatro horas el mundo hubiera recobrado todo su lustre, que las gentes deseasen de nuevo vivir. Y fue al surgir de pronto el otro hombre, como de algún portal vecino, cuando el padre empezó a hablarle a su niño.

—Hoy ha sido malo —le dijo al hombre— y le voy a llevar al cuarto de la rata.

Trataba de asustarlo sólo con una rata y no con ocho o diez, pero todo creció hasta el máximo cuando el taxista se puso a proseguir su loco discurso de amor.

—Sí, ya ves a éste —habló—. El sabe que te voy a llevar al cuarto de la rata, y él también te va a llevar.

Suspendió al niño en el aire, a la altura de su cabeza y embaló después las manos hacia el suelo, de modo que el niño tuvo el sobresalto delicioso de que se caía sobre la acera. Gritó y rió en una sola voz, y luego volvió a escuchar, tocando con su pequeño puño cerrado la cara del hombre.

—La rata tiene unos colmillos así, y un rabo, y cuando ve entrar al niño, pues tras, y entonces llora mucho y como está oscuro y la rata se puede esconder y ponerse grandísima, pues eso, por malo, en el culo.

El niño sonrió de oreja a oreja.

—Guá —hizo.

Las luces de neon del Sanatorio "Las Flores" zumbaban a treinta metros, y las de la farmacia de guardia, en la esquina, proyectaron sobre el pavimento de la acera opuesta la sombra de una muchacha muy bajita que salía del interior. El tramo de calle donde se encontraban los dos hombres y el niño era el más flojamente iluminado de todo el contorno; de vez en vez, al abrirse alguna puerta o encenderse una ventana alta, aquellos ecos de luz daban sobre el adoquinado y mostraban desordenadamente el cruzar de algunos jóvenes charlando, ebrios, con el buen tiempo por la sangre, de una pareja entrelazada, de una anciana solitaria y titubeante con un cazo de leche en la mano.

—Pues como el niño ha sido malo —siguió el hombre—, esta noche lo van a coger papá y mamá y lo van a llevar al cuarto de la rata, eso. Esa rata, que es la mayor que hay en Madrid, y que ya sabe el niño cómo es. Ahí, ahí le vamos a llevar. Cuando es de día no se ve más que el carbón, pero es que la rata está metida en su cueva, debajo del montón del carbón, eso es; y también cuando alguien abre la puerta, la rata se encovacha en seguida debajo del montón de carbón porque no quiere que la vean. Pero si cierran la puerta y se queda el niño dentro... Este señor la ha visto, ¿no es verdad, señor? Sí, niño, sí; aquí, Jacobo, la ha visto y él también va a venir con nosotros a llevarte.

Mientras que hablaba, el hombre no cesaba de balancear fuertemente al niño, de hacer con él el tíovivo o bien de sostenerle por la cintura por encima de sus ojos, frunciendo el ceño a veces expresivamente y ladeando la cabeza para mirarle con fingida amenaza. El niño estaba muy poco vestido, con sólo el breve pantalón, sobre el que aparecía pegado un trocito de piel de naranja, y un ligero jersey oscuro. Uno de los picos del cuello del jersey estaba plegado hacia dentro, y el otro, de punta hacia arriba, rozaba a veces las recias y sombrías mejillas del padre. El hombre tenía un bolseante pantalón gris y una camisa desabotonada sobre la que gravitaba un chaquetón de cuero echado sobre los hombros. Su gorra de taxista aparecía sobre la ventana. Y el hombre al que había llamado Jacobo no le había retirado una mano de un hombro desde que llegó ni había hablado una sola palabra. Tampoco había saludado. Su expresión, además, parecía tristísima.

—Pues la rata —anudó el taxista— está debajo del montón de carbón, y hace dos meses le mordió a Paulita y le hizo mucha pupa, y hace un año también se comió a un *soldao,* ¿no, Jacobo?

El niño no había entendido esta vez.

—Mrrffff —hizo.

—Sí, a un *soldao* se comió la rata, de esos que van con la *escopeta-pum,* y vino a ver la casa y la rata se lo comió.

El niño volvió a sonreír. La avenida debía estar llena de gente y vehículos. Llegaba de ella, por la calle transversal, como un tubo de rumores, con las frenéticas pitadas continuas del guardia del cruce.

Y Jacobo levantó la vista del suelo para detenerla, fija, en el rostro del taxista. Ni una vez había mirado al niño. Tal vez no lo hacía, ni había saludado, porque eran vecinos de los que se están viendo durante todo el día. Quizá fuera suyo el pequeño y cerrado puesto de frutas y verduras inmediato a la puerta de la tabernita, cerrada también, de donde habían salido el hombre y el niño. Parecía Jacobo de la

misma edad que el taxista, pero peor vivido, mucho más cansado. El padre tenía una ronca voz, que trataba de allanar y reducir para hablarle al niño —era así como un oso mimando a una cogujada—, y en el trozo de su camisa a cuadros blancos y verdes que remontaba la correa aparecía la curva del vientre oprimida por la hebilla.

—No —le aclaró a Jacobo—, es que hoy le ha tirado al suelo la comida a la madre y quiso también pegarle al gato. Yo estaba aquí cuando lo hizo. Según volvía esta tarde de declarar...

Jacobo tornó a clavar la vista en las losas. Estaba muy pálido y expectante. Por un momento, después de las últimas palabras del amigo, sus ojos se animaron oscuramente y pareció que iba a hablarle. Pero no lo hizo. Seguía sin pronunciar una palabra.

—La rata coge al niño —volvía el padre a sumirse en el hijo— y lo primero que hace es liarlo con el rabo así, así —y movía en círculo una mano detrás de la pequeña espalda—, hasta que no se puede mover. Luego le enseña los dientes, y después... ¡Oy, oy después con la rata! Y entonces el niño quiere pedirle perdón a mamá y no vuelve a tirarle la papilla al suelo con la rabia ni a querer pegarle al *fu*. De manera que ¡vamos a llevarlo, vamos a llevarlo! —y hacía el ademán de emprender una carrera, adelantando al niño en el aire y haciéndole reír ahora con nerviosas carcajaditas y gritos.

Entonces surgió la voz de Jacobo, pero como desde el fondo de una botella. Trataba de hacerla serena. Miraba al padre a los ojos.

—¿Qué pasó en el Juzgado? —preguntó.

—Allí, nada —dijo el hombre—. Nada —bajó la voz—; yo estoy más fuera de ese lío que la madre que los parió a todos. Pero mi lío es otro, fíjate bien, Jacobo. Ya sé yo, ya.

—Pero ¿tú qué más vas a hacer? ¿Y tu mujer y el niño?

El estridor del coche de los bomberos sonó cuatro manzanas más abajo. El niño, después de mucho, había conseguido meterse en la boca el erecto pico del cuello del jersey. El aire venía tranquilo y hermoso, apuntado de calores y tan regalado y puro como si lo enviase la luna, pequeño disco indiferente sobre el mar de tejados, árboles y terrazas de la gran ciudad.

—¡Cochino! —dijo el hombre sacándole al niño de la boca el pico del cuello—. ¡Fuera eso! Ggggg, ggg, caca... ¿No ves, no ves cómo hay que llevarte donde la rata?

Parecía totalmente olvidado de Jacobo, de sus preguntas afligidas y también del tono intenso en que le había respondido. Pero cuando la puerta de la taberna, a sus espaldas, descubrieron al fondo una mesa camilla y parte de un armario, tras de la mujer cuya silueta avanzaba desde el vano, el hombre miró a Jacobo de un golpe como

tirándole una piedra. La mujer, muy delgada, se acercó con la barbilla sobre el pecho.

—¡Vete tú dentro como te dije! —le gritó al hombre.

Pero ella salvó los dos escalones que la separaban de la acera y trató de rodearle con los brazos por la espalda. Lloraba. El hombre hizo un gesto de infinito fastidio. Sin embargo, la voz se le suavizó de inmediato; parecía incluso más tierna que la voz con la que se había estado dirigiendo al niño.

—Anda, mujer; anda, anda adentro. Aquí ya no haces nada. Ni me digas nada.

Se volvió un poco y le pasó una mano por la cabeza. Continuó con la palma de la mano abierta mientras la mujer resubía los escalones sollozando, y luego el hombre se quedó mirando la puerta que la mujer había otra vez cerrado a sus espaldas, y sus ojos recorrieron de arriba abajo la barrita de luz que salía por la juntura.

—Má —dijo el niño distraídamente, con el mirar perdido en la distante luz de la esquina de la avenida.

—¿Má, verdad? —dijo el hombre—. Sí, sí, má; pero como vuelvas a tirarle la papa al suelo es que te llevamos Jacobo y yo y má y el fú, y ya verá el niño lo que es bueno con la rata. Ya verás, ya...

Una pareja muy joven, prendida por los hombros, rozó al grupo al pasar. Los ojos de la chica estaban como sumidos en el suelo. Por detrás de la puerta se oyó a la mujer tirar hacia afuera del cajón de un mueble. Un avión alto parpadeó sobre la calle, en el hermoso y oscurísimo azul-nestlé. Jacobo seguía con los ojos clavados en el suelo, duro y reiterado, como en un nuevo esfuerzo por no arrancar a hablar. Y el hombre se llevó al niño lentamente sobre la cara y la besó repetidamente en la boca, golpeándole suavemente los labios con los suyos extendidos. Le miró el escaso y rizado cabello y tomó con una mano de la ventana la gorra de taxista. Luego le tendió el niño bruscamente a Jacobo.

—Anda, mételo dentro; llévaselo a ella —dijo—. Y no me digas ni sí ni no: voy a entregarme.

Fernando Quiñones.
Ciudad del Pino, 12, 3.° izq. (Peñagrande).
MADRID

JACINTO GRAU

Lejos de España ha muerto este ilustre dramaturgo español. Nacido en Barcelona en 1877, pasó mucha parte de su vida fuera de la tierra natal. Perteneciente por su edad y por muchos aspectos de su obra a la generación del 98, también estuvo fuera de ella, en una situación marginal, nacida principalmente de su temperamento literario.

No fueron grandes sus éxitos en la escena. El teatro de Jacinto Grau era más bien un teatro para leer. No obstante, el efecto de alguno de sus estrenos fue considerable, y no fueron pocos los que le proclamaron el mejor autor dramático de sus días, después de ver "El Conde Alarcos", "El señor de Pigmalión" o "El hijo pródigo". Fue ante todo un artista de la palabra y, más que un escritor teatral, al gusto que predominaba en los días de su madurez, un poeta del escenario. Su lenguaje bello, cuidado y, sin duda, algo artificial, era poco apto para un momento teatral en que la "acción" constituía la primera exigencia del público. Como ha dicho Torrente Ballester, algunos quisieron ver en él un anti Benavente. No ganó con esto el teatro de Grau. La oposición, indudablemente manifiesta, que existía entre las obras de los dos Jacintos, cedió en desmedro del éxito de Grau. El genio de Benavente, más vivaz y con un sentido mucho más ágil del teatro, no podía ser combatido por un espectáculo de grandes parlamentos, evocaciones líricas y lentos desarrollos en los dramas y las tragedias de Jacinto Grau.

Quedará siempre a su favor la exigencia de su trabajo, la gallardía de su estilo y el arte con que llevó a cabo su labor.

XYZ.

CONFIGURACION DEL PRIMER HUMANISMO OCCIDENTAL

POR

MIGUEL ESPINOSA

INTRODUCCIÓN

Para entender con suficiencia este trabajo conviene admitir los puntos de vista del autor, a saber:

Que hay un sentir estético y un sentir eidético del mundo. Que el primero resulta irracional y mágico; y el segundo, típicamente racional y lógico. Que el sentir estético antepone la verdad, entendida como Ethos, trascendencia y ultimidad, a la realidad, entendida como naturaleza y razón. Que, por el contrario, el sentir eidético antepone la realidad a la verdad. Que tales sentires no pertenecen solamente al individuo aislado, sino a los grupos o razas, resultando, por ello, eminentemente históricos. Que el sentir estético es específico de Oriente, y el sentir eidético, de Occidente, concebido como suceso iniciado por Grecia e interrumpido por las invasiones bárbaras.

Que la historia occidental puede dividirse en etapas correspondientes a culturas del sentir estético, culturas del sentir eidético y culturas de síntesis entre ambos. Que la llamada cultura clásica o antigua es símbolo originario del sentir eidético. Que, tras la caída del mundo antiguo, llega una primera Edad Media, o Edad Media *estética,* que va desde el Concilio de Nicea (325) al siglo XII. Que seguidamente ábrase el período de una segunda Edad Media, o Edad Media *sintética,* donde se realiza la avenencia entre el viejo sentir mágico y el sentir racional, descubierto a partir del siglo XIII como patrimonio de los antiguos, y representado por la filosofía de Aristóteles. Que esta segunda Edad Media abarca hasta la revolución religiosa, debiéndose a su presencia la configuración de los elementos característicos del Occidente moderno.

Que durante el referido período aparece en Europa, al par que el movimiento escolástico, el proceso de los humanismos, encarnación contemporánea del ideal eidético, entendido como ideal de la Hélade. Que, desde entonces, tal ideal es una constante en la historia europea, habiendo producido *cuatro* clases de humanismos: El primer humanismo (renacimiento italiano, renacimiento nórdico), interrumpido por la reforma protestante; el segundo humanismo (racionalismo postcar-

tesiano, jusnaturalismo, descubrimiento de las ciencias naturales); el tercer humanismo (racionalismo paidético de la ilustración), y el cuarto humanismo (Hölderlin, Nietzsche y la cultura historicista alemana). Que el ideal de la Hélade, aun conservando unos fundamentales caracteres comunes, resulta diferente en cada uno de estos procesos humanistas.

Que en nuestros días no existe ningún humanismo, habiéndose quebrado la presencia del ideal de la Hélade en Occidente. Que, por constitución originaria y propia historia y concepción del mundo, los Estados Unidos y Rusia resultan enemigos de todo humanismo. Que Europa ha dejado de ser occidental para convertirse en occidentalista, como la antigua Grecia se convirtió en helenística. Que, por último, podemos plantearnos la cuestión de si surgirá en Europa un quinto humanismo.

I

EL SIGLO XII

Al comenzar el segundo milenio, la conciencia oriental del espíritu, concebido como algo eminentemente confuso, sucio y negativo, ganó parte del alma medioeval, sumida en trance de perder los vestigios de la herencia grecolatina, es decir, los últimos rasgos de su constitución occidental. El ansia de un conocimiento irracional y posesivo de la verdad, el grado ínfimo de autoridad a que había llegado la razón y la exacerbación de la expresión mágica del mundo, coincidieron en configurar un fenómeno de histerismo y melancolía general, que estuvo a punto de sumir Europa en la barbarie del nihilismo, la dejadez y la renuncia definitiva a toda jerarquización racional de las cosas. El odio instintivo hacia la realidad, tan característico de las grandes razas empeñadas en negar la belleza, la alegría y la espontaneidad de la vida; la valoración trascendente de lo absoluto, irracional y abstracto, tan típico de la conciencia oriental, y la identificación entre intuición mágica, o percepción elemental, y verdad, conformaron un específico tipo de alma mística, que se creyó a sí misma encarnación originaria de la predicación evangélica, entendida como camino y esperanza.

La más alta y concreta expresión de este fenómeno se manifestó en las herejías que florecieron durante el siglo XII, consideradas hoy como errores contra la sociedad y la misión terrena de la Iglesia, en cuanto conjunto de esquemas modeladores de la comunidad, mejor que como errores contra la fe misma. Los cátaros o puros, que pretendían

poseer el don de la consolación en la tragedia de estar en el mundo, y que alcanzaron un rigor ascético y un desprecio de la naturaleza humana verdaderamente asiáticos, situaron la más alta sabiduría intuitiva en la llamada *endura* o busca de la muerte por la total privación. Pedro de Brys (quemado en 1126), Pedro Waldo (condenado en 1179, excomulgado en 1181), Arnaldo de Brescia (quemado en Roma, bajo Adriano IV), joaquín de Fiore (1145-1202), Amauro de Bene (muerto en 1207) y David de Dinat (muerto en 1215), representaron la misma ambición nihilista de pobreza, renuncia, oposición a toda paideia, ascetismo y aniquilamiento. Tan extravagante ideal viose igualmente emcarnado en el espíritu, algo más ortodoxo, de las órdenes mendicantes, admitidas por el Concilio de Letrán.

Una revolución semejante a la que derribó el mundo antiguo parecía convocarse para derrumbar el medioeval. Los últimos rasgos del ideal helénico palpitante en el cristianismo, su herencia platónica y su buen sentido romano, estaban a punto de perderse, dejando amplio campo a la barbarie del sentir estético llevado a ultranza. La primera Edad Media, que había antepuesto la verdad a la realidad, se halló entonces ante el peligro de caer en el éxtasis de un misticismo que situara al hombre en el más ínfimo lugar de la jerarquía de las cosas, como sucedió en Oriente.

Es obvio que a un proceso sólo puede oponerse otro proceso. Pero también resulta claro que los procesos, en cuanto movimientos de ideas, no pueden ser inventados por la autoridad, ya que nacen en la sociedad, son incontrolables y poseen un origen explicable *a posteriori*. La Iglesia reaccionó inmediatamente contra el fenómeno de general nihilismo; mas su lucha no hubiese dejado de ser local y torpe, como es la acción de la estaca frente a la fatalidad histórica, si no hubiera surgido otro proceso vigoroso y antitético, apenas previsto ni querido por la misma Iglesia, si bien recogido con vehemente simpatía. Veamos de analizarlo desde nuestro punto de vista.

II

LA OBRA SINTÉTICA DE LA ESCOLÁSTICA

La cultura de la primera Edad Media poseía ya un sistema de verdades alcanzadas a través de la intuición trágica. El peligro de nihilismo y disolución de esta cultura apareció, como hemos visto, en el siglo XII, con tenaz empeño; para conjurarlo, bastaba conceder a la realidad, en cuanto razón, un lugar en el esquema mágico de valores,

lo cual equivalía a configurar bajo formas eidéticas los hallazgos alcanzados por la sabiduría de salvación. Tal fue la obra realizada por la escolástica.

El saber eidético de la antigüedad apareció oportunamente en la figura de Aristóteles, descubierto por la especulación abstracta de la filosofía árabe. En menos de veinte años, la doctrina del estagirita señoreó Europa, ávida de razón, a pesar de la oposición del viejo espíritu estético, encarnado en el platonismo de los agustinos y franciscanos. Alberto el Magno y Tomás de Aquino realizaron, definitivamente, la configuración formal lógica de la sabiduría mágica en moldes racionales, donados por el ideal de la Hélade. Así se verificó una sutil revolución *capaz de perpetuar en figuras eidéticas, perennes y correctas, el saber intuitivo* de la primera Edad Media.

La escolástica apareció, pues, como un inmenso andamio de formas construídas para recibir el contenido de la sabiduría estética, dada *a priori*. Más que una filosofía fue un nuevo método y una disciplina que sometió las creaciones del sentir estético al rigor del juicio. Se ha dicho que el tomismo cristianizó a Aristóteles, pero mejor se diría que peripatizó el contenido de la cultura estética medioeval, concediendo valor real al mundo, a la naturaleza y a la razón. Asombra imaginar hasta qué extremos nihilistas hubiese llegado Europa sin esta presencia oportuna del estagirita, que salvó a Occidente del sueño místico dormido por el Asia.

III

CONFIGURACIÓN DEL HUMANISMO

A partir de la síntesis realizada por la escolástica se pergeñaron los más originarios rasgos del hombre moderno occidental, tal y como aparece desde la eclosión de los renacimientos. En efecto: la conformación del Occidente moderno fue verificándose en un proceso paralelo a la cristianización del viejo flúido estético medioeval en moldes aristotélicos. Admitida la presencia de la realidad en la sinopsis medioeval de valores, pudo ir naciendo, poco a poco, cierta confianza en la obra del hombre, considerado como parte espontánea de la *rerum natura*, no ya como trágico compuesto de cuerpo y alma. Tal confianza surgió de una manera inicialmente tímida e inquieta, es decir, como una especie de inocente asombro y de amorosa y tierna sensibilidad para el mundo que descubre.

Hasta el presente, Occidente no registra un acontecimiento tan

misterioso y delicado como este *inquietarse* del alma mágica medioeval hacia el final de sus siglos propios, por natural intuición de la realidad y del sentir eidético. No sólo en Italia, donde habían aparecido las repúblicas de mercaderes, con el típico espíritu liberal del comercio, sino también en los Países Bajos y en el centro de Europa, donde surgió la burguesía como clase especificada, nació una sutil nostalgia por un mundo más claro, civil y limpio, unida a la inclinación vehemente por las formas naturales de saber, que podían convertir la vida en algo más bello.

Llamaremos primer humanismo occidental a la cristalización de esta fina inquietud de la sociedad medioeval en *un proceso intelectual y sensitivo que tenía la obra de la escolástica como antecedente necesario; el saber antiguo, como patrimonio recién descubierto; el ideal de la Hélade, como ambición, y el ansia de conformar un mundo claro y bello, como propósito.*

El primer humanismo occidental, igual que todo proceso humanista, se reveló sustancialmente como un hacer paidético, fundamentado en la síntesis entre naturaleza, razón y hombre. Por ello, su obra resultó dirigida a la comunidad, no a la intimidad del individuo. Es obvio, por lo demás, que todo verdadero humanismo tiende a realizar la politeia, no la interioridad; es educación, no consuelo.

En el siguiente esquema trataremos de resumir el contenido de este primer humanismo:

A) Primacía de la realidad, que se revela como naturaleza, en las cosas, y razón, en el hombre.
B) Autoridad consiguiente de la naturaleza de las cosas y de la razón.
C) Importancia del hombre, como expresión total del mundo.
D) Primacía de la educación como hacer que sintetiza en el hombre la naturaleza y la razón.
E) Unidad del hombre en cuanto producto eminente de esta síntesis.
F) Ausencia de toda concepción dualista y, por tanto, de todo sentir trágico del mundo.
G) Optimismo antropológico, deducido del lugar preeminente del hombre en el Cosmos y de la fe en la educación como proceso de configuración humana.
H) Importancia de la comunidad como objeto del hacer paidético. El hacer en la comunidad como el fin más alto de la persona humana, según el modelo del hombre griego.
I) Fe en el progreso de la comunidad y en la liberación de la angustia trágica por medio de la educación.
J) Ambición de poseer la Tierra con la sabiduría natural del hombre.
K) Concepción de la Divinidad como centro de toda paideia. Influencia de la triada griega: piedad hacia los dioses, piedad hacia el Estado y piedad hacia los semejantes.

No es difícil adivinar en el contenido de estas premisas el ideal de Grecia. Es sabido cómo la cultura helena simbolizó el más alto grado de humanismo, pero también es sabido que tal humanismo no fue atemporal ni existió como sustancia inmóvil y constitutiva del

alma antigua, sino como ambición de la paideia que propugnó el siglo de Platón, y que recogió el helenismo. Antes de Platón, el alma griega pugnó entre la dualidad representada por Dionisos y Apolo, la poesía y la filosofía, la tragedia y la razón, el demiurgo y la eideia, elementos tan helénicos como la humanitas platónica. Esta advertencia nos servirá para distinguir, en su momento, el concepto de ideal de la Hélade en cada uno de los humanismos occidentales, y para aseverar, desde ahora, que el primer humanismo calcó su modelo del propio ideal platónico, recogido por los alejandrinos y asumido por Roma, de donde llegó a la Edad Media.

IV

EL HIERATISMO ECLESIÁSTICO

Al tiempo que se desarrollaba el proceso humanista, por obra de individualidades poderosas, la vieja cultura estética medioeval íbase endureciendo en los moldes de la escolástica, hasta perder su carácter vivo y convertirse en cultura de albaceas. En efecto: la disciplina lógica fue transformando el método en sustancia, y la técnica en contenido. El más bárbaro de los racionalismos invadió los ánimos, y cometió todo poder creador de los silogismos. Las summas degeneraron en Brachylogus y Mammetrectus; el antiguo vigor estético, en administración; las ideas, en palabras, y las creencias, en intereses, hasta dejar el mundo lleno de silogismos y prebendas.

Llamaremos hieratismo eclesiástico al *fenómeno de endurecimiento de la cultura estética medioeval al final de sus propios siglos*, que produjo un divorcio entre todo sentir espontáneo, ya eidético o ya específicamente estético, y las instituciones sociales habidas como vigentes. Es de advertir que este fenómeno no fue solamente específico de la Edad Media, sino también de cualquier época final.

He aquí el esquema de valores de la sociedad hierática medioeval:

A) La autoridad de las citas como verdad.
B) El Ethos deducido de la autoridad.
C) La salvación deducida del Ethos y de la autoridad.
D) La sabiduría a través de figuras formales.
E) El saber de salvación en estancos-compartimentos.
F) El estar en el mundo como administración del alma.

Bajo la barbarie de este esquema se configuraron y desarrollaron las instituciones del final del medioevo, construyendo una sabiduría contemporánea, una conciencia de prestigio y un estado de cosas que perduraron, en muchos países sin proceso humanista, hasta bien adentrado el siglo XVIII.

V

EL FENÓMENO DE LOS RENACIMIENTOS

Para advertir la diferencia entre proceso y fenómeno, expondremos los siguientes postulados:

1.° Las ideas preceden a los hechos.
2.° Las ideas forman *procesos.*
3.° Los procesos devienen en *fenómenos.*
4.° Los fenómenos, no obstante, se apoyan también en hechos. Todo nuevo ideal tiene su génesis en un proceso y en la *situación* misma del estado contemporáneo de cosas.
5.° Cuando se trata de cambiar una materialidad social y política, coinciden los fenómenos resultados de procesos y los fenómenos deducidos de la misma materialidad, es decir, las ideas y la rebeldía.
6.° El cambio de un estado de cosas es impulsado desde lo más profundo y originario de la realidad que se pretende revisar. Toda revolución es un movimiento de reforma, no de comienzo.
7.° Entre la voluntad que impulsa una revolución y la naturaleza de las cosas ábrese la indeterminación soberana de la Historia, que aparece como la resultante del ideal pretendido, en cuanto deber-ser, y la naturaleza del mundo y del hombre. La historia se produce, por tanto, como suceso ajeno a los humanos.

De acuerdo con estas premisas, al finalizar el siglo XV, el proceso general del humanismo medioeval produjo dos fenómenos bien diferentes, según los estados de cosas habidos al sur y al norte de los Alpes. Tales son los fenómenos del renacimiento italiano y renacimiento nórdico, que, aun siendo productos de un mismo acaecer ideológico, no pueden ser considerados de igual forma. Por consiguiente, veamos de analizarlos separadamente.

VI

EL RENACIMIENTO ITALIANO

Conforme se recrudecía el hieratismo eclesiástico, el proceso del humanismo abocaba en Italia al fenómeno del renacimiento. En el seno mismo de la sociedad eclesiástica hieratizada, y de acuerdo con el instinto de sus jerarquías más eminentes, el ideal humanista encontró facilidad para desenvolver lo que tenía de buen gusto y de cultivo de la personalidad, mas no lo que poseía de movimiento típicamente ideológico, de paideia dirigida hacia la comunidad y de antítesis de la concepción intimista y medioeval del mundo.

El renacimiento italiano, ya en su primera manifestación cuatrocentista, más originaria, o ya en su segunda forma cinquecentista, menos alta y bella, *surgió con caracteres de continuidad medioeval y como movimiento de individualidades aristocráticas que pretendían*

cultivar su personalidad. Desde Nicolás V (1447-1455), el primer Papa humanista, hasta el saco de Roma por Carlos V (1527), el ideal renacentista, ora latinista y clasicista en las jerarquías eclesiásticas, ora realista y cínico en los señores que luchaban por el poder natural, se reveló como fenómeno de engrandecimiento de la intimidad humana, liberada de trabas éticas y elevadas por la plástica artística y por la acción al más alto grado de indeterminación, jamás como encarnación de la expresión eidética del mundo frente al sentir mágico y sus formas de vida. De ahí que su obra resultara típicamente artesana (arquitectura, escultura, pintura), nunca ideológica, positiva y social, ya que nada hay tan dócil a la expresión de la personalidad como el arte mismo.

Los renacentistas italianos se revelaron generalmente como artistas o como hombres de acción, es decir, como puras individualidades impulsadas por un poder irracional; en suma: como primitivos. La libertad de espíritu recién descubierta para el arte y la aventura política produjo un diluvio de formas e historias. Desde la unión mágica de la pintura de los cuatrocentistas, hasta el pathos propagandístico de Miguel Angel, los hallazgos y los estilos se suceden en febril efervescencia; igualmente las anécdotas. Tanto en arte como en política se copia la naturaleza y se admira su formidable espontaneidad, pero no se crea ningún sistema eidético. El concepto que los italianos poseían del Ideal de la Hélade ignoraba la síntesis helénica entre naturaleza, razón y hombre, es decir, la paideia. Su modelo fue Roma, entendida como arquetipo de una ambición que después había de llamarse nietzscheana.

La ausencia del ideal paidético en el renacimiento italiano repercutió en la primacía de la individualidad sobre la comunidad y del sentimiento sobre la eideia, hinchazón intimista que está fuera de todo verdadero humanismo. Ello fue causa de la falta de equilibrio entre la *rerum natura* y el hombre, vieja ambición de la Hélade. La educación se entendió así como configuración de la intimidad para la belleza del individuo, no como hacer en la comunidad. Por tanto, se despreció la noción de Estado, en cuanto expresión de una totalidad cultural, arquetipo del humanismo griego, y se la sustituyó por el concepto de poder engrandecido en la lucha natural de poderes. Tal muestra la obra de Nicolás Maquiavelo (1467-1527): una ambición que entusiasmaría a Nietzsche, pero que repugnaría a Platón.

Resumamos los caracteres del renacimiento italiano en este breve esquema:

A) Primacía de la realidad, entendida simplemente como naturaleza, sobre la verdad.
B) Primacía de lo irracional sobre la eideia.

C) Primacía de las formas expresivas de la individualidad sobre las de la comunidad.
D) Primacía de las figuras plásticas sobre las eidéticas.
E) Primacía del individuo sobre la comunidad. Ausencia del sentir de comunidad como totalidad. El Estado como poder natural engrandecido.
F) Primacía del poder político natural sobre el poder conferido (medioeval) o racional (moderno).
G) Falta de sentir antitético del mundo medioeval.

VII

EL RENACIMIENTO NÓRDICO

Mientras el humanismo floreció en Italia dentro de la propia casta hieratizada, en la Europa transalpina creció en el seno de la comunidad civil, recién conformada como sociedad de mercaderes y artesanos, es decir, como burguesía. Esta diferencia cambió la dirección del proceso humanista nórdico, que mostróse, desde el principio, como específicamente antitético. El resultado fue la configuración de un renacimiento bien distinto al italiano, pues si en Italia destacó cuanto el humanismo poseía de buen gusto y de cultivo de la personalidad, en la Europa transalpina floreció lo que tenía de movimiento ideológico, de paideia dirigida hacia la comunidad y de antítesis de la concepción medioeval e intimista del mundo.

Los renacentistas italianos, como ya sabemos, pergeñaron su obra a impulsos de la expresión de la personalidad, la belleza plástica y la acción; los nórdicos, en nombre de un valor recientemente descubierto por la sociedad burguesa: el buen sentido. En la acepción aquí usada, la palabra sentido posee un carácter típico, que no debe confundirse con el sentir ni la razón. Sentir es la expresión del mundo que alberga un determinado tipo de alma, y pertenece, por entero, al patrimonio de la comunidad, apareciendo, por lo demás, como poder extrarracional. Razón es la relación entre la realidad o *rerum natura,* y el intelecto, configurada como forma del mundo. Sentido es la síntesis entre concepto y sentimiento, razón y sensibilidad, idealidad y necesidad, ser y deber ser. Buen sentido equivale a sinopsis equilibrada, ponderación, humanistas, justa medida. La antítesis del buen sentido es la extravagancia de la letra muerta, el silogismo, la autoridad de las citas, el dogmatismo, la lógica encasillada, los *brachylogus* y *mammetrectus.* La encarnación de buen sentido, según se desprende de Erasmo, son las *bonae literae,* génesis de claridad, limpieza, educación, civilidad y belleza.

En nombre del buen sentido, que muchas veces coincidió con el

propio sentido común de la burguesía, el ideal humanista nórdico, típicamente tenaz, pergeñó los caracteres de un Occidente pensaroso y racionalista, crítico y mordaz, como se vislumbró en la obra de Erasmo (1466-1536), Ulrich von Hutten (1488-1523) y Rabelais (1490-1553). Este Occidente nació didáctico y pedagógico, dado a dilucidar, moralizar y humanizar. Espíritus como Montaigne (muerto en 1490) y Cervantes fueron sus más tardíos productos (1).

Conviene advertir que el renacimiento nórdico jamás copió la Naturaleza, a la manera del italiano, ni colocó en la acción o en el cultivo de la personalidad la más alta ambición humana. Antes bien: el ideal de estudio y retraimiento, la fe en el carácter victorioso de la causa humanista y el afán de combatir los valores del viejo mundo medioeval, invadieron la Europa transalpina, que no intervino en los descubrimientos y conquistas de nuevas tierras, empeño de españoles, portugueses e italianos. Por lo demás, es obvio que la valoración y el cultivo de la personalidad, ya por la realización del buen gusto, o ya por la materialización de la obra política, resultan categorías típicas de una sociedad estructurada en castas, donde las relaciones humanas giran en torno al séquito y la intriga, formas de vida que repudiaba la incipiente sociedad burguesa.

Frente al renacimiento italiano, el renacimiento nórdico surgió como *movimiento de reforma social e intelectual*, específicamente dotado de actitud crítica. De ahí que resultara popular, y de ahí también que lograra configurar un nuevo tipo de alma europea, ambición que no alcanzó el renacimiento italiano, sólo capaz de producir el ejemplo de grandes personalidades aisladas y un buen número de anécdotas. Entre Erasmo y la conciencia medioeval típica hay más distancia que entre Miguel Angel y la misma conciencia. En efecto: ambas individualidades están separadas por la sociedad hierática.

La presencia del ideal paidético y crítico en el renacimiento nórdico produjo la conciencia de primacía de la comunidad sobre la individualidad, y de la eideia, entendida como buen sentido, sobre el sentimiento y el Ethos, jerarquización presente en todo verdadero humanismo. Ello condujo a un racional equilibrio entre el hombre y la *rerum natura,* armonía que rompió la revolución religiosa. La educación se concibió como hacer para la comunidad. Por ello se criticó la idea natural del poder, tan ensalzada por el renacimiento italiano, y se pensó fundamentar la justificación del Estado sobre síntesis pura-

---

(1) Convendría estudiar alguna vez la personalidad de Cervantes como alma típicamente renacentista, paidética y optimista, más nórdica y erasmiana que latina. Frente a sus contemporáneos españoles, y frente a los barrocos, Cervantes es un moderno.

mente racionales, una vez que pudo definirse la verdad como deber ser racional (Moro).

Importa señalar, por último, que el renacimiento nórdico se reveló, desde el principio, como la conciencia del justo espíritu cristiano, unido a las *bonae literae,* y como la voz que denunciaba la corrupción del viejo flúido mágico y la impotencia del hieratismo eclesiástico para mantener vigorosas las esencias de un cristianismo vivo.

Resumamos los caracteres del renacimiento nórdico:

A) Primacía de la realidad, entendida como naturaleza y razón, sobre la verdad.
B) Primacía de la eideia, entendida como buen sentido, sobre lo irracional.
C) Primacía de las figuras eidéticas sobre las plásticas.
D) Primacía de la comunidad sobre el individuo. Típico sentir de comunidad. El Estado justificado en síntesis racionales.
E) Primacía del poder político racional sobre el poder natural (Italia) o conferido (medioeval).
F) Sentir antitético del mundo medioeval. Actitud crítica.

VIII

ACTITUD REVOLUCIONARIA DEL RENACIMIENTO NÓRDICO

Desde cualquier punto de vista, la más real aportación del renacimiento nórdico a la historia europea fue su actitud crítica o antitética capaz de incubar la primera gran revolución de Occidente. Esta postura crítica se produjo igualmente contra el *hieratismo eclesiástico, contra la sociedad contemporánea y contra la obra del renacimiento italiano.* En primer lugar, porque un ideal humanista que partiera de la naturaleza de las cosas, como es obvio, y de la avenencia entre razón y sensibilidad, tenía que chocar con la inamovilidad del espíritu hierático; en segundo lugar, porque la materialidad social y cultural no respondían a la ambición humanista, ni siquiera al ideal de un mundo medioeval vivo, y en tercer lugar, porque el renacimiento italiano parecía pergeñarse con despreocupado olvido de los valores cristianos y el buen sentido.

La crítica se produjo inicialmente de una manera tímida y literaria, no ciertamente vacía de humor y sutilezas. Las individualidades humanistas comenzaron por atacar el principio de autoridad, que ocupaba lugar preeminente en la jerarquía hierática de valores. Seguidamente, la naturaleza del Ethos, en cuanto deducido de la autoridad; la salvación como vía formal, que no pertenece al individuo, sino a la organización espiritual terrena; la sabiduría en figuras lógicas, estancadas en los partimentos de la escolástica; el saber de salvación

convertido en minucias de frailes, y el estar en el mundo como administración del alma. Después, la corrupción real de la sociedad hierática, su desmesurado aprecio de la riqueza y la antinomia entre el verdadero espíritu cristiano y la obra del renacimiento italiano. Todo ello se hizo en nombre del buen sentido, en sutil intento de trabar las esencias originarias del cristianismo con el mundo de la paideia clásica. Por lo demás, el contenido de esta crítica estaba dado desde que el humanismo construyera un esquema de valores diferentes del medioeval. Bastaba sólo la osadía de compararlos.

La técnica de la crítica se proyectó en la intención dialéctica de llevar al absurdo las consecuencias del imperio teocrático corrompido, entre ironías, sarcasmos y el escándalo del honrado sentido común. Ello produjo, naturalmente, la sonrisa y regocijo de una sociedad que anhelaba la independencia y las formas civiles de vida. Sin embargo, es de advertir que nunca se atacó la fe, sino las personas y las instituciones. A este respecto conviene recordar la liberalidad de la censura eclesiástica, ceñida sólo a cuestiones de dogma. Las instituciones medioevales, aún hieratizadas, fueron bastante más liberales que el Estado moderno, ateniéndose a postulados muy concretos y delimitados. Cuando el censor eclesiástico se enfrentaba con nuevas interpretaciones, jamás pensaba que el resultado de la censura podía hacerle perder su puesto en el séquito del Papa o del Emperador; mirábalas, simplemente, como expresiones filosóficas o teológicas, refiriendo su apreciación a un esquema secular de saberes y creencias.

Asombra contemplar la decisión y la libertad de criterio que hubieron de necesitar los humanistas nórdicos para arremeter contra un sistema milenario. Las individualidades que lo hicieron tuvieron que sentirse respaldadas de algún modo por valores mágicos medioevales y por ideales racionales de validez general, es decir, por el viejo y el nuevo sentir. La sustancia mágica medioeval fue el fervor del pueblo, elemento mítico de tan sagrado vigor en los siglos medios; la racional, el buen sentido, la aparente justicia y la claridad eidética. La crítica humanista supo hacer actual la antigua fe y la futura esperanza, el instinto de salvación y la ambición de poseer la Tierra *secundum rationem*. Los ataques a Roma verificados anteriormente por Wyclyffe (1320-1384) y J. Huss hubieron de fracasar por su contenido dogmático y su mofa de la fe, cuestiones que no podían atraer el entusiasmo del pueblo.

A través de la crítica ideológica, y solamente mediante ella, fue posible la conformación en fenómeno social y político de un proceso que pertenece por entero al reino de las ideas. El sentir renacentista residía ya en la conciencia de la burguesía; pero fue el choque con

Roma quien lo elevó a la categoría de realidad comunal y consciente. En el desarrollo de esta pugna crítica, vencida la timidez inicial de una sociedad que era vasallo milenario de Roma, la comunidad del Norte de los Alpes llegó a tener conciencia de sí misma, configurándose desde entonces como antinomia del mundo latino. Hegel afirma que el espíritu se supo entonces libre, y quiso lo verdadero, eterno y universal. Mas, dicho de forma más común y racional, podemos aseverar que la sociedad nórdica se halló entonces mayor de edad e independiente de la cultura eclesiástica, informando un ideal autóctono.

Miguel Espinosa.
A. Colón, 9, 2.°
MURCIA

LA AGORERA (*)

POR

RAFAEL SOTO VERGES

I

SERMÓN DE LOS MISTERIOS DEL MERCADO

En los abrevaderos del mercado
gotas de lluvia dejan los sencillos
círculos del sinfín, mientras la vida
animal se confina en el instinto.
La sed quiso ser nube antes de ahora
cuando el rayo era sombra en el abismo
y a la tormenta en el secano estaba
reclamándola el agua entre los guijos.
Así va sucediéndose en el aire
lo natural de cada hora, en círculos
nostálgicos, sonoros, levantados
por la misma energía de lo distinto.
Fábula de la luz, buscan los ojos
la ruinosa estación de lo escondido,
anticipándose al suceso mientras
gira en el alma un pájaro sin brillo.
Vienen sobre nosotros las señales
planetarias del fruto en el estío,
el levirrostro lava su pureza
en la celeridad de los granizos,
tal el tiempo conforma las especies
en la ciega quietud del albedrío
y el sosiego no crece porque, ¿quién
se remonta a lo oscuro y sucesivo?
Tú, Agorera, que das sobre la plaza
testimonio a los hombres del prodigio,
me trajiste la muerte hasta estos ojos
donde se agita el mundo no nacido.
Pueblo final de acciones, reclamando
lo de ahora y ayer, lo ensombrecido

(*) Cuatro poemas del libro inédito de igual título.

aún, pero con manos verdaderas
volcadas en los frutos voladizos.
Levantas tu cabeza sobre el corro
de los espectadores; va el tordillo
buscando su nevada, aunque es la hora
de la roja sazón. Así el racimo
sabe más de su muerte que estos hombres.
El castor edifica sus dominios.
Viene en oscuros círculos la lluvia,
el dolor, el enjambre de los fríos.
Vuelve otra vez el paño de las yerbas.
La manada incorpora sus castigos.
Horóscopo del aire, va girando
la pobre claridad de los instintos.

II

POR ENTRE LAS CONDENAS DEL OTOÑO

BASTARÍA tener el fuego cerca,
como el pastor que anuda en la montaña
su paz a la invernal meseguería,
para saber lo dulce de esta llama.
Contra la hostilidad, que me rodea
de cuanto vive y huye en lenguas claras,
centro mi soledad en esta piedra,
infinito rescoldo que no cambia.
Puedo sobre mis hombros ver las nubes
amenazantes, leves, transformadas
por algún veredicto que, a la tarde,
las consume en su ardor apenas habla
tu voz de grieta última, en rebaño
aunado, negro, que a su muerte clama.
Clamo de puerta en puerta, ya buscándote,
sabiendo lo que esconde cada casa,
ya de fijo entregado, ajusticiadme
hombres, hijos, los que tenéis mirada
para lo oscuro, ¿acaso no sabéis
lo que soy, lo que tengo? Todo acaba
dentro y fuera de mí. Vuestra locura
no es de este mundo ni del mío. Matadla.
¿Quién puede caminar sobre este fuego

sin perecer, estar como manada
quieta bajo el influjo de las noches,
transformada y cambiante, entre las zarzas?
Sin embargo, es lo mío. Soy culpable:
os ha dado otra vida mis palabras.
Como el pastor, regreso a mis canchales,
a la piedra lunar que me reclama.

III

VIVO ESTA NOCHE EN SU VERDAD

ANTES de que quebraran los espejos del mundo
los erizados gamos, las ramas pensativas,
todo era y se estaba sobre un plano
unánime y mortal. Eran azules
los arbustos, las piedras, los hurones
siempre sobre las vetas de las aves innúmeras.
Antes de que cayesen grandes aguas
sobre el aliento leñador, las nubes
vieran el equilibrio de los muros humanos,
todo era azul sin tiempo ni costumbre.
De noche se adivina todo esto
por el color, la paz, los abedules
volviéndose a su forma despojada,
y las palabras nombran a los seres
desde el primario túnel de la vida.

IV

MUERTE, NO HE SIDO YO

LA LUNA derramando claro signo
de alquimia candeal, lleva a mis brazos
toda la creación y voy poniendo
un beso inenarrable en lo olvidado.
Brújula de las savias, chorreantes
sombras aherrojadas por los astros,
me señalan un instante aquellos centros
donde aletea lo vivo hacia sus tránsitos.
Arrasando la luz, la galería

lunar, como un asombro planetario
toma cambiantes formas, mientras oigo
la desterrada voz de sus trabajos.
Oh, la inaudita fuente. ¿Adónde fueron
la acostumbrada norma de este árbol,
aquella luz sencilla de la tierra
dándole a cada ser su gesto exacto?
¿Qué tejedor o viento de otro arbusto
perdió en su pensamiento lo creado?
¡Yo no fui, yo no fui! Con el clamor
de lo que emigra ahora me levanto
sobrecogido de realeza: yo
no fui, yo he bendecido desde abajo.
Nadie me escucha ya. Celeridades
rojas de nube o cobre van borrando
todo cuanto abrazaba; gira el tiempo
como un hacha del aire entre mis manos.
Oh si al menos pudiera repartir
por los rincones nobles este extraño
derrumbe de tu amor, dar a mi boca
confesiones de muerte en nombres claros.
Pero yo soy el heredero. Solo,
como quien dobla la ebriedad del arco,
tomo la posesión de aquellas fuentes
en que me agito y temo tus presagios.
Lago o misterio, pánico o paisaje,
me recojo a tus pulsos alumbrado.
¡Pero yo soy el heredero, pero
yo volvería atrás sobre mis pasos!
Nadie me escucha. Torno nuevamente
a mis espejos materiales: años
para el remoto lanzamiento, leyes
de ensoñación medidas por los pájaros.
Tú, Agorera, me llevas por el mundo
al dominio frontal de los oráculos.

Rafael Soto Vergés.
Virgen de la Consolación, 3.
MADRID

ESPAÑOLADAS A GRANEL

La novelista Honor Tracy continúa con sus invenciones españolas. Después del lamentable libro "Silk hats and no breakfast", ha lanzado una novela titulada "The prospects are pleasing", en la que el héroe, un chupatintas irlandés lleno de vagos ensueños, se dedica a la busca de un cuadro del pintor español Afrodisio Lafuente y Chaos. Por lo visto la señora o señorita Tracy no sólo dejó de respetar la verdad que ve, sino también los apellidos de personajes conocidos en España, que merecen igual respeto que cualquier otra verdad.

En el primer libro citado, una especie de crónica de viajes por Andalucía, Honor Tracy, igual que otros anglosajones literatos, después de pasar una grata temporada en las costas del Mediterráneo andaluz, viviendo lo más confortablemente que acaso piensen vivir el resto de sus días, se dedicó a pintar una España mezclada de pandereta y barro, en un volumen cuya primera torpeza se manifestaba en la sobrecubierta. La novelista hablaba largamente de Málaga, y la portada de su libro era una vista de la ciudad andaluza, que queriendo ser actual era también maliciosamente retrospectiva. El dibujante, inventando a su guisa, para no perder el tono general del libro, colocó en la vida contemporánea de la bella capital andaluza unas mujeres vestidas a la usanza de 1850, y varios transeúntes que llevan anillos en las orejas. El texto de la obra se ajusta, más o menos, a esta representación inicial.

Lo peor de este tipo de literatura es que no se refiere a ninguna circunstancia importante de la vida española, sino que el ataque suele dirigirse a las bases naturales y a las esencias características de nuestro pueblo; ese pueblo que los ha atendido y mimado con amabilidad y gallardía, durante meses, y al que ellos han "dado la coba" durante su temporada de agrado y de ocio. Aunque sabemos lo inútil que es comentar este tipo de literatura, lamentamos que en la nueva novela irlandesa de Honor Tracy no haya desaparecido tampoco su torpe noción de España y de los españoles, hasta el punto de usar con inconsciente ligereza un nombre que debía merecerle respeto.

XYZ.

UNA TAZA DE CAFE

POR

ROMILDA MAYER

Genoveva mira a su madre con ojos sumisos e implorantes:

—¿Te vas?

Sin darse cuenta acaricia con el dorso de la mano el rico terciopelo que parece, visto al trasluz, vivo cristal negro. Es de nylón: todo lo que su madre usa, desde que llegó la moda de Francia y Estados Unidos, es de nylón, y del mejor. Siendo mejor, ya se sabe, es el más caro.

—¿Te vas? —vuelve a musitar, levantando la carita pecosa.

Genoveva tiene once años y un complejo de niña tonta. Se lo dice así su madre, esa bella mujer erguida como flecha delante del espejo, que se ajusta el sombrero sobre el casco cobrizo de sus cabellos lacios, a la última moda también, sólo que no son de nylón, ¡qué lástima!... Se lo dice su padre también: "Tonta, tonta, parece mentira que seas tan tonta". Y su padre es un caballero, lo sabe cierto porque hasta cuando van al cine, algunas tardes, oye que los acomodadores le dicen: "Caballero, por aquí; gracias, caballero". Los caballeros no mienten nunca. Así que ella es tonta de verdad, sin excusas ni atenuantes.

—Sí, me voy. Ya está.

Sonríe a sí misma en el espejo. Luego baja la mirada —se le curvan desmesuradamente las pestañas embadurnadas de rimmel— hasta tropezar con la mirada de su hija que enrojece y retira su mano del terciopelo.

—¿Qué haces aquí? ¿No tendrás sucias las manos, acaso?

Se toca la falda, se la alisa sobre las caderas estrechas.

—¿Tengo derecha la costura de las medias? —pregunta a Genoveva, que se apresura a tirarse al suelo, sobre la moqueta color paja, para mirar concienzudamente las piernas esbeltas.

—Sí, mamá.

¡Qué felicidad tan intensa siente correr por su espalda! Es como un escalofrío tibio y grato. Su madre se ha dignado encargarle —a ella precisamente— un pequeño servicio, el de mirar si las costuras de las medias, también de nylón, ¿cómo no?, están derechas. Tiene ganas de echarse toda contra ella, abrazarla, besarla, oliendo su perfume em-

briagador, expresarle su ancha gratitud por esta muestra de confianza.

—Bueno, pero levántate, tonta... ¡Qué criatura!

Ya pasó todo. Genoveva se levanta y se mantiene quieta delante de ella, con la cabeza baja. Su madre es incomprensible.

—Anda, vete a la cocina. Dile a Bibi que me haga, en seguida, una taza de café. Voy a esperar un poco antes de salir.

Otro encargo. Pero éste no la hace tan feliz... ¡Si se atreviese! ¿Y por qué no? Papa no está y con los dos delante su timidez es doble.

—¡Mamá! ¿Quieres que yo te lo haga?

—¿El qué vas a hacer tú?

—El café.

—¿Tú? Vamos, tonta... Tú no sabes hacer café, y menos como la Bibi. Ella sabe cómo me gusta.

Bibi es la muchacha de confianza de su madre. Es Bibiana, así la llaman las gentes de su pueblo, cuando van a verla a la cocina.

A Genoveva se le ocurre llamarla Bibí, con un acento sobre la i que parece un pitido de tren. A Bibi sin acento le molesta y la llama tonta, ella también. Como todos en aquella casa.

—Bibí... Bibí... Bibíííí...

Corre a la cocina, con un grumo de llanto en la garganta. Ya está segura, segurísima, que su madre la odia. Por maldad la llama siempre tonta y deja que hasta la Bibi —no Bibí— se lo diga a todas horas... Y esto no está bien, no y no.

Bibí no está en la cocina. La busca hasta en la despensa; no hay Bibí, aunque chille su nombre, arrastrándolo por los pasillos y por el jardín que está quieto, lleno de frío, desnudo de flores y de verde.

—Bibi no está. Debe haber salido con su...

—¿Qué dices? ¿Qué sabes tú? —pregunta ásperamente su madre, colgando el receptor del teléfono.

—No, no sé nada... —se retrae Genoveva con súbito miedo.

Cree que no se debe hablar, a su edad, de cosas tan grandes, tan secretas, como esa de tener novio. Por otra parte, le parece rara la actitud de su madre cerca del teléfono.

Quiere hacerse perdonar y ofrece nuevamente, tímida:

—Yo puedo hacerte una taza de café. Sé cómo se hace, de verdad.

—Vamos a verlo, anda... Por una vez, no hagas tonterías de las tuyas.

Genoveva se va. Pero ya está Bibí en la cocina... Claro, estaba en su cuarto, vistiéndose para salir.

—Bibí...

—¿Qué pasa?

—Nada... Un poco de agua.

—Tú misma puedes tomarla, ¿no? Yo tengo prisa. Me están esperando.

"Ya sé quién te espera", piensa Genoveva, "pero no debo decirlo aún. Me llamarían tonta otra vez."

—Anda, bebe, tonta... Parece que no sabes ni encontrar un vaso... Yo, en cambio, no soy tan finolis... Mira cómo bebo cuando tengo sed.

Se acerca a la pila, doblándose sobre ella, empinándose sobre los pies. Tiene un talle fino y blando, sin corsé. Abre el grifo, tuerce la cabeza y entreabre la boca: el chorrito le cae en los labios recién pintados, resbalándole un hilo por la mejilla.

—Ya ves. Así no tengo que fregar vasos.

Se enjuga la gotita con el paño de secar los platos.

—Bueno, hasta luego, Geno.

La chiquita se irrita. ¿Por qué ha de llamarla Geno? Genoveva es un nombre bonito y no necesita cortes. En cambio Bibiana...

—Adiós, Bibíííí...

Espera que cierre la puerta y se apresura a preparar el café. Es bien sencillo. Ya está molido en un bote de cristal y no hay más que llenar la cazuelita, encajarla y esperar que el agua hierva del otro lado de la cafetera marca "Vesuvio" que trajo papá de Nápoles. El café sale solo. Gotea lentamente, pesado, negro, luego en hilitos color marrón que se hace más claro a medida que la taza se llena. Es una cafetera rápida y simpática.

Coge una bandejita, coloca el azucarero con sus pinzas para los terrones, la taza humeante y una diminuta servilleta bordada.

Entra en el saloncito. Su madre ha terminado de hablar. Está nerviosa, inquieta. Se ha quitado el sombrero, aquel casquete de terciopelo igual que el traje, oscuro y brillante. El rico abrigo de pieles, sobre el respaldo de una butaca parece muerto de golpe.

—Mamá... El café.

Los ojos que la miran, vagamente sorprendidos, brillan de ira contenida, de rabia o dolor.

¿Qué le pasa a mamá?, piensa Genoveva. Mira al teléfono, rencorosa.

—Ya no quiero café, ni nada... Déjame en paz. Vete. ¿Has oído, tonta?

Genoveva siente temblar la bandeja. Sin una palabra se vuelve para la cocina. Su café, su primera taza de café, hecha por ella para que su madre no tenga necesidad de Bibí cuando Bibí no esté... La desprecia, no quiere ni probarla... Su grácil figurita se dobla y el

llanto corre por sus mejillas: una lágrima le cosquillea la nariz irresistiblemente y cae al fin —como una gota del grifo— en el centro de la taza.

—Niña, ven aquí... —dice su madre de pronto.

Genoveva intenta secarse las lágrimas con el codo. Se vuelve con su bandeja temblorosa.

—¿Qué, mama?

—Ven. Voy a tomarlo.

Le sonríe, triste, conmovida. Como nunca.

—¿Lo has hecho tú? ¿Solita?

—Sí, mamá. Yo sola.

La madre toma un sorbo.

—El azúcar... Mamá, no tiene azúcar.

La madre la mira, incrédula.

—¿Estás segura, hijita? Pero si está dulce, cariño..., si está maravilloso... Gracias, preciosa mía...

Genoveva ha dejado caer la bandeja... Demasiado peso de pronto. Todo se ha roto: esparcidos encima de la alfombra, los terroncitos de azúcar brillan, y brilla la porcelana, hecha añicos, del azucarero. La bandeja parece un espejo, un reducido lago de plata, entre flores rosa, azules y malva.

Recoge la servilletita bordada y se enjuga los ojos —la tonta—, sin osar levantar la cabeza, esperando, feliz, inmensamente feliz.

Romilda Mayer.
Pardiñas, 26.
MADRID



BRUJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas

LUDWIG ZELLER, POETA MAGICO

Conocí a Ludwig Zeller en Santiago de Chile, allá por 1940, ó quién sabe si un poco antes. Era, en aquel tiempo, un adolescente de extraña catadura y personalidad nada fácil de escudriñar. Sus ojos, que creo azules, acostumbrados como estaban a planear sobre los infiernos imaginarios de Baudelaire y de Rimbaud, habían llegado a adquirir un frío reflejo metálico que él cultivaba con amor de jardinero. Sin embargo, no era difícil descubrir detrás de aquella apariencia demoníaca una ternura casi evangélica y una honda aspiración moral que no encontraban, para expresarse en plenitud, otro inconveniente que su juventud, por aquel entonces excesiva.

Era ese Ludwig Zeller, que intento abocetar, de físico más bien menguado y muy cargado de espaldas. Siempre se le veía por el barrio de San Diego, que es donde se alinean aún, como en una feria alucinante, las librerías "de viejo" o de lance, es decir, las "boquineries" santiaguinas. Con cuatro libros en los bolsillos del envejecido gabán, tres bajo el brazo y uno literalmente pegado a la nariz, recorría la gran ciudad, inmerso en su mundo maravilloso, donde oficiaba de pontífice máximo el Conde de Lautreamont.

Nos conocimos en los azares de la intensa vida bohemia de aquellos días y surgió, así, una entrañable amistad, que perdura a pesar de la manifiesta divergencia de nuestros destinos. Recuerdo que en un viejo café, cercano a la Estación Mapocho, me contó una noche cómo la vocación lírica le había hecho saltar del Seminario al tráfago multitudinario del siglo. Otra vez lo vi desafiar, impertérrito, el escándalo burgués de las gentes con un gran paraguas, abierto bajo el sol de enero, que en aquellas latitudes es el mes clave del verano. En alguna ocasión, en la plaza Brasil, me habló de sus poemas, donde, bajo un satanismo más o menos epidérmico, latían una apasionada voluntad de renovar los gastados moldes de la palabra poética, aprovechando las valiosas experiencias del surrealismo y un fervoroso deseo de hacer de la poesía un instrumento mágico de la sabiduría esencial. A través de aquellos poemas, que leía con monorrítmica gravedad de salmodia, se adivinaba una dolorosa encuesta al destino y la huella de muchas noches junto al Viejo Testamento, al Libro de los Muertos, a las más antiguas teogonías.

Años después, ya maduro, se casó con Wera Zeller, delicada flor de los jardines centroeuropeos, con quien realizó trabajos de mucho aliento, entre otros una traducción de las "Grandes Elegías", de Hoelderlin, que la crítica trató con justicia, esto es, con entusiasmo. La antigua bohemia fue reemplazada por un hogar purísimo, que participa, a la vez, de las cualidades mejores de una casa pequeña burguesa, de un laboratorio y de un monasterio. Hijo de alemanes, Zeller ha heredado esa paciencia germánica que tan peregrina nos resulta a los latinos como yo y ustedes. Esto explicará su fabulosa memoria bibliográfica, sus pulcros ficheros, sus colecciones de grabados y sus carpetas, desbordantes de apuntes, traducciones, ensayos y poemas. En cuanto a su desempeño civil tengo entendido que todavía es Comisario de la Sala de Exposiciones del Ministerio de Educación Pública de Chile.

Este es, en breves y deshilvanados trazos, el poeta que acaba de enviarme, desde Santiago, su último libro, que lleva un título por demás sugerente: "Exodo y otras soledades". Amén de sus méritos intrínsecos, este volumen tiene otro no menos estimable. Constituye, en esencia, una antología de las obras que ha publicado desde 1950, tales como "Los elementos", ilustrado por Francisco Otta, que apareció en 1953; "Las marionetas", que datan del 57; "Sed sobre el cuerpo", ilustrado por Otta y Herrera y prologado por Dámaso Ogaz, que es uno de los poetas más serios de la joven generación chilena, y otros que vieron la luz pública en fascículos o revistas.

Me parece una buena idea ésta de antologar toda aquella labor, entre otras cosas porque Zeller, que además de bibliógrafo es bibliófilo —y de los temibles—, ha editado varias de aquellas obras en esas que llaman "ediciones privadas", las que raras veces trascienden el cerrado círculo de los íntimos. Ahora, su mensaje podrá sumarse al coro de esa joven poesía chilena, que ya tiene bastantes méritos como para considerarse legítima heredera de Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Pablo Neruda, Humberto Díaz-Casanueva, Rosamel del Valle, Julio Barrenechea y Juvencio Valle.

"Exodo y otras soledades", que dedica a su esposa en bellísima frase ("A Wera, estas imágenes hechas de polvo y sueño"), recogen, a veces íntegros, los textos de sus libros anteriores. La selección inicial es de la obra que da título a este volumen. El epígrafe escogido nos ofrece una llave segura para adentrarnos en la esencia de esta primera gavilla. Está tomada de Poe, y dice: "¿Estamos condenados a girar siempre en las tinieblas, sin alcanzar jamás las costas de la eternidad?"

Este mismo grito del alucinado de "Anabell Lee" quebranta la garganta de Zeller en "Exodo":

... Otros fueron tus siervos, Señor: humo sobre el día
*y llamarada en la noche, tu báculo de fiebre **los guiaba.***
Empero, ¿alzáronse ellos de las tumbas?
¿Vieron acaso tu ciudad? ¿Bebieron de tus aguas?
Solos estamos y el ojo excruta en vano
el corazón, la noche donde florecen los enigmas...

Desdoblándose, mira desde un ángulo exterior a los de su estirpe, a los sedientos de infinito y certidumbre, y dice con desaliento:

... ellos se aprestan a morir en las llamas infinitas,
vueltos los ojos hacia adentro...

Los gritos siguen restallando en la noche:

... ¡Polvo y recuerdo nos persiguen!...
... la lengua está pegada a las heridas,
ninguna agua logrará ya saciarnos...

La impetración final cierra dignamente el doloroso tránsito de estas estrofas:

... Apártame de las cosas de este mundo,
aléjame de este valle en que giran cadáveres.
Divino, escucha a tu corazón, pues yo lo siento:
¡él llora en sueños!

De un tono semejante es el poema intitulado "Del tiempo". El sentimiento de las destrucciones inexorables sigue comunicando a su voz ritmo de lenguaje profético:

... ¿Qué se hicieron los míos, los que tú marchitaste,
los que yacen para siempre en el desierto?
¿Y aquéllos que tendían, interminablemente, tibios
hilos de arena?...

Así, caminando a tientas, "mientras sopla el viento en calles que no existen", se le sube a los labios la suprema petición:

... déjame ser, entre aquellos que lloran, ríen y se contemplan,
dulzura de los ojos que he adorado.

El lenguaje de Zeller constituye un hermoso y logrado intento de aproximación a los primitivos. Hombre de clara ascendencia romántica (y germánica, si hemos de ser precisos), su voz rehuye por sistema la ordenación racional. Ella se nutre de vivencias depositadas más abajo de los fáciles esquemas ideológicos. No se siente lograda sino cuando la imagen estalla, desde el fondo, como una síntesis milagrosa de la emoción y aun de instintos crudamente primarios. Se dijera que su aspiración máxima sería poder hablar en la lengua esencial de los ritos totémicos, lejos de toda interferencia retórica. Como en las viejas religiones, para él la palabra tiene virtualidades mágicas, cuya eficacia habrá de lograrse agrupándolas en fórmulas de cábala;

repitiéndolas lentamente al oído del corazón. De allí la importancia que adquieren, en su verbo, los vocativos de intención mágica: "Divino", "Oh, Resonante", "Oh, Silenciosa"...

Esta misma voluntad de retorno a las fuentes del hombre ingenuo de los primeros días se reflejan en el paisaje de sus poemas. Ni la urbe moderna, ni el seco perfil del rascacielo, ni el infierno sonoro de las fábricas. Nada de eso. Sus personajes, febriles y como arrancados de un cuadro del Greco, vagan por desiertos bíblicos, ven a lo lejos la pira de los antiguos sacrificios, avistan en el horizonte los muros blancos de viejísimas ciudades. En "Piedra para soñar" dice a la desconocida que ama:

... Tú, que fuiste vendida por llama en Babilonia
y cuyo recuerdo duele como una quemadura...

A veces, en este mundo particularísimo, resuenan ecos modernos. Se trata de lejanas reminiscencias de poetas que coinciden, en lo esencial, con su propia postura. Así, en "Casa de Infancia", presentimos la sombra de Humberto Díaz-Casanueva, especialmente el de "Vigilia por dentro":

... A veces me despierto y alguien llama en lo oscuro,
algo aletea en las cerradas tumbas, algo se marchita;
entonces puertas se abren y bajo a las tinieblas
en busca del fantasma que vigila los sueños...

"Los elementos" fue un tomito de sólo cuatro poemas inspirado en la frase del oráculo de Delfos: "Escucha en el rumor los elementos... fuego... tierra... aire... agua... esencias de la vida, sutil sombra del alma." Zeller ha tenido el buen criterio de reproducirlos todos, para no romper la unidad del conjunto. En "Fuego", el acento recuerda el acento de los textos sagrados egipcios...

Porque te he visto, porque te he esperado en la gran noche,
¡Oh, Resonante! ¡Verbo! ¡Príncipe de la Luz!
Tú esparcías hogueras en lo alto, tú devorabas
los antiguos soles de mirar cansado, llama-mujer,
saeta de la gran piedra negra...

En "Tierra", alcanza ese todo de los filósofos presocráticos, que antes que especular racionalmente parecían ser más bien instrumentos de extrañas revelaciones:

... ánfora, valle natal para los poderosos,
encantada semilla, misteriosa, sedienta...

"Aire" recuerda los mejores momentos de Mallarmé. Acaso su "tañedora del silencio", cuando lo define así:

Invisible laúd, diamante de los siglos,
¿quién desgrana los dedos en las cuerdas?.
¿quién te llama en silencio?...

El ánima, ya que no la forma, de Garcilaso fluye en "Agua":

Eternamente os siento, puras, aladas, cristalinas lágrimas
del desear. Labios en movimiento. Amor inmóvil...

Este poema, acaso el más logrado de aquella colección, corola bellamente:

¿Escuchas? Solloza una mujer junto a la fuente.
¡Samaritanos, olvidemos las ánforas!
Sobre el astro de fiebre cae el agua.

Zeller ha dedicado "Las marionetas" al poeta Rolando Toro, que cuenta también entre los buenos, aun cuando creo que no publica todavía. Este libro está dentro de una tónica limpiamente romántica:

Veinte años he buscado los bruñidos
cristales, los puros, que vibraran
al rumor de las alas que acaricia el silencio,
los labios que entreabriéranse al lenguaje
de la Divina Imagen...

("La abandonada a los espejos".)

¿Volveremos tal vez? ¿Existen otras vidas
donde poder hallarte? ¡Ay! ¿Escuchas? Hilos tiran
de la mano que corta las espigas...

("Arcano seis".)

"Sed sobre el cuerpo" es un solo poema y de los definitivos en la obra de Zeller. Ya cuando apareció por primera vez, en forma de fascículo, llamó la atención de los amigos de la buena poesía. Para medir la calidad de sus logros, que se suceden en jubilosa carrera de asombros, transcribiré sólo algunos:

... ¿Qué viento mueve, oh, pura, la raíz de la sangre?
¿Qué mares entrechocan cuando
brilla en relámpagos tu cuerpo sobre el mármol...
... ¿Qué persiguen tus manos
cuando gimes en sueño?
... ¡Ah, tener tus manos y no conocerlas!...
... una playa pulida por los besos,
oigo llorar el mar...

"El jardín de los deseos" es el cuarto libro antologado y responde a un loable afán de verter en odres nuevos el maravilloso fervor erótico de los viejos "divanes" árabes y persas. Al igual que "Sed sobre el cuerpo", los deslumbramientos de la vida elemental le arrancan, al mismo tiempo, alborozadas profesiones de fe y alaridos de la más desconsolada incertidumbre:

... Mujer,
dime, ¿aún recuerdas el verdadero lugar,
el vacío perfecto donde florece la semilla de la sangre?...
... Pero, nosotros, ¿podremos decir "recuerdo"
cuando el rayo nos toca, y suceder "es", y el polen
es dispersado por las abejas ebrias del mediodía?

¿Qué, si no volveremos jamás, y la piedra es quemada
por los enigmas del cuadrante?...
... esa que sueña cuando las estrellas
caen hacia el Este y despierta llorando;
la que baila sonámbula en las ferias;
la que ama más allá del amor y sobrevive
entre estatuas de polvo;
la que ignora la fuerza y muere a filo de espada;
la que se entrega por amor, siendo eterna, a los efímeros;
aquella que es el enigma y la respuesta,
esa mujer...

En "Exploración de la noche" alientos telúricos de la tierra chilena estremecen su verbo, comunicándole un nuevo acento, en el que ojalá insista alguna vez. Por ejemplo, el horror de los desiertos nortinos (o norteños, como dirían otros), le hace definir aquellos pueblos abandonados, aquellas tumbas de indios, aquellos caseríos castigados por el sol del día y las gélidas neblinas nocturnas, en esta frase exasperada:

... pez de terror, llamas heladas, cántaros
desollados de sed...

("Extranjero a la puerta de Tolopampa".)

Ese mismo hálito sonámbulo, jadeante del Neruda de las primeras "Residencias", sopla en este pasaje de "Sobre duros navíos":

... labios comidos por la sal, el viento
mueve en la noche sus antenas, grita, baja
en plumas de nieve hasta la piel del agua
que parpadea, enciéndese, deslízase
en los ojos que vagan sobre el mar...

Dentro de su estilo personalísimo, Zeller empalma con la tierra en estos poemas finales, los deja empaparse de ese flúido que se huele en todos los auténticos y anticipa hallazgos dignos de su honestidad literaria.

En resumen, "Exodo y otras soledades" es algo más que un libro hermoso, original y valiente. Es un libro necesario. Precisamente por esa su ardiente inquitud metafísica, por su dramática preocupación religiosa y por su afán de actualizar viejos procedimientos y palabras legendarias, incorporándolos al lenguaje vivo de nuestro tiempo, Zeller ha venido a completar la gamma tonal de la joven poesía chilena, en la que este tipo de desvelos no es frecuente. Un hecho de tal naturaleza no puede menos que alegrarnos, puesto que el mundo de habla española es uno, y no puede sernos indiferente cualquier paso positivo que alguien dé en su ámbito. Sobre todo si esto ocurre en un país cuyos aportes a la poesía castellana en los últimos treinta años son fundamentales.—Dimas Corabia.

Lasar Segall.—En el Museo de Arte Contemporáneo ha quedado instalada una exposición exhaustiva, de Lasar Segall, el pintor polaco-ruso, nacionalizado brasileño, y cuya obra, tras de ser exhibida en el Museo de São Paulo, ha recorrido, y seguirá recorriendo, varias capitales europeas.

Lasar Segall es un pintor judío, y es, como consecuencia, un pintor expresionista. Su obra está matizada de ese acento entre trágico y lírico que define a un expresionismo que tiene su más directo antecedente en Munch, creador de una escuela en la que iba a formar parte Segall. Una humanidad torturada, sorprendida en el instante preciso para que el espectador sufra el impacto directo que se propone el pintor. A este estado literario no corresponde en la pintura una materia opaca o de negros tintes, sino clara y diáfana, que hace pensar en que Segall fue un adicto del impresionismo antes de ingresar y atender a los programas del "Neue Kuns" o de "Junge Kuns", que en Alemania tuvieron nacimiento antes que Francia sufriera o ganara con los resultados.

Lasar Segall representa a esa juventud que por los años de 1911 fue la encargada de servir de anuncio de la guerra que se avecinaba y del cambio que con ella habría de experimentar el hombre de Europa. Para Lasar, la "belle époque" fue un espectáculo propicio para llevar a la tela su resentimiento judío, y de ahí su ligazón al expresionismo que era, habría de ser, la fórmula para llevar a la pintura ese anhelo de protesta, de grito con el paisaje del mundo; pues no tenemos que olvidar la justificación de posibles rencores raciales, sabiendo que el pintor nace en Vilna, la ciudad "rusa", pero con la raíz polaca de su origen.

Lasar viaja por toda Europa, y un día, un buen día, llega a Brasil, a la gran sorpresa del nuevo mundo, exuberante, exultante, gozoso e ignorante de sí mismo, del cual huye en busca de París, hasta que, por los años de 1923, siente en su ánimo la tragedia, la nueva tragedia que se avecina, al contemplar y llegar a las telas el drama social que su fino espíritu, tan certeramente, sabe recoger, y vuelve a Brasil, donde encuentra entonces esa paz tan buscada, tan hondamente expresada en su pintura, como una esperanza inasequible.

En Brasil alcanza la fama que le auguraron algunos críticos en su primera época, y ya es el brasileño Lasar Segall quien hace de Brasil su punto de partida, para exponer en Nueva York o en París, donde lo hace como un artista universalmente consagrado.

La misma huella que se aprecia en su primera etapa expresionista

surge en su gran etapa brasileña, donde el campo, sus hombres y el emigrante, forman la temática de una obra obsesa siempre por un afán redentorista. Su estancia en Campos de Jordao es, acaso, la que mayor intensidad produce en sus cuadros y presta una pausa de paz a su siempre sentir melancólico. La saudade portuguesa se introduce en su alma y se afianza en su pintura, que, lógicamente, en los últimos tiempos se muestra en unos determinismos verticales que tienen a la abstracción como meta, y es en ese proceso, en ese descubrimiento que llega en su momento preciso, cuando ha pasado desde el academicismo al impresionismo, de éste al Cezanne y al cubismo, y luego al expresionismo, y es entonces cuando le sorprende la muerte por herida, justamente, del corazón. Su obra escultórica, empezada por el año 30, tiene las mismas características de su obra pictórica, acusando actitud, gestos y dando a la humanidad una categoría triste, vencida, de quien desde el nacimiento tuvo el ánimo vencido y puesto al servicio de un noble ideal que le habría de proporcionar justa fama y gloria.

Meneses.—Un acuarelista fino, amable, seguro de técnica y dentro de un concepto que podría tener como máxima representación a Olivé, expone en Altamira una amplia colección de aguadas que recogen los temas habituales desenvueltos con jugosidad de técnica, con sensibilidad y con un sentido decorativo que es papel que casi siempre corresponde a la acuarela, detenida en un período de tiempo al cual todos sus cultivadores son fieles, salvo alguna excepción, Meneses tiene a Castilla como meta de sus pinceles, y a los efectos castellanos como factores para abrillantar sus propósitos de fidelidad.

Mignoni.—En la Sala Seral expone una colección de dibujos Mignoni, cuando aún tiene en sus oídos el eco de su triunfo en el Ateneo. El dibujo alcanza en Mignoni una expresión superior a la conocida, por fuerza de intención, por amplitud de trazo y por el acertado fondo con que enriquece la línea. Pocas veces hemos visto cómo ésta consigue una categoría que la empareja en riqueza, elemental riqueza, con una obra al óleo. Mignoni confirma la legrimidad de su éxito anterior y lo agranda, presentado el fundamento de esta obra figurativa, tan consciente de su intención, con mundo propio, con personajes únicos y con sentido formal que le lleva a emparentar con Clavé, y superar la obra alámbrica de Buffet, pues pone en la materia el acento trágico que, como tal, no puede ser ocultado en artista cuya veta tiene extraña ibérica, que cuando se posee de cierto hace imposible todo intento de ocultación de fortaleza, cualidad que bien se aprecia en estos seres fantasmales de Mignoni, cuyos toreros, por ejemplo, parecen retra-

tados después de una extraña faena, entre la Vida y la Muerte, ejecutada en una plaza de toros iluminada en el último pueblo por la última luna.

ARTE ESQUIMAL.—Curiosa, bella y magnífica exposición la realizada por la Embajada de Canadá, en cooperación con la Dirección General de Bellas Artes, en la sala del Palacio de Bibliotecas y Museos.

Es curioso, porque no es frecuente contemplar un arte tan enraizado a una geografía extraña como éste, bella por la calidad de unas materias casi desconocidas entre nosotros, y por la expresión sanamente ingenua lograda por los artistas, y magnífica por la cantidad de piezas expuestas y en perfecta instalación.

El arte esquimal procede de un motivo primero en el hombre: la caza, que a su vez tiene un remoto carácter religioso, como en el coro de las pinturas rupestres. Y, así, en la representación de animales el esquimal talla, pule y modela con ese amor que se pone en aquello de lo cual depende nuestra existencia, ya que para aquellos seres, integrados en lejanas tierras heladas, el animal supone la alimentación, el vestido y hasta la posibilidad de la construcción de sus casas. La representación animalística es muy variada, y tiene, aparte del valor artístico, un valor documental de alto interés, pues para el naturalista es de inapreciable interés conservar la imagen de animales desaparecidos, y cuya figura se ha ido transmitiendo de padres a hijos. Los materiales empleados son de una calidad extraordinaria, tales como la estática y anfibolita, así como la serpentina blanda, que son los más comúnmente utilizados por los habitantes de la bahía de Husdson, en cuyas tierras abundan las piedras citadas. Nos dice James Houston, a quien tanto debe la exposición, que los pobladores de la Isla de Beffin no son tan afortunados, ya que en su suelo no se ofrecen esas bellas piedras y, con frecuencia, tienen que recorrer grandes distancias para procurarse el "okusiksak" (literalmente: material para la fabricación de ollas). Cuenta Houston que, en cierta ocasión, viajó con los naturales del país en un ballenero hasta un lejano lugar llamado "Aiktoloao" —lavik—, lugar donde los alimentos son abundantes, y allá encontraron, desde lo alto de un fiord, una piedra a cinco metros de profundidad bajo el agua, pues con frecuencia ocurre que la piedra de mejor calidad se halla bajo el nivel máximo de las mareas. El esquimal extrae trabajosamente la esteatita, sirviéndose simplemente de una piedra grande y más dura, con la que rompe a pedazos la roca principal, trasladándose seguidamente a su campamento, en donde trabaja pacíficamente, durante largos días, la figura que quiere repro-

ducir, que casi siempre es un animal terrestre, ya que los peces no son considerados como presa digna de un gran esquimal. Dice también Houston que el 80 por 100 de los adultos se dedica activamente al arte de la escultura; pero la cantidad de artistas no basta a cubrir la demanda, dado el auge alcanzado por estas obras tan buscadas por los aficionados y, por eso, la "Canadian Handicrafts Guold" ha dictado medidas de protección para que el arte creativo no se convierta en un arte industrial de producción en serie, evitando que se cambien los métodos de trabajo y procurando conservar la cohesión familiar y el modo de vida que permite que la obra salga de las manos del esquimal con esa pureza y con esa difícil ingenuidad que las presta tan alto rango artístico y una muy difícil ingenuidad.

Todos los frentes de la escultura ofrecen la misma calidad excepcional del paciente trabajo realizado en las largas pausas del invierno, cuando las buscadas piedras permanecen bajo los hielos durante diez largos meses, hasta la llegada del verano, que permite extraerlas bajo unas aguas casi siempre heladas. El esquimal se recrea en los perfiles y las superficies, y algunas recuerdan las bolas de jade que acarician los largos dedos de los mandarines chinos.

La figura humana también tiene una lucida representación, sorprendida en esos afanes de cada día, cuando se demuestra la habilidad de los cazadores en la caza de la foca y de la ballena, o cuando desde el "kayacks" se persigue al codiciado "narval". Todo el arte esquimal es una demostración de gracia, de finura de expresión, de amor en la realización de la obra, ya que si se les priva de ese amor, salido de la tradición y de la creencia de que representando el animal será más fácil hallarlo, la obra perdería todos sus atractivos esenciales. La exposición es una exposición de amor, y de honda creencia secular, y es por eso por lo que su entrada en el Arte, con mayúscula, se hace imprescindible.

CÁRDENAS.—En el Ateneo ha expuesto Cárdenas una obra endeble de construcción plástica y con buen atractivo colorista. A esta obra le falta peso y, acaso, una medida. Brinda la sensación de una producción prestada en la concepción y no sostenida por una honda ejecución. Revela una buena sensibilidad y una esperanza que es de esperar que con el tiempo halle ese contenido que tienen o deben tener las obras para que, a través de su apariencia, sea ésta cual fuere, tenga una justificación de presencia y una actitud de creación, lograda con esfuerzo, pero revelando también la dicción espiritual del artista.

CALVO.—Estamos ante un pintor abstracto que oscila entre lo concreto y lo puramente abstracto. En gran parte de sus obras se aprecia una influencia de artistas del Norte, y otra, donde la materia surge como la lava de un volcán, espesa, fuerte, en todo su vigor, que nos complace mucho más, porque traduce una pasión honda y una autenticidad mayor, así como una significación racial profunda. Es aquí donde Calvo se aparece como un pintor que pasó de la promesa para ser fecunda realidad, sin que por ello a su otra faceta de la obra le falten méritos, entre los cuales se cuenta, principalmente, un equilibrio de olores y de masas planas de indudable éxito y de muy justificado atractivo.—M. SÁNCHEZ CAMARGO.

OCTAVIO PAZ, UN RITMO EXISTENCIAL EN LA POESIA

Octavio Paz es una voz poderosa en la poesía moderna iberoamericana. Su formidable energía poética es siempre un aglutinante de imaginación y de problemática, un sinfín de introspecciones existenciales. Su último libro de poemas (1) nos confirma en la idea de que Octavio Paz representa un logro de madurez y vividura, que trascienden más allá de la propia circunstancia de América.

Cargado intelectualmente con el peso de mucha sabiduría, su poesía tiene con frecuencia un sabor a canto viejo que llama a las reflexiones más profundas. El bien, el mal y la vida con su historia, tienen en Octavio Paz un ser preocupado y preocupante, un gran poeta cuyo filosofar está siempre dispuesto a hendir con dureza en los recodos fundamentales del ser y la existencia humanas.

Sí; nos parece que el mexicano Octavio Paz es un hombre de poesía dura, cuya palabra, sin embargo, cae siempre suave en nuestros oídos. La suavidad mezclada con dureza es un rasgo muy mexicano, y Octavio Paz, una de las mentes más mexicanas de hoy, no podía hablar de otra manera. En realidad, una lectura en la poesía de Octavio Paz refresca en nosotros muchos problemas existenciales. Más, ejerce seriamente sobre sentidos y conceptos graves del ser hombre.

En cierto modo, Octavio Paz nos recuerda a Juan Rulfo, aunque éste sea más rudo de ideas. En Rulfo la violencia está depositada dentro de un universo primario; en Paz la violencia tiene un sentido más pulcro, más señorial, quizá por más urbano. Pero ambos llevan

(1) Véase *La estación violenta,* editado en 1958 por el Fondo de Cultura Económica, en su colección Letras Mexicanas.

en común un fondo ancestral de cóleras que no se han apagado, un pesimismo que pelea, sin embargo, por variar su circunstancia.

Con la poesía de Paz tenemos siempre una dificultad: no nos es fácil seguirla. Nos detiene mucho tiempo; nos ensimisma con la gravedad del sentir humano. Paz tiene una gran fuerza evocadora y es sugerente, con mucho mundo en sus escarceos: está en la medula de muchos conflictos. A veces, los apunta con cierta prisa y escapa ligero de su pesadumbre; otras nos dispara, preciso, su definición. Cuando más entregados estamos en discernir sentidos de su poesía, ¡zas!, ahí está, exacta y cortante, la imagen que aclara y revuelve nuestras preguntas. En cierto modo, ejerce la sorpresa.

Valga, pues, decir que una lectura sobre esta poesía nos plantea gravedades sustanciales. Paz es demasiado militante en la vida para ser placentero, porque si fuera placentero escaparía a la realidad misma de la vida que le atañe. Pero atrae profundamente y nos atrapa en su, a veces, transparente versión existencialista del ser dentro del mundo.

En lo fundamental, la poesía de Octavio Paz tiene una sustancia radical de pelea y de protesta, de vida que borbotea de una fuente apasionada. En el alma de su poesía se manifiesta cierto gusto atávico por el enigma, y un inquietante expresionismo de hombre que sufre su existencia. Esta es una herencia que el mexicano refleja a menudo en sus formas de vida, algo así como un delirio de la estructura vital.

Octavio Paz conserva, en su personalidad y en la sintaxis opulenta de su poesía, el pesimismo elegante de los nahuas:

... la vida, ¿cuándo fué de veras nuestra?,
¿cuándo somos de veras lo que somos?;
bien mirado no somos, nunca somos...

En este sentido, es un poeta que recobra en sí el pálpito de aquellos nahuas cuya literatura, dentro de su dramática realización, tiene una grandeza exquisita.

Los poemas de *La estación violenta* evocan muchos paisajes: Nápoles, Venecia, París, Ginebra, Tokio y, por último, México. En todos ellos, Octavio Paz ha tenido su momento de reposo filosófico, y de cada uno de éstos nos manda un meridiano peculiar, un tema poético. Sin embargo, el universo fundamental está en México. Ahí está el ritmo auténtico. Es transcurriendo el alma sobre México cuando las preguntas poéticas cobran una altura más atenta a la existencia difícil; entonces es cuando se hace pasión un vivir más religioso y patético del hombre con la vida y la muerte.

Esta poesía representa algo más que un drama: es una trascendencia que implica totalmente a Octavio Paz:

... no hay redención, no vuelve atrás el tiempo;
los muertos están fijos en su muerte
y no pueden morirse de otra muerte,
intocables, clavados en su gesto,
desde su soledad, desde su muerte
sin remedio nos miran sin mirarnos,
su muerte ya es la estatua de su vida,
un siempre estar ya nada para siempre,
cada minuto es nada para siempre,
....
el monumento somos de una vida
ajena y no vivida, apenas nuestra...

El acento poético es duro y se recrea en lo terrible, sin alterar ningún ritmo, manteniendo casi virgen su hieratismo, su imperturbable convicción de que todo llegará y todo se irá. Octavio Paz ha impuesto un sello muy mexicano a su poesía. La mantiene en su aliento dramático de siempre.

Este ser voluptuoso del mexicano ante lo sagrado y terrible de la vida lo traduce Octavio Paz en sentimientos elegantes y en imágenes profundas, turbadoras. Palabras limpias que son como un sueño que se quedará siempre en nosotros. Hombre muy amplio y a la vez muy íntimo es Octavio Paz, un poeta que no se olvida,

... un caminar de río que se curva,
avanza, retrocede, da un rodeo
y llega siempre...

CLAUDIO ESTEVA FABREGAT.

MORELLA, UNA LECCION DE HISTORIA

Hace unos días visité, por primera vez, Morella, la tradicionalista villa del Maestrazgo, erguida a la sombra de un castillo centenario y a la que otorga su muralla envejecida el encanto de unos siglos de historia. Siglos de historia de España, castiza y feudal, impulsiva y ardiente como su fe romana, que había de agotarla en quijotesca misión contra el hereje. ¡Cuán reveladoras son para la comprensión de su espíritu estas tierras de España! Algunos lugares parecen escogidos para ofrecer en una síntesis de contrastes la peculiaridad ibérica.

Al subir al reducto que defendió Cabrera, desde Castellón, el perfil de España se nos dibuja. Es el paso del llano levantino a la aspereza montañosa del Maestrazgo. A la explanada verde de almendros y naranjos, sobre el fondo gris de los olivos, sucede el tono pardo de las encinas, en las que el campo mismo se hizo árbol, según Machado, trepando por cerros y cañadas, que una serpenteante carretera remonta con valentía. Ahí está España, siempre en el juego del claroscuro.

Ramón Gómez de la Serna ha escrito que lo amarillo y lo negro son el contraste de ese gran Museo que es España. "El claroscuro de la vida española —dice— es estar en un valle claro y que de pronto surjan las montañas más abruptas, las cordilleras más hoscas."

Sí, don Ramón. Subiendo hasta Morella lo vemos; subiendo a esa fortaleza de antaño en que otro Ramón luchaba para fundir la disparidad de la España en lucha en la unidad de la corona carlista. Mis respetos, general. Pero debierais haber sabido que la unidad no es sólo producto de un trono o de una dinastía, sino que hay una voluntad común de hacer juntos una empresa, y esa voluntad es la que puede llevar o no una corona. Y sobre esto, el señor Renán algo os diría.

Pero no quiero perderme en tales cimas. Es preciso descubrir en Morella esa esencia de lo hispano, ese claroscuro de que habla Gómez de la Serna y que el toledano de Creta, Theotokopoulos, ha inmortalizado en sus lienzos que se escapan hacia el cielo. Esos lienzos en los que el caballero español, vestido de negro como en luto permanente, parece vagar por un cielo etéreo en busca de la quimera por él forjada.

La población que fue centro de operaciones del "Tigre del Maestrazgo", apiña sus mansiones en un acantilado que la muralla estrecha con rigor, dejando que sus calles retorcidas e inclinadas se comuniquen por escalinatas de piedra, que no parecen precisamente hechas para pasear regios tronos. Allá, en la cima, se alza el castillo, que hoy los cardos y jaramagos han invadido, ocupando el lugar regado por la sangre de unos bravos que caían invocando a Dios, a su Patria y a su Rey. ¡Cuánta energía y generosidad perdidas! Dos solitarios cañones inservibles, apuntan hacia el horizonte a un desconocido enemigo que las brumas del atardecer han velado en su blancura. Uno hace abstracción del tiempo y ve aquellas torres almenadas ocupadas por arqueros, que tasaban en sus cuerdas el pulso de un pueblo combativo que rechazaba al invasor, haciendo de la Media Luna enterrada el cimiento de la Cruz. Pero uno ve también la bala fratricida que un gañán dispara contra su hermano, sólo porque un rey se le ocurrió modificar la cláusula sucesoria de una dinastía, que nos llegó del extranjero, también con sangre, por la disposición testamentaria de otro rey idiotizado.

—Eso es pasado —me diréis—. Sí, pero ahí continúa su recuerdo. Ahí está la tierra española acantilada; ahí están los ríos secos que arrastran su sed de verano al lado de vides y encinares; ahí están las ermitas y castillos que hablan de fe guerrera y de guerras de fe. Hay en Morella unas ruinas de un viejo convento gótico. La mano destructora de los años que el hombre guía amontonó cal y barro sobre

las rocas viejas. Un día la Iglesia cedió el campo a Marte, y un cuartel vino a albergar fogosos mozos bajo los ojivales arcos. Fue preciso cubrir claustros, cerrar pórticos y la vieja construcción se convirtió en conjunto de harapos arquitectónicos superpuestos. Y ya va otra nota más. Monjes y soldados se suceden. En realidad, pierde el arte; pero España afianza su constante histórica. Es inútil buscarle otro sentido, lo español brota por doquier y con sello indeleble.

Pero podemos seguir acumulando argumentos vivos. Visitad un poco más la villa y hallaréis una plaza de toros, ardiente y un poco desolada, como de páramo castellano. No es un capricho más que Goya nos crease con los toros; es que la vida española tiene siempre algo de la fiesta nacional, algo de embestida y de valor, muchas veces perdidos por inútiles. Y el arte, que recoge los últimos latidos del espíritu, no puede menos de expresar con vivos reflejos sus esencias.

Y tampoco nos falta otra constante. En una callejuela estrecha, mal empedrada y retorcida, se conserva la casa en que San Vicente Ferrer obró, según la tradición, unos de sus célebres milagros. La religiosidad supersticiosa de una mujer la llevó a ofrecer al santo, en macabro banquete, la carne de su hijo descuartizado. Fue entonces cuando Vicente, horrorizado de la locura de aquella madre insensata, devolvió la vida al hijo inocente que el fanatismo sacrificaba, no en una prueba de fe abrahámica que el Omnipotente hubiese ordenado, sino como deformación de un celo religioso que iba suprimiendo lo racional, es decir, lo humano.

Ahora, querido lector, ya los dos estamos de vuelta. Hemos visto desfilar ante nosotros, en una sucesión de contrastes, el llano y la montaña, la mar y el cauce seco, la encina y el olivo, la verdura y la aridez, la fe y la guerra, el fanatismo y el impulso irracional. Tú puedes preguntar de qué nos ha valido todo ello. Yo sólo quiero formular un deseo: que ese pasado no se eternice en presente. Que la geografía, cuando convenga, cambie, y que el hombre la humanice. Que la historia nos quede como archivo de recuerdos, en el que busquemos, ante todo, el tesoro de errores conservados, que nos permitan hacer un futuro en el cual esas faltas de antaño no se den. Pues esa es la gran misión de la historia, su verdadera enseñanza.

Y cuando a nuestro espíritu le embargue el pesimismo y en nuestro corazón el tiempo que socaba y roe haga sonar aquellos versos de Machado:

¡No mires: todo pasa; olvida: nada vuelve!,
y el corazón del hombre se angustia..., ¡nada queda!,

recordemos siempre que los errores quedan inventariados en la historia y que, por ese quedarse, pueden servirnos.—LUIS GONZÁLEZ SEARA.

Sección Bibliográfica

EUGENIO ASENSIO: *Poética y realidad en el cancionero peninsular de la Edad Media.* Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, 1957.

El libro que ha publicado Eugenio Asensio en la Colección de Ensayos y Manuales de la Biblioteca Romántica Hispánica, dirigida por el ilustre romanista Dámaso Alonso, contiene tres haces de luz de diferente alcance, aunque por igual ilustrantes: el más extenso y sostenido representa las dos terceras partes del volumen —por primera vez aparecido al público—, versa y pone al día cuestiones de los cantares de amigo, tan menesterosas de sistematización y ordenación. Lleva por subtítulo "Poética y relidad de las cantigas de amigo".

El segundo haz luminoso recae sobre un aspecto de la lírica de Gil Vicente en relación con las cantigas paralelísticas: "Gil Vicente y las cantigas paralelísticas restauradas. ¿Folklore o poesía original?". También inédito. Más otro, publicado en *Nueva Revista de Filología Hispánica,* año VIII, 1954, de gran interés, que versa un caso de acogida por el Romancero del tema de la "canción de mayo": "Fonteírida o encuentro del romance con la canción de mayo".

El tercer foco está formado por dos artículos en que se da réplica a puntos de vista expuestos por Romeu Figueras en "El cosante en la lírica de los cancioneros musicales de los siglos XV y XVI", *Anuario Musical,* tomo V (1950) y "El cantar paralelístico en Cataluña. Sus relaciones con el de Galicia, Portugal y el de Castilla", *Anuario Musical* de 1954 (pero impreso en 1956). El primero de estos trabajos de Asensio se titula "Los cantares paralelísticos castellanos. Tradición y originalidad", publicado en *Revista de Filología Española,* tomo XXXVII, 1953. El segundo, inédito, "Cosante y cantigas paralelísticas".

Los tres haces de luz del libro de Asensio, que corresponden a tres facultades: sistematizadora, creativa y propiamente crítica, hacen del libro instrumento utilísimo de penetración en un mundo de difíciles cuestiones, a la vez que sirve de incitante, en la parte más personal, de cómo hay siempre qué decir en materias tan versadas.

Probablemente, el primer trabajo y más extenso, "Poética y realidad en las canciones de amigo", es el resumen y sistematización más al día y mejor trazado de problemas candentes. La tercera parte, sobre

todo, estudia con detalle el "paralelismo" como forma manante y como recurso poético: paralelismo puro, paralelismo lógico y paralelismo imperfecto. Hay que subrayar, como acierto del autor, la nota positiva que atribuye al último, en oposición a quienes piensan que el paralelismo imperfecto es resultado de impotencia creadora. La situación, a mi modo de ver, del "paralelismo imperfecto", en el plano de la creación poética, se parece al de la versificación irregular, cuando aparece en medio de épocas de reconocido saber técnico.

Con todo, me interesa mucho más el artículo "Gil Vicente y las cantigas paralelísticas restauradas. ¿Folklore o poesía original?". Las cantigas paralelísticas de Gil Vicente y de otros poetas han sido una invitación —de que se ha usado y abusado— para por medio de restauraciones remontarse a supuestos especímenes puros. Asensio argumenta contra los abusos de estos intentos, apoyando en la multiplicidad de formas que tuvo el paralelismo, en los días de mayor gloria y triunfo. Por otra parte, las cantigas paralelísticas de Gil Vicente y otros poetas se apoyan en la nueva visión y gusto que del paralelismo se tenía en el siglo XVI. "La sobrevaloración del folklore lleva a extrañas alucinaciones. Algunos eruditos parecen considerar a Gil Vicente como un poeta en cuyas canciones, igual que la perla en la concha, hay escondidas reliquias populares. ¿No será más atinado pensar que el mayor mérito de tales reliquias ha sido el haber inspirado y servido de material a Gil Vicente?".

Los dos trabajos finales del libro, relacionados o provocados por ideas expresas por Romeu en los artículos ya citados, prueban las calidades de Asensio como crítico del pensamiento ajeno, al examinar sus tesis. Asensio se enfrenta con la opinión de Romeu, que afirma, sin matización ni restricción alguna, que el paralelismo es "forma de expresión creada por el pueblo gallego-portugués". En la segunda mitad del siglo XIV, "los líricos castellanos empezarían a poetizar en su lengua según moldes gallego-portugueses, imitando los especímenes métricos galaicos y lusitanos —en especial, el del cosante— y admitiendo en sus composiciones ciertos rasgos temáticos de aquella esplendorosa lírica, como las alusiones al amigo, a la madre y al agua —el agua fría, el río, el vado— y muy probablemente, la deliciosa *niña virgo*..." Romeu parece tener un "parti pris" a favor de la originalidad absoluta de las cantigas gallego-portuguesas, pues ni se impresiona con la evidente semejanza que hay entre las "jaryas" (1) y las canciones de mujer.

En el artículo "Los cantares paralelísticos castellanos. Tradición y

(1) A las que D. Alonso, en bellísimo artículo, con razón asigna la primordialidad en la lírica peninsular.

originalidad", Eugenio Asensio formula la razonable hipótesis de que el paralelismo se cultivó en Castilla en los siglos XIII y XIV, como en todas partes, si bien no combinado con *leixapren*. Además, alrededor de 1500, se danzaba en Castilla al son de cantares paralelísticos.

Dice Asensio: "*Cosaute* —y no cosante— es palabra importada de Francia que designa una danza cantada de tipo cortesano." A mi modo de ver, debiera decidirse plenamente por la etimología *coursault*. A favor de tal hay que añadir que en español son frecuentes estas formaciones compuestas por dos verbos, como "corrigüela", que así se llamaba a cierto juego parecido al escondite.

"Si tras las 500 cantigas de amigo juntadas por J. J. Nunes leemos los 63 cantares paralelísticos de la colección Romeu, acaso nos impresione más la diferencia que el parecido." Así defiende Asensio la originalidad artística de los cantares paralelísticos castellanos. El apartado V de este trabajo, "Decadencia literaria y supervivencia folklórica", es un magistral estudio de la suerte de esta especie de lírica, desde su apogo en el siglo XIV hasta su sustitución por el romance y el villancico, acabando en el refugio de corros infantiles, danzas aldeanas, etcétera. (Sin que pueda hablarse de arrumbamiento, ya que un poeta como García Lorca volvió a traerla a la luz literaria.)

"Fontefrida o encuentro del romance con la canción de mayo" muestra la capacidad de acogida que el romance tuvo para con ciertas formas líricas; en este caso, con la "maya"; en otras, con la "serranilla" ("Yo me iba, mi madre, a Ciudad Real"). Asensio examina los temas que lo integran: Fontefrida, la tórtola, el ruiseñor. Aparte la muy oportuna referencia a los encratistas, que vetaban como pecaminosa la boda de la viuda, habría que añadir que siempre fue mal visto por el cristianismo —aunque considerarlo pecado fuera herético— el segundo matrimonio de la viuda —no del viudo—; "danum secundi tori", dice Prudencio.

En fin, Asensio nos ofrece importante libro, por los temas que versa —tan intrincados y poco peinados por la sistematización—, como por ser espejo de sus varias capacidades: agudo penetrador del estilo lírico de las cantigas, hábil postulante de una teoría capaz de abarcar y respetar diferentes floraciones líricas —unas más frondosas que otras— y, por fin, perspicaz lingüista, en el caso de "cosaute" —paralelo al también desgraciado de "ledino", en que tropezó Teófilo Braga—, cuya lectura "cosante" se venía repitiendo desde Amador de los Ríos.
MANUEL JOSÉ BAYO.

"TEORIA DE LOS JUEGOS", DE ROGER CAILLOIS

He aquí, por fin, el libro jugoso, severo y exhaustivo, llenando un hueco contundente dentro del campo copiosísimo de los ensayos.

Bien se avino con este género, como cauce natural y propio, la página secreta de los símbolos, la elegancia o los sueños. Pero a tan seria tarea como es el ensayar parecía escaparse de consuno, por derecho antagónico, el tema fabuloso y salpicante de los juegos.

Llega ahora este libro, coetáneo con el del mismo autor *Les Jeux et les Hommes,* en el que se ha vertido, según nota adjunta de la edición, casi todo el contenido de la "Teoría de los juegos" (1); trátase, pues, de un libro matriz y categórico. Implica la obra todo un sistema de consideraciones y descubrimientos. Busca y encuentra por sobre el fenómeno vital y sociológico de los juegos toda una serie de correlaciones y causas, de esencias íntimas y alegres, representativas y mortales, volcadas por las áreas de las artes, los ritos, las culturas. Y que sólo por mano de este agudo sociólogo, que no es en menos un acendrado espíritu artístico, hubiese podido hallar. Porque no es este libro, tan ancho y consuntivo, un bello y adornado precipitado lógico, sino un admirable portento de intuición.

Tiene Roger Caillois, aparte de sus labores directoras en *Lettres Françaises* (1941-45), *La France Libre* (1945-47), *Confluences* y *La Licorne* (1945-48), y actualmente en *Diogène,* un vasto y hermoso precedente en obras tan significativas como *Procès intellectuel de l'Art* (1935), *Le Mythe et l'Homme* (1938), *Puissance du Roman* (1940), *Les Impostures de la Poésie* (1945), *Quatre Essais de Sociologie Contemporaine* (1951), *L'Incertitude qui vient des Rêves* (1956), y otras aquí no reseñadas, todo lo cual expone, de un modo bien patente, su certera disposición intelectual y literaria.

Llévanos Caillois, como por un laberinto conceptual, prodigioso y brillante, a través de todo un proceso histórico: el de la aglutinación de una teoría sobre la naturaleza esencial del juego. Nos muestra cómo Schiller, en sus *Cartas sobre la educación estética del hombre,* supo descubrir la concreta influencia del juego en la vida de las culturas. Más preocupado por extraer de éste la condición íntima del arte, queda a la sombra de sus propios trabajos, entretenido en los deleites de unas implicaciones sociológicas. Muévenos luego hacia Spencer: "el juego es una dramatización de la actividad del adulto". Y así, más tarde, Wundt nos informa que "no hay forma de juego que no encuentre su modelo en alguna ocupación seria que le precede en el tiempo". Condúcenos

(1) Roger Caillois: *Teoría de los juegos,* ensayo. Biblioteca Breve. Editorial Seix Barral, S. A. Barcelona, 1958, 193 págs.

luego hasta Karl Gross. Para él, los juegos eran ejercicios mediante los cuales los niños o los animales jóvenes se preparan a las tareas de la vida adulta. Los juegos no enseñan oficios, desarrollan aptitudes. Luego, si los juegos no son representación, sino anticipación de actividades útiles y serias, será posible deducir de la naturaleza del juego el carácter y matiz de las culturas. Sobre la base de esta tesis, Huizinga concluye que la civilización surge del juego. Toma Roger Caillois el problema en este punto del proceso y, a partir de lo expuesto por Huizinga, comienza a edificar su propia teoría.

Si la influencia de los juegos es tan decisiva en las manifestaciones y los fondos de la cultura, es necesario que aquéllos comparezcan como un todo más complicado y diverso de lo que hasta ahora se había imaginado. Si sus resortes son tan poderosos, no es ya lógico pensar que sus fuentes se acaudalen en el solo y retozón gorgoteo. Entonces se lanza el ensayista a la búsqueda de unos impulsos primarios que definan y separen las distintas categorías de los juegos.

Descubre una concreta afinidad entre éstos y el misterio. Existe, en efecto, un eje puro, un identificable mecanismo psicológico y corpóreo. El salto, la rayuela, el escondrijo. El carnaval, y viceversa, tiene un algo de rito, de la danza, del juego, de la gallina ciega y el teatro de mimo. Pongámonos otra vez al lado de Chesterton para clamar por la alegría, la salvación y el dinamismo que representan los misterios.

Ciertamente que el secreto, el disfraz, se prestan bien a la actividad jugadora. Mas esta actividad se ejecuta en detrimento del misterio. El juego lo airea, lo manifiesta y, como dice Caillois, *lo gasta*. En cambio, cuando el secreto, la máscara o el atuendo desempeñan una función sacramental, entonces no hay sino una institución. Para que haya rito el misterio ha de ser reverenciado. Para que haya arte ha de ser intuído y representado. Por otra parte, el juego se diferencia de las artes en que no crea riquezas ni obras.

Distingue luego el autor entre juegos reglamentados y ficticios. Los primeros se configuran dentro de una legislación arbitraria y específica de cada caso. Los segundos se aferran a la norma de una profunda irrealidad. Segrega más tarde los nuevos campos: el de las apuestas y juegos de azar, y el de la mímica e interpretación. Finalmente nos lleva a la clasificación más importante: la que los diferencia en orden a sus impulsos más primarios. Así, distingue entre juegos de *agô, alea, mimicry* e *ilinx*.

En los primeros, o juegos de *agôn,* predomina el carácter de competición. Se presentan como la forma pura del mérito personal, dedicándose a manifestarlo. En los niños, aun antes de que aparezca su sumisión a las competiciones reguladas, se observan pruebas mortifican-

tes y extrañas, los juegos de ascetismo. Todos los juegos de este grupo son de gran importancia en el proceso psicológico de la confirmación de la responsabilidad.

Los juegos de *alea* (del latín: juego de dados) señalan e incorporan el favor del destino. La justicia es aquí solicitada de otro modo. Se busca su ejercicio en condiciones más ideales. Hay una disminución de la libertad y la voluntad. Pero hay un vértigo. En los juegos de *agôn* y *alea* el jugador se evade de la realidad haciéndola diferente.

Los juegos de *mimicry* (en inglés: mimetismo de los insectos) son otra forma de evasión. Despojan pasajeramente de la propia personalidad para convertirla en otra. Hay una suspensión de lo real. El carnaval, la máscara, encubren al personaje social y liberan, alegre, trágicamente, al verdadero.

Tras los juegos de simulacro aparecen los de *ilinx* (nombre griego del torbellino de agua) o de vértigo. Aniquilan la realidad de una manera ciega, brusca y mecánica. Es el juego del pánico voluptuoso, de la pérdida de la estabilidad de la percepción. Los derviches buscan con afán el éxtasis dando vueltas sobre sí mismos, girando como astros, bajo el batido del tambor. En Méjico, los voladores, huastecas o totonaques se encaraman hasta la punta de un alto mástil. Falsas alas de tela cuelgan de sus muñecas. Disfrazados de águilas, se abaten en maravillados y redondos vuelos hasta que la cuerda toca tierra. Es la danza del sol poniente que acompañan por todo el aire los pájaros muertos divinizados.

Extiéndese luego Caillois sobre los aspectos de la corrupción de los juegos, señalando toda una red de sujeciones morales, sociales y legales. Estudia las múltiples interdependencias de los juegos y las culturas. Presiente, con aquella imaginación propia del demonio de Maxwell, la caída de Atenas en las aporías de los sofistas, la de Bizancio en las disputas del hipódromo. Vuélcase por fin en sumarísimos análisis psicológicos, matemáticos y sociológicos. Concluye pensando que quizá sólo ciertas categorías de juego sean fecundas: las de competición y simulacro. Quizá las otras, las de azar y vértigo, sean tan sólo inexpiables y devastadoras. Pero en todo caso, las complicidades, las simetrías y relaciones son demasiado fuertes y complejas, y es temerario pronunciarse sobre esto. Dejemos el misterio, el juego oscuro y girante, entregado a sí mismo, edificándose, como cuando "los saltos desordenados de la alegría se convierten en danza".—RAFAEL SOTO VERGÉS.

JESÚS FERNÁNDEZ SANTOS: *En la hoguera.* Ediciones Arión. Madrid, 1957, 240 págs.

Jesús Fernández Santos era conocido en los mundillos literarios por ser el autor de "Los bravos", literalmente una de las pocas novelas importantes debidas a la última generación intelectual española. "Los bravos" y "El Jarama", de Sánchez Ferlosio, constituyen, en este plano, la cima y la promesa de nuestra novelística. Ahora Fernández Santos publica "En la hoguera", su segunda narración larga (ha publicado también varios cuentos).

"En la hoguera" plantea el tema del dolor producido por la enfermedad. Y lo hace de una manera acuciante, poderosa. La enfermedad —tuberculosis principalmente en relato— que se apodera de un ser humano, rebajándole y a veces aniquilándole las posibilidades vitales. Pocas veces la literatura española ha sabido presentarnos un tema semejante con tanta veracidad. La novela nos arrastra, nos introduce, nos hace intimar —el estilo es capital para este logro— con la vida amenazada, *provisional,* de estos personajes. Tema, enfoque, localización y personajes, todo es en esta novela diferente del propósito y realización de "Los bravos". Y, sin embargo, hay una perfecta unidad entre las dos. Son dos aspectos de un mismo conflicto. En "Los bravos" se planteaba predominantemente un problema social, era un grito de afirmación, a pesar y en contra de la miseria del propio existir. Había ya allí algunos personajes enfermos, que nos sobrecogían por el realismo y la simpatía emotiva con que el autor los había pintado. Ahora estos personajes, trasladados a Castilla, sufren y nos hacen vivir su sufrimiento en las páginas de "En la hoguera". El autor ha reducido su campo visual, o más bien lo ha tomado por otro de sus aspectos, que se convierte así en punto de vista central. El pueblo agostado, protagonista de "Los bravos", subyace ahora, es el entorno de la enfermedad insidiosa. Y al final se completa el ciclo: la enfermedad es también un problema económico, social.

Pero no es la enfermedad en sí misma lo que da sentido a esta novela. Fernández Santos no nos presenta un frío y brillante muestrario facultativo, una especie de Museo Chicote de la medicina. No se trata de lucir fáciles conocimientos ni de divertir a los sanos con el exótico mundo de la dolencia. Esta novela ahonda más en la enfermedad misma y, por encima de ella, en lo que es esencial a toda existencia: el anhelo del propio vivir, anhelo que está en la base misma del sentimiento amoroso. "Un deseo de paz, un anhelo de vida... Estaba enfermo, pero valía cien veces más que todos los otros. Hasta Madrid, hasta el fin del mundo con él; fuera, lejos de aquellas murallas, de las casas

muertas, de la tierra muerta, de la iglesia ruinosa. Estaba enfermo, bien enfermo, pero la vida viene siempre de aquellos que nos quieren, y ella le amaba, le quería tanto como deseaba librarse de aquel ambiente hostil, agobiante" (p. 191). Problema de la tuberculosis en los jóvenes, de la soledad de los locos, de la maternidad frustrada, de la maternidad deseada como remedio al egoísmo del ambiente: alguien a quien querer, en quien desbordar la inmensa capacidad de cariño. Y el pueblo, con sus campos yermos, que un tiempo fueran bosques hasta que acabó con ellos una tala vertiginosa, riqueza de un día. Y el ritornelo incesante del dolor. El pueblo, habitado por gente sana y gente enferma, que bulle por él y vive con la comezón de emigrar; algo así como un vaho amargo que saliese de la tierra misma.

No es una novela de tesis. Jesús Fernández Santos sabe ser respetuoso con la realidad, única materia novelable, y no introduce subrepticiamente sus ideas con afán programático. Las ideas —no hay novela importante sin un trasfondo intelectual— nacen del contexto mismo, de las situaciones que traban los personajes. La realidad aparece multiforme dentro de su carencia de horizontes —sólo el pantano en construcción, la gran ilusión, meta de todas las conjeturas. (No falta tampoco el teatrillo ambulante, señuelo de la aventura.) El único elemento introducido un poco a la fuerza —y es la parte más endeble de toda la obra— es un viaje que el protagonista, Miguel, realiza por tierras castellanas, trasunto de otro que realizó el autor. Aun así, este viaje de Miguel tiene una justificación: cuando Miguel afinca su destino en el pueblo donde se desarrolla la acción —en este pueblo y en Madrid— sabemos que no es una excepción, que todos los pueblos de la comarca, o casi todos, son iguales, aun con sus diferencias de matiz, y que, por tanto, podría haber elegido cualquier otro. La única excepción es Madrid, con su engañosa apariencia de vida sobreabundante, y donde, sin embargo, los parientes, los emigrados de ayer, llevan también una existencia rutinaria y cansada. (Y, aparte esto, las descripciones son muy plásticas.)

En definitiva, "En la hoguera" nos demuestra que sólo con volver los ojos al mundo circunvencino, a los problemas vitales de nuestro alrededor, la novela española alcanzará la necesaria dignidad artística.—ALBERTO GIL NOVALES.

SOBRE UN NUEVO LIBRO DE POESIA ANDALUZA

La aparición de "La calle de la Luna" (1), libro que obtuvo el accésit al último premio de la poesía "Ciudad de Sevilla", replantea cuestiones importantes y, al parecer, permanentes, acerca de si el fenómeno de localización de la poesía en determinados módulos de tipo regionalista, e incluso nacionalista, viene en sumo demérito de la propia poesía. Sin lugar a dudas, la adscripción de un poeta a formalismos y conceptos poéticos no correspondientes a los de nuestros días, disminuye, por fuerza, el interés y la vigencia de su obra, comportando además graves riesgos de impureza cuyo sorteo es posible, pero difícil. Sin embargo, y por otra parte, una seria y ponderada actitud crítica tampoco puede recusar "in extremis" la cultivación de unas maneras poéticas que, limitadas o no, suelen poseer hermosura y gracia, y que se muestran llenas de valiosas reminiscencias nobles. Si, sobre todo, es un libro de mocedad aquel en que el poeta acciona los resortes líricos de los que ya escapó, pero a los que todavía ama, cualquier consideración crítica realmente solvente deberá emplearse en la estricta tarea de dilucidar aciertos y defectos de algo sobre cuya aceptación genérica no pueden ya caber reparos. Bueno será recordar al respecto que ya en plena fuerza de la poesía contemporánea, cuya importancia y valores terminaron absorbiéndolos, los mejores poetas de la generación española de 1925, y con especial dedicación y brillantez Rafael Alberti, Federico García Lorca, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Manuel Altolaguirre, Fernando Villalón, el primer Luis Cernuda, escribieron ejemplar poesía procedente de tipo clásico tradicional-literario, y de las variantes populares andaluzas y castellanas, entroncando a las mismas una importante parte de su obra y no siendo ahora necesario recabar los ejemplos de que sus libros están llenos. También es una constante aparte e indispensable, de la que sólo conozco un par de excepciones que la confirmen, la de que todo poeta andaluz de verdadero temperamento necesita, antes o después, dar salida a ciertas fuerzas y vivencias de ingenio, luz y gracia, que le llegan de la sangre y la tierra mismas, y que hoy, con toda su seducción y su valor, aparecen asimismo llenas de negación y peligros, produciendo males irreparables en una obra de no hallar concreto y neto reflejo en una época o libro, cuyo interés, además, resulta siempre tan parcial como claro. Así, en "La calle de la Luna", Aquilino Duque parece haber volcado todo un caudal juvenil de poesía andaluza —con cuanto de bueno y de limitado comporta el calificativo—, y en su libro no de-

(1) AQUILINO DUQUE: *La calle de la Luna.* Ediciones del Excmo. Ayuntamiento. Sevilla, 1958.

jan de aparecer abundantes y exentos indicios de cuál será la nueva actitud protagonizadora de su quehacer poético, allegado últimamente a modos e ideologías más ambiciosos y sólidos. En "La calle de la Luna", y junto a las eternas flaquezas que somete a la mayoría de los poetas de Sevilla su propio ingenio evanescente, existen aliento cualitativo, levedad deliciosa y fina y capacidad de emoción y sugerencia anudadas a lo tradicional y lo popular, con aciertos tan felices como éste, incluído en el "Homenaje a Fernando Villalón":

Tierra llana de Morón.
Mañana de cetrería.
Traía el Conde de Halcón
todita su halconería.
Cobró un palomo ladrón.

Surgen las parentelas folklóricas de entero corte, con todo su arrastre musical y aun "jondo", más el insoslayable recuerdo de don Manuel Machado:

Cruce de la carretera.
Desde la Venta de Vargas,
Chiclana de la Frontera.

Entre tu casa y la mía
median la vida y la muerte,
median la noche y el día.

Y el gallardo arrastre del romance tradicional, tan caro también a la gente del 25:

Alcalá de los Gazules
debe tener todavía
cuarenta jinetes moros
guardándola noche y día.

Efectivamente, en estos romances, canciones, décimas, sonetos, retratos de "La calle de la Luna", en los bellos alejandrinos blancos, cuajados de calor, talento y capacidad sugeridora, acertados en mayoría, recobran lustre y empaste los caracteres de todo un mundo poético, de cuyas menudas delicias, sin embargo, aconsejamos a Aquilino Duque, acaso cuando ya es vano hacerlo, alejarse. Cierto que no tenemos a esta poesía por "retórica", sino por verdadera, ni tampoco por vana y brillantita, sino por bien firme y sentada, pero de lo que no es a lo que puede ser median en poesía pocos pasos, enormes, pero también posibles y fatales. De todos modos, no seremos nosotros quienes censuremos la aparición de un libro inicial tan lleno de buen saber como éste.—FERNANDO QUIÑONES.

UN BUFON ANTISEMITA

En la historia del antisemitismo español, problema y realidad tan ligados con los más tristes, y casi central de nuestro devenir histórico, ocupa *La vida y hechos de Estebanillo González* un papel peculiarísimo, de alto valor para comprender la manera de ser del siglo XVII. Estebanillo González, *hombre de buen humor,* es un caso de exhibicionismo ruin, de vida depravada, que pretende hacer reír. Como ya ha sido repetidas veces advertido, las primeras páginas del libro poseen efectivamente hilaridad: son los inicios de Estebanillo, en los que ya presagia su vuelo, pero todavía sin encanallamiento. Después, sólo de cuando en cuando alguna treta nos hace sonreír. La tónica general del libro es abrumadoramente monocorde y despiadada para su propio autor, que se ofrece a su amo sin pudor alguno, a fin de conseguir un arrimo de senectud: el permiso para la apertura de un garito.

Para una sensibilidad moderna el *Estebanillo González* es uno de los libros más dolorosos de toda nuestra literatura: es la vida de un hombre, cuyo oficio es hacer reír a los poderosos a costa de sí mismo y de los demás, y esto —como veremos— llevado hasta límites de extremada crueldad. Carece del ingenio y aun la gallardía de Don Francesillo de Zúñiga en el siglo anterior. Carece también, naturalmente, de toda dignidad moral, y en una broma pesada que, poniéndose a su altura, le hacen algunos poderosos, está a punto de perder los atributos de su sexo. De todo alardea Estebanillo. Entiende la vida como jácara, pero nosotros la vemos como mueca que adopta una existencia miserable.

La imagen convencional de Estebanillo es la del cobarde, la del antihéroe, el hombre que en la batalla de Norlingen se esconde en un hoyo, debajo de un caballo muerto, y cuando los españoles han triunfado sale gritando: "¡Victoria! ¡Victoria!" Estebanillo es una caricatura del esfuerzo imperial. Pero es también, muy dentro de su siglo, el negativo fotográfico de una sociedad en decadencia. Hoy nos cuesta trabajo comprender el porqué de estos bufones domésticos; y con gran facilidad trasladamos la indignidad del adulador al adulado. Sin embargo, acaso sea ésta una visión moderna, legítima, porque cada época juzga a las anteriores, pero injusta, si no tenemos en cuenta los sentimientos y las ideas vigentes en los tiempos pasados. Estebanillo estaba muy dentro de las corrientes de su tiempo, en los niveles más bajos, que él sabe con frecuencia ahondar. Por esto resulta su caso ejemplar, porque no es una excepción. Su vida azacanada nos transmite una parte de la repugnancia fangosa de su siglo. Retrato, por supuesto, incompleto, pero que no debemos olvidar.

En alguna ocasión Estebanillo González se compara a sí mismo con Lázaro de Tormes; y ciertamente su autobiografía puede ser tomada por una novela picaresca, un ejemplo más de cómo la ficción realista y popular puede hacerse realidad vividera. Pero las diferencias son grandes. Al compararse con Lazarillo, Esteban se ensalza ilusoriamente: es su único momento optimista. Acaso Estebanillo se creía héroe de novela. Sin embargo, Esteban carece de la sana vitalidad de Lazarillo; y uno y otro víctimas de una sociedad que va diciendo adiós a los ideales. Estebanillo omite la monserga moralista, tradicional en el género picaresco. Estebanillo, borracho y truhán, acepta la vida tal como se le presenta y, frente a una existencia de honrado trabajo, elige el camino bufonesco, la vida doblegada a los gustos de los que mandan, sin su elevación ideal, y sin más creencias personales que el vino; sima a la que no llegó ninguno de sus antecedentes literarios.

Así la narración es un documento agrio, sentina de los tópicos de su ambiente. Por eso tienen especial valor sus notas antisemitas. Los problemas de la persecución antisemita, la Inquisición, la preocupación por la limpieza de sangre y, sin más, el desprecio por el judío, son cosas que Estebanillo, naturalmente, comparte y se prevale de ellas para sus bufonadas.

No es Estebanillo enemigo de los judíos por consideraciones económicas —vive del fraude y del sablazo—, ni de gobierno o patrióticas. Tampoco por motivos religiosos: Estebanillo, que para hacer reír se burla de todo, parece burlarse también veladamente de la Teología y de su propia religión, si la tuvo. Al menos frases como aquella de "antes del hurto, en el hurto y después del hurto" son dudosamente respetuosas, aunque también está muy dentro de su psicología esta parodia de lo sagrado, para acentuar su miserable originalidad. No queda, pues, más origen de la actitud antijudía de Estebanillo que el gusto de la época y que así pensaba agradar a los que le podían favorecer.

La primera vez que Estebanillo se refiere a los judíos lo hace para contar una ingeniosa treta que ideó para sacarles dinero; no tiene especial significación, ya que Estebanillo burlaba a quien podía, pero constituye una página de gran plasticidad, una ventana que este caballero de industria, sin darse cuenta, nos abre al nudo de la cuestión. No resisto la tentación de copiarla en nota porque, bromas aparte, resulta impresionante (1). Los *familiares* de que habla son los familiares de

(1) "... llegué a Ruán, cabeza de Normandía, a quien la caudalosa Sena, después de haber sido cinta de plata de la gran corte de París, es tahalí escarchado de esta rica y poderosa villa; y en una de sus primeras posadas me

la Inquisición, y los *portugueses,* judíos portugueses. Como ha hecho observar Julio Caro Baroja, *portugués y judío* llegaron a ser en el siglo XVII términos sinónimos (2).

El oficio bufonesco daba a Estebanillo una libertad y amparo que le permitían cometer los mayores desmanes. Acompañante del ejército en campaña, gozaba de los privilegios de éste; y así en una ocasión se aposenta en la casa de un judío rabí, al que también consigue sacar dinero: "... lo traje una tarde a mi despensa a que merendase en ella, y habiendo puesto la mesa con variedad de regalos y escaseza de tocino, hícele entrar en el pozo de la nieve, en achaque de sacar dos frascos que estaban puestos a enfriar, el uno de vino y el otro de agua de limones, y al tiempo que lo vi en lo hondo, buscando la parte adonde estaban, tiré de la escalera y la subí arriba, dejándolo empozado como a otro Josef, y volviéndome a asomar a la puerta del pozo, le dije: "Perro judío, primero te has de volver carámbano, que salgas a ver la luz del cielo, hasta que me pagues todo el tiempo de mi alojamiento conforme a los demás oficiales del ejército, y con el tresdoble

---

previne de una poca de ceniza, en achaque de ser para secar unas cartas, y metiéndola en un poco de papel y aposentándola en el lado del corazón, me fuí a la Bolsa, que es la parte del contratamiento y junta de todos los asentistas y hombres de negocios, y hallando un agragamiento de mercadantes portugueses, metiéndome en su corro, y no a escupir en rueda, sino a hacerlos escupir en corrillo, les hablé con la cortesía y sumisión que suele tener el que ha menester a otro, y en su misma lengua, porque no excusasen la súplica, porque como mis padres se habían criado en la raya de Portugal, la sabían muy bien, y me la habían enseñado; y después de haberles dado a entender ser lusitano, les pedí que me amparasen, para ayuda de poder llegar a la ciudad de Viena, adonde iba en busca de unos deudos míos, y por venir pobre y derrotado, huyendo de familiares, a quien no bastaban conjuros ni compelimientos de redoma, y que por lo que sus mercedes sabían habían quemado a mi padre, cuyas cenizas traía puestas sobre el alma y al lado del corazón.

Ellos, con semblantes tristes, algunos con preñeces de ojos, que sin ser medos esperaban partos de agua, me llevaron a la casa del que me pareció el más rico y respetado. Pidiéronme la ceniza, y habiéndola dado, sin ser primer día de Cuaresma, fué cada uno besando el papelón por su antigüedad. Pidiéronme licencia para repartir entre ellos aquellas reliquias de mártir; y yo, mostrando un poco de sentimiento, les di amplia comisión, como se reservasen algunas para mí, pues en virtud de unos polvos que había echado al mar, me había librado de una gran tormenta que había corrido en el estrecho de Gibraltar. Suspiraban todos por el trágico suceso que les había hecho creer, y decían con tiernas lágrimas:

—El Dios de Israel te dé infinita gloria, pues mereciste corona de mártir.

Repartieron las cenizas de la dicha posada o bodegón, y mostrándome todo amor y benevolencia, me volvieron a la referida bolsa, y echando un guante en todos los de su nación, me juntaron veinte y cinco ducados, los cuales me dieron, y una carta de favor para un correspondiente suyo, mercadante en la corte de París, para que me socorriese para ayuda a proseguir mi viaje; y después de haberme encargado que procediese como quien era y que jamás pusiese en olvido la muerte de mi padre y mi felicidad en haber merecido ser su hijo, me despedí de ellos, alegre de haber salido tan bien de gente que siempre engañan y jamás se dejan engañar." *(La vida y hechos de Estebanillo Gonzáles.* Clásicos Castellanos, edición y notas de Juan Millé y Giménez, Madrid, 1946, tomo I, páginas 206-9.)

(2) *Razas, pueblos y linajes.* Madrid, 1957, pág. 114.

a mí, por usar de presente tres oficios en servicio del general, y todos ellos de a dos bocas" (3). Allí lo tuvo hasta que logró cobrar su *boleta,* y después sacó al pobre rabino hambriento y helado. Esta escena es típica de la insensibilidad de Estebanillo, atento sólo a sus fines.

La tercera vez es quizá la más cruel y la que nos produce mayor indignación, especialmente por el tono. Estebanillo, en Viena, se ha improvisado sacamuelas, a fin de vender unos polvos maravillosos de su confección. Tiene tres o cuatro ganchos, que le compran los primeros, es decir, lo que en nuestros días hace cualquier charlatán callejero. Uno de ellos es judío, al que, para producir mayor efecto, examina la dentadura, aplazando siempre la extracción con cualquier pretexto. "Y como estaba asegurado de que jamás le hacía daño ninguno, echó al aire toda la herramienta de mascar; agarréle con el gatillo una muela, que me pareció la más abultada de todas las demás, y por hacer reír a Sus Majestades a costa de llanto ajeno, tiré con tanta fuerza, que no sólo se la saqué, pero muy grande parte de la quijada con ella. Empezó el judío a dar voces, y sus camaradas a emperrarse contra mí, Sus Majestades a reírse y el pueblo a regocijarse. Mas por ver que había algunos en el corro que se amotinaban contra mí, enternecidos del arroyo de sangre que salía de la boca del desquijarado, dije en alta voz: "Adviertan vuesas mercedes que el doliente es judío y sus camaradas hebreos, y que he hecho aposta lo que se ha visto, y no por ignorar mi oficio."

Con estas razones volvió a renovar el alegría y a celebrar la acción y a darles tal felpa a los cuatro zabulones que, a no valerles los pies, llevaran más que curar, aunque pienso que no llevaron muy poco" (4).

El hecho de ser judío bastaba para que todo el mundo aprobase la mayor crueldad. "Sus Majestades reían", dice, muy satisfecho, Estebanillo. Esta insensibilidad nos aleja definitivamente de aquella época. Pero el problema está vivo. Con cualquier pretexto se niega el valor hombre. Y en la Historia de España suena honda la enemiga a los judíos. Estebanillo González nos ha ofrecido unas impresiones muy plásticas de un momento histórico. Sólo por ellas —y por la sensación angustiosa del conjunto— merece ser leído. Lamentable celebridad la de este *hombre de buen humor*.—ALBERTO GIL NOVALES.

---

(3) *Estebanillo González,* II, 45-46.
(4) *Ob. cit.,* II, 66.

EL VISITANTE

(Un libro de Luis Beltrán Guerrero)

Acaba de ver la luz en Madrid, en la prestigiosa colección "Los poetas", que dirige Antonio Oliver, y con el título que encabeza estas líneas, un libro del poeta venezolano Luis Beltrán Guerrero. Ese *visitante* es el propio poeta, el autor de *Posada del ángel* y otras obras que la crítica ha ensalzado justamente. Visitante de la vieja Europa, de la vieja España *mater,* que no conocía. En Madrid, sus amigos —y amigos de Venezuela— le dimos nuestra bienvenida y nuestro abrazo. Charlamos de letras hispanas y venezolanas y (¡cómo no!) de política. Pero lo que yo no sospechaba es que nuestro *visitante* estaba escribiendo un diario poético, que hoy nos ofrece en el volumen que más arriba he citado. Como Rubén Darío, también Beltrán Guerrero ha escrito aquí, junto al mar latino, el viejo mar de Ulises, *su verdad,* y ha sentido "en roca, aceite y vino", su antigüedad. Es decir, su latinidad de sangre y de alma, que ahora fluye en sus versos. Al contrario del turista superficial, que Beltrán Guerrero ha sorprendido en Niza o Cannes, "olvidado del tiempo, cansado de la historia", nuestro *visitante* venezolano, en contacto con la milenaria Europa, ha querido sentir el peso grávido del tiempo: "de las oscuras pátinas, el júbilo del tiempo", y ha visto, en cada piedra labrada, "la fábula del vuelo": su historia y su leyenda. No se ha sentido, como ciertos *snobs* de hoy y de siempre, de vuelta de todo, sino que se ha acercado a las tierras y los mares de Europa con el gozo virgen del enamorado, con la mirada sorprendida del poeta. Su itinerario poético ha partido de París, foco luminoso, hechizo insoslayable para el viajero americano, que le inspira su "Oda desde Lutecia"; y pasando por la Costa Azul —"Niza" es el título de uno de los poemas—, sigue después "De Madrid a Andalucía", Aranjuez, la Mancha, Bailén, Jaén, Granada, Málaga, Algeciras, Cádiz, Sevilla, Ecija, Córdoba... Y el libro se cierra bellamente con un poema fechado "bajo los cielos de Cataluña".

Estos poemas viajeros de Beltrán Guerrero —no olvidemos la rica tradición de poesía viajera hispánica—, Rubén, Juan Ramón, Federico, Alberti y tantos otros, no son meras instantáneas fotográficas. El poeta ha gustado empapar su alma en el paisaje de Castilla o en el sol y el mar andaluces. Y aún tiene un gesto despectivo e irónico —al modo sentencioso de Antonio Machado— para el turista —¿anglosajón?— que nada sabe ver, a pesar de su empeño:

Turista:
de envés al revés

miras el cuadro.
La imagen miras
sin ser artista.

No por más requetever
verás lo que no ves.

Sentimentalmente, como andaluz, me tocan más de cerca los poemas de esta segunda parte del libro: "De Madrid a Andalucía". Beltrán Guerrero ha sabido captar, en poemas casi siempre breves, cromáticos, frescos, la luz, el aroma y la savia de mi tierra andaluza: los olivos de Jaén, las aguas y el perfume de la Alhambra, la sombra de la Mezquita cordobesa, la luz azul que siluetea la Giralda. Y al llegar a Cádiz no falta un recuerdo para "el marinero en tierra" —Rafael Alberti—; y en Ecija —la sartén— una evocación —en uno de los poemas más logrados del libro—, para un humilde ecijano de la conquista:

Martín Tinajero,
soldado de Andalucía.
Santo sin canonizar,
el primero,
de Venezuela, la mía.

Pero sigue el itinerario andaluz y me topo, de pronto, con una sorpresa (para mí, algecireño), este breve e incisivo poemilla:

Algeciras.
¡Río de la Miel
que vas a endulzar la mar!
Mar amargada y con ira.
¡Ingleses en Gibraltar!

Ese morisco, y para mí familiar, Río de la Miel, que lleva sus dulces y parvas aguas a la bahía algecireña, me ha recordado a aquel poeta árabe, Ben Abi-Ruh, de la Algeciras arabizada, que ya en el siglo XII cantó así al humilde río (cito la bella versión castellana de Emilio García Gómez):

Detente junto al río de la Miel, párate y pregunta
por una noche que pasé allí hasta el alba
bebiendo el delicioso vino de la boca o cortando la rosa del pudor.
Nos abrazamos como se abrazan los ramos encima del arroyo.
Había copas de vino fresco, y nos servía de copero el aquilón.
Las flores, sin fuego ni pebetero, nos brindaban el aroma del áloe.
Los reflejos de las candelas eran como puntas de lanzas sobre la loriga del río.
Así pasamos la noche, hasta que nos hizo separarnos el frío de las joyas.
Y nada excitó mi melancolía más que el canto del ruiseñor.

No quiero decir adiós a Luis Beltrán Guerrero, cordial, nobilísimo *visitante* de la vieja España, sino hasta pronto. Y sea bienvenida su enamorada y limpia poesía a las librerías madrileñas.—JOSÉ LUIS CANO.

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO: *Revelación del Paraguay.* Espasa-Calpe. Madrid, 1958.

Ernesto Giménez Caballero amplía, con esta nueva obra, su ya extensa nómina de "libros de buen amor", de libros de aquilatado amor hispánico, como son todos los que ha venido dedicando a España —*Genio de España* y *España nuestra*—, a Argentina —*Amor a Argentina*—, a México —*Amor a México*—, a Portugal —*Amor a Portugal*—, a la ciudad colombiana de Cartagena —*Universal Cartagena*—, a la comprensión hispanonorteamericana —*Norteamérica sonríe*—, a Bolivia —*Maravillosa Bolivia*—, y ahora esta *Revelación del Paraguay,* con la que nos ensancha el horizonte de la comprensión americana. América, a través de estas interpretaciones de la pluma de Giménez Caballero, está cobrando una dimensión cordial, una suerte de relieve que parecía no haberse querido destacar, o que a nadie le ha sido posible descubrir y señalar; porque estas cosas en las que se conjuga la esencia tradicional de una estirpe y la visión del futuro de una comunidad, es preciso atisbarlas con los ojos muy abiertos y el corazón a flor de piel. Pocos, casi diríamos escasos, son los intelectuales españoles a los que el tema americano preocupa de verdad. Con conocimiento de causa, sensibilidad, comprensión e inquietud. Por eso llama tanto la atención que en este tipo de obras Giménez Caballero nos vaya perfilando la gran silueta de América mediante las breves parcelas de interpretación de los más sinceros caracteres de cada una de las nacionalidades del mundo iberoamericano. México, Bolivia, Argentina, Paraguay, España, el vecino Portugal, vienen a convertirse así en piezas de lo que nos cabe suponer un grandioso "puzzle", que algún día resuma en apasionadas páginas las versiones interpretativas de las repúblicas hispánicas de la otra orilla. Quizá cabría hacer libros más eruditos o más espectaculares. Quizá, tras las huellas de Giménez Caballero, sigan algún día —Dios quiera que no esté muy lejos— grupos más numerosos de exegetas de las cosas de América, pero hoy por hoy nos vemos constreñidos a resaltar lo insólito de su actitud. Creo que a la hora de buscarle un parangón en la historia reciente de las letras españolas no dudamos en colocar su inquietud por los temas hispánicos, junto a la que presidió gran parte de la obra de Menéndez Pelayo y Unamuno. Y no nos parece excesivo. Recuérdese que, tanto en estas gloriosas figuras de nuestras letras, como en Giménez Caballero —aparte otros menesteres y dedicaciones—, el tema americano se manifiesta, esencialmente, por fidelidad a una tradición histórica, por amor a unas tierras en las que se injertó el viejo tronco ibérico por inquietud gozosa hacia los partos de la autenticidad peninsular, y no queremos excluir,

ni en las meras citas, al quehacer atlántico de Portugal, y menos cuando andamos a vueltas con un autor en cuya obra el país vecino ha encontrado también una exacta interpretación.

Revelación del Paraguay es crónica, guía y ensayo de interpretación históricocultural. Todo integrado en un estilo ligero, ameno, documentado y amoroso. Libro cuya imagen del Paraguay se hace asequible a todos los públicos y a todas las exigencias. A lo largo de las tres partes en que está dividido ofrece la más reciente versión de la República hispanoguaraní.

La primera parte, bajo el rótulo general de "Paraguay revelado", pone de manifiesto lo que podemos considerar las claves precisas para adentrarse en el conocimiento del proceso históricocultural paraguayo. Desfilan y son enjuiciados los personajes que han interpretado los papapeles más descollantes en su acontecer. Desde el fundador Irala hasta Francisco Solano López —al que Giménez Caballero apoda "heroizador"—, pasando por el "universalizador" Ignacio de Loyola —el que hizo realidad la única utopía recogida en los anales de la historia humana: la reducción—; los "nacionalizadores" Hernandarias, Hernando de Trejo y fray Roque González; el "emancipador" José Gaspar de Francia —el hombre cuyo acierto residió, a juicio de Giménez Caballero, en "volver el Paraguay al tipo de "reducción" en que lo encuadrara y salvara Hernandarias al entregarlo a la universidad jesuíta"—, y su "modernizador", Carlos Antonio López. Con estas figuras está tejida la urdimbre sobre la que realza lo que ha sido la historia de la República paraguaya.

La segunda parte, titulada "Revelaciones sobre Asunción", viene a ser una exégesis entre histórica y pintoresca de la capital paraguaya. Lo histórico se reduce a unos breves capítulos introductorios para dejar correr a una pluma de coloreadas tintas, que describen con cromático casticismo las singularidades de esa bella ciudad que debe ser —el "debe ser" escrito con añoranza— Asunción.

Cierra la obra una tercera parte en que, bajo el genérico nombre de "Paraguayidad", nos lleva a un breve, pero muy jugoso, deambular por las más características ciudades o regiones del Paraguay. Aquellas que por muy diversos motivos han significado o significan algo en la historia, la geografía y la vida del país. El soñador lago Ypacaray. El místico Caacupe, el lago que en sus aguas refleja el color de la Santísima Virgen, que dió el nombre a la capitalidad paraguaya. Villarrica. Itapua, la tierra ofrecida a la última expedición de emigrantes españoles. Concepción, decaída capital del tráfico comercial de la yerba mate. Pedro Juan Caballero o el futuro prometedor del café. Y el Alto Paraná, el Chaco... y el épico Cerro Cora, la ciudadela indómita del

temple heroico de este país. "Pero no constituye mi intención —señala en las últimas páginas el autor— historiquear ni sociologizar. Mi propósito no es de profesor ni de político, sino de vidente y de poeta." Y en verdad que lo evidencia por la pasión derrochada en la descriptiva comprensión de ese país americano que tan altas oleadas de simpatía promueve, y que creemos haber llegado a conocer con bantante aproximación a través de este jugoso relato, que "revela" la más completa imagen que de él haya realizado un viajero apasionado que por razones de servicio echó el alma en las tierras mediterráneas del Paraná.—ANTONIO AMADO.

INDICE

Páginas

ARTE Y PENSAMIENTO

CORONEL URTECHO, José: *El hombre americano y sus problemas*... 5
BENN, Gottfried: *Siete poemas de "Apreslude" (1955)*... 18
QUIÑONES, Fernando: *La rata* 23
XYZ: *Jacinto Grau* 27
ESPINOSA, Miguel: *Configuración del primer humanismo occidental*... ... 28
SOTO VERGÉS, Rafael: *La agorera* 41
XYZ: *Españoladas a granel* 45
MAYER, Romilda: *Una taza de café* 46

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de notas:

CORABIA, Dimas: *Ludwig Zeller, poeta mágico* 53
SÁNCHEZ CAMARGO, Manuel: *Indice de exposiciones*... 59
ESTEVA FABREGAT, Claudio: *Octavio Paz, un ritmo existencial en la poesía.* 63
GONZÁLEZ SEARA, Luis: *Morella, una lección de historia* 65

Sección bibliográfica:

BAYO, Manuel José: *Poética y realidad en el cancionero peninsular de la Edad Media* 68
SOTO VERGÉS, Rafael: *"Teoría de los juegos"*, de Roger Caillois 71
GIL NOVALES, Alberto: *En la hoguera* 74
QUIÑONES, FERNANDO: *Sobre un nuevo libro de poesía andaluza*... 76
GIL NOVALES, Alberto: *Un bufón antisemita*... 78
CANO, José Luis: *El visitante* 82
AMADO, Antonio: *Revelación del Paraguay* 84

Portada y dibujos de Juan José Copano. En páginas de color, el trabajo *Mariana de Jesús: sangre española, corazón quiteño,* de Aurelio Espinosa Polit, S. I.

MARIANA DE JESUS: SANGRE ESPAÑOLA, CORAZON QUITEÑO

POR

AURELIO ESPINOSA PÓLIT, S. I.

En el extremo sur de la ciudad, tocando por su huerto al abrupto corte que hasta nuestros días se llamó Quebrada de Jerusalén, se levantaba, frente a las construcciones del primitivo hospital, aún hoy en pie, una mansión familiar, donde el 31 de octubre de 1618 nació Mariana de Jesús.

Era la octava y última hija de un hidalgo oriundo de la imperial Toledo, que las crónicas contemporáneas, empeñadas en recalcar su nobleza, denominan don Jerónimo Flores Zenel de Paredes, y de una quiteña, doña Mariana Granobles y Jaramillo, hija de padres españoles, don Gabriel Meléndez de Granobles, natural de Guadalcanal, en Andalucía, y de doña María Delgado Jaramillo, de la villa castellana de Alcalá de Henares.

La sangre española fluyó, pues, generosa por las venas de Mariana: españoles de pura cepa el padre y los cuatro abuelos. Pero no menos decisivo fue en ella el aporte del criollismo local. Ante todo, los íntimos factores físicos: la sangre de la madre quiteña, su leche y la de las dos nodrizas que le ayudaron en la crianza de la niña, la criolla blanca Catalina de Alcocer y la india Beatriz. Pero también actuó irresistiblemente el conjunto de influjos circunstanciales que por todas partes la rodeaban: el ambiente formado por el abigarrado círculo de familia en el que se codeaban fraternalmente peninsulares, criollos, mestizos, indios naturales y hasta un negrito; las patriarcales costumbres de una ciudad en formación, rigurosamente española en su gobierno, pero ya americanizada por la convivencia y compenetración de las razas; el clima amigablemente equilibrado por las compensaciones del trópico y de la altura, que ablandaban el temple de los españoles curtidos en inviernos y veranos extremosos; el paisaje perennemente verdeante; la pujanza y virginidad de la naturaleza americana; en una palabra, ese algo nuestro sonriente y florido, inmune de las asperezas de las estaciones y de la dureza que inspiran, distinto de los cánones de belleza y de bondad consagrados en la vieja Europa.

El sello bipartito de la fusión de razas y de la sinergia de influjos divergentes quedó impreso para siempre en Mariana de Jesús. Y es ella, sin duda, el lazo más bello y más simpático que media entre la España madre y esta tierra ecuatoriana, tan genuina hija suya. His-

panismo y criollismo nunca estuvieron tan lindamente hermanados como en esta hidalga y graciosa doncella. En su fisonomía, la firmeza del dibujo y la estampa de abolengo asentado y consciente, son todo españolas; mas la ternura de la coloración, la gracia de lo esfumado y de los matices, la atemperación externa de la interna reciedumbre, son típicamente americanas.

Y así fue desde la cuna. España y América, en floración conjunta, produjeron a Mariana de Jesús. En esta dualidad vital de nuestra Santa, factor constitutivo de su fisonomía, pone la nota justa, con perfecta discreción, este poético idilio del P. Miguel Sánchez Astudillo, en el que esboza la deliciosa escena en que el padre español y la madre criolla amorosamente se disputan la privilegiada criatura:

CANCION DE CUNA

—Duerme, duerme, niñita mía,
manojito de amor,
azucenas regué en la cuna
y velándote estoy...
¡Cómo serás de linda, mi princesita,
que pareces un sol!...

Así cantaba la madre,
y el capitán que la oyó
se puso junto a la cuna
y elevó su grave voz:

—Reposa, niña, que este hidalgo
por ser tu padre el mar cruzó,
y con su espada toledana
velándote está hoy.

¿Verdad, señora, que es la niña
un capullo español?
—¡No, que la flor es de esta tierra!
Palpadle el corazón.
¿No oís que dice: "Cual mi madre
quiteñita soy"?

—Mirad el aire castellano
que hay en su diáfano color.
—Sentid el fuego americano
que da a sus ojos ese ardor.

Creció la dulce contienda,
la niña se despertó,
y pareció que gorjeaba
algo como esta canción:

—¡Castilla me dió la sangre,
Quito me dió el corazón:
soy flor de la tierra nueva
y ella ganará mi amor! (1).

(1) Del poema "Heroína".

Lo que tan graciosamente escenifica el poema se rezuma con toda claridad de los documentos de la época.

Veamos primero la reciedumbre castellana del padre. Píntase de cuerpo entero en una probanza contenciosa de nobleza, fechada en 1618, cinco meses apenas antes del nacimiento de Mariana.

"En la muy noble y muy leal ciudad de San Francisco de Quito del Perú, a veinte y seis días del mes de mayo, año de mil seiscientos y diez y ocho, ante el General Don Francisco Maldonado de Mendoza, Caballero del Orden de Santiago, Corregidor de esta ciudad y su tierra por el Rey nuestro Señor, Jerónimo de Paredes, vecino de esta ciudad, hijo legítimo de Alonso de Paredes y Mariana Cedeño, su mujer, y nieto del Licenciado Alonso de Paredes, y bisnieto de Diego Flores, vecino de la ciudad de Toledo y de la villa de Madrid en España, digo: Que los dichos mi padre, abuelo y bisabuelo paternos fueron hombres nobles, españoles viejos hijosdalgo(s) notorios conforme al fuero de España... Que es necesario, por lo que toca a mí y a mis hijos legítimos y Doña Mariana de Jaramillo, hija legítima de Gabriel de Granobles, hacer información con los testigos que al presente están vivos en esta ciudad, antes que se mueran como los demás han muerto, de cómo soy hijo legítimo de los dichos Alonso de Paredes y Mariana Cedeño, su mujer, mis padres; y el contenido en esta probanza que presento, por el dicho Alonso de Paredes, mi padre, en la villa de Madrid, al tiempo y cuando yo pasé a estas partes, ante el Doctor Liébana, Teniente de Corregidor en ella... y de cómo soy tal persona como la dicha probanza refiere, y hombre de buena vida y costumbres. Y, para que esto tenga efecto en aquella vía que más lugar haya en derecho, suplico a Vuesamerced mande recibir información de la dicha mi nobleza y situación que ofrezco dar."

Efectivamente, en la probanza hecha en Madrid, a 19 de diciembre de 1588, declaran los testigos que los padres de Jerónimo de Paredes "son cristianos viejos, sin raza de moros, ni judíos, ni de los nuevamente convertidos a nuestra santa fe católica, ni han sido ninguno de ellos penitenciados por el Santo Oficio de la Inquisición, pública ni secretamente, ni son de los prohibidos para pasar a las Indias... que han estado en posesión de hijosdalgo y... siempre gozaron de las franquezas y preeminencias que suelen gozar los semejantes hijosdalgo, y que... ninguno de ellos nunca pagaron pechos, ni derechos, ni derrama, ni otra cosa que pecho fuese... y que, cuando iban a coger el servicio y pecho reales, no entraban en casa de los dichos, antes pasaban adelante, porque... eran hijosdalgo notorios".

Con todo este empaque y con todos estos pleonasmos curiales hace sonar el buen hidalgo toledano sus títulos incontrovertibles, pues se

trataba con ellos de hacer morder el polvo a un su contrario, que se le había atrevido, cuando era Alguacil Mayor de la villa de Riobamba, como consta por la siguiente sentencia: "Fallamos que por la culpa que de este proceso resulta contra... Don Pedro de Arellano, que le debemos condenar y condenamos en un año de destierro de esta corte y del pueblo de Hambato... y condenámosle más en un mil pesos de a ocho reales, que aplicamos para la Cámara de su Majestad y gastos de justicia por mitad, y declaramos al dicho Jerónimo de Paredes por hombre noble y persona en quien no caben las palabras que se prueba haberle dicho el dicho Don Pedro de Arellano."

Salvado estaba el honor, y podía nacer hidalga de ejecutoria la niña inocente, a quien, a pesar de que ella nunca quiso ser otra cosa que "Mariana de Jesús", trataron hasta la muerte sus criadas de "Doña Mariana", y sus confesores de "Señora".

Tenía, pues, Mariana de quien heredar el primer rasgo que no puede faltar en ninguna fisonomía genuinamente española: la arrogancia y la propia estimación. Difícil sería, sin embargo, hallar en la multitud de datos concretos de la vida de nuestra Santa conservados en los Procesos, rasgo alguno que con propiedad pueda calificarse de arrogancia. Lo más que se puede advertir en ella son derivaciones inocentes de este erguimiento racial, un porte noble y seguro de sí, una espontánea dignidad que, en los numerosísimos actos de humildad que de ella se refieren, y en su habitual llaneza, dejan vislumbrar un algo imperceptible de condescendencia y amable allanamiento.

Otro rasgo derivado, corregido a tiempo, se dejó entrever en los primeros albores de su vida consciente: ciertos atisbos de terquedad, ciertos dejos voluntariosos que hacen sonreír por lo que anuncian de entereza de carácter y resolución en los inocentes caprichos de la niña tiernecita.

Presenciemos, por ejemplo, esta curiosa escena contada en el Proceso de 1672 por su sobrina doña Mariana Rodríguez de Paredes, hija de la hermana mayor de la Santa, doña Petronila, quien sin duda la presenció.

"En una ocasión, ya que andaba y hablaba Mariana de Jesús, habiéndose juntado unos pobres en su casa pidiendo limosna, viéndolos la niña, fue a hacer instancia a su madre por una torta que guardaba para que comiese Jerónimo de Paredes, porque aún no habían comprado pan. Y aunque resistió doña Mariana en dar la torta, con lloros e instancias hubo de hacer que la repartiesen a los pobres. Y acabado de repartirla, habiendo dicho Mariana de Jesús que "Dios daría pan para el viejo" (por el dicho su padre), a breve rato entraron con dos canastas de pan muy lindo un niño y una india que no conocieron ni

supieron quién lo enviaba; y dijo entonces la niña Mariana de Jesús hablando con su madre: "¿ve, mamá, cómo Dios le ha enviado tanto pan, porque dio a los pobres la torta en su nombre?" (2).

La niña, de tres años, llamando a su padre "el viejo", como oído decir a gente mayor, familiar de don Jerónimo, e imponiendo resuelta sus voluntades con el arma de las mujeres y de los niños, las instancias y los lloros, forma un cuadrito revelador, que hace juego con este otro referido por doña Catalina de Peralta, quien lo sabía de la propia madre de Marianita.

"Decía doña Mariana Jaramillo que, teniendo devoción de ponerse en oración en cruz de noche antes de acostarse, habiendo echado en la cama a la dicha Mariana de Jesús, siendo ya muchacha que hablaba, para que durmiera, levantando el pabellón hacía reparo en lo que hacía su madre, y la preguntaba: "Mamá, ¿qué hacéis?" Y diciéndola que durmiese, respondía la niña: "No, mamá, que quiero hacer lo que vos hacéis", y bajándose de la cama se ponía también en cruz con la dicha su madre" (3).

Mas no sólo la energía y resolución heredó Mariana de Jesús de su ascendencia hispánica, sino también el espíritu de aventura. Oye contar las hazañas y el martirio de los primeros misioneros jesuítas en el Japón, y, sabiendo que también hay infieles que convertir en las soledades de nuestro Oriente, trata al punto con su sobrina doña Juana de Caso de salir en busca de almas, prepara sigilosamente provisiones para la expedición y sustrae la llave de la casa para salir inadvertida durante la noche. Dios se encargó de frustrar aquellos piadosos planes, haciendo que no se despertasen a tiempo las viajeras y fuesen detenidas por sus padres (4).

Poco después, sin embargo, aprovechando una ausencia de la hermana mayor, doña Jerónima, que cuidaba de ella, intentó otra escapada, esta vez a las breñas del Pichincha, "por haber oído decir —cuenta Escolástica Sarmiento, compañera, con otras tres, de la expedición— que una imagen de la Madre de Dios estaba (allí) con poca veneración y decencia". Su determinación fue "ir a asistirla, y hacer en ese desierto penitencia". Habían de hacer vida eremítica, y "las decía y persuadía —añade Escolástica— que para que no las conocieran, se habían de zajar los rostros con vidrio y echarse sobre las heridas tizne, para que, manchadas, se desfigurasen y no las conociese nadie" (5). Un toro negro que se interpuso providencialmente en su

---

(2) *Procesos*, p. 225.
(3) *Procesos*, p. 227.
(4) *Procesos*, p. 15.
(5) *Procesos*, pp. 64-65.

camino las obligó a volver a casa. Y esta segunda aventura fue la ocasión que indujo a los que velaban por Mariana de Jesús, ya para entonces huérfana, a proporcionarle el retiro dentro de la casa paterna, que constituía su peculiar vocación.

En este retiro entró solemnemente hacia los doce años, y con heroica fidelidad en él se mantuvo hasta la muerte sin más salidas que a la iglesia de la Compañía cada mañana. Esta entereza y esta fidelidad son la nota constante de su vida y la prueba más fehaciente de la rigidez férrea de su voluntad, sobre todo cuando se recuerda la vida de casi inconcebibles rigores que llevó en su voluntaria soledad.

Gran ejemplo para nuestra inconstancia endémica, la falla que más tenemos que lamentar en nuestra idiosincrasia nacional. Hay que confesarlo, en este punto más cerca está Santa Mariana de sus progenitores que de sus descendientes.

No faltan, sin embargo, múltiples rasgos que se contraponen a esta reciedumbre y la atemperan, rasgos en que se estampa inconfundible el sello americano en que reconocemos a Santa Mariana por totalmente nuestra.

Nuestros, por ejemplo, mucho más que españoles, son los matices de su vida de familia, parca pero tan llanamente compartida en el seno del hogar con las que eran sus allegadas más íntimas, su hermana mayor, doña Jerónima, que le servía de madre, y su sobrina, doña Juana de Caso, que le servía de hermana.

Los hijos tiernos de doña Juana intervienen una y otra vez en los Procesos, interrumpiendo la gravedad de la vida mística de la Santa. Una vez está ella en una de sus elevaciones milagrosas y la sorprende indiscreto un sobrinito: "Entrando un día —cuenta un testigo del Proceso— un hijo de la dicha doña Juana, llamado Cosme, que después murió religioso de la Compañía de Jesús, al aposento de la dicha sierva de Dios, la halló jugando en el regazo de sus faldas con un Niño Jesús, y viendo esto el dicho muchacho entró dando voces al cuarto de doña Juana, diciendo: "¡Mamá, mamá, tía Mariana está jugando con un Niño Jesús!" Y yendo la susodicha con toda prisa al aposento de la sierva de Dios, la encontró en la puerta, y muy sentida le dijo: "Doña Juana, ¿para qué dejáis entrar estos muchachos a mi cuarto?" Y estando dentro de él preguntó al muchacho que con cuál niño jugaba su tía, y respondió: "Con ese niño", mostrando el que tenía en brazos una imagen de la Madre de Dios, pintada en un lienzo, muy hermosa" (6).

Otra vez es una sobrinita, Catalina, hermana de Cosme, la que hur-

---

(6) *Procesos.* Testimonio de doña Juana de Peralta, p. 123.

ta inocentemente a la Santa un papel con sus secretos espirituales. Y la Santa, simulando gran enojo, la conmina: "No habéis de entrar más a mi aposento" (7).

Volvió, sin embargo, a entrar la Catalinita en una circunstancia trágica. Lo cuenta en el Proceso de 1671, como testigo presencial, la criadita indígena de Mariana de Jesús, por quien hemos llegado a saber muchas intimidades suyas. "Habiéndose ido —dice— en una ocasión doña Jerónima de Paredes (a su estancia de campo), dejó a cargo de Mariana de Jesús a una nieta suya llamada Catalina, de edad de dos o tres años, la cual bajó en brazos de esta testigo a la puerta de la calle, donde estaba una mula herrada de pies y manos; y poniendo a la niña en el suelo, a breve rato que se descuidó con ella, oyó ruido de golpe de una coz que dio la mula a la niña en el rostro, a que acudió esta testigo luego asustada, y alzó del suelo donde estaba tendida y casi muerta, y reparó que tenía todo el rostro magullado, la nariz quebrada y los dientes descuadernados, y tan maltratada que juzgó no viviría; y cogiéndola en brazos se subió al cuarto de Mariana de Jesús. Y cuando iba subiendo las escaleras le salió al encuentro la sierva de Dios, que no era hora de salir de su aposento, que serían las dos de la tarde poco más o menos, y la dijo: "¿Qué es esto que has hecho, Catalina?" Y viendo el estrago de la niña dijo: "¡Jesús! ¿Qué dirán sus padres?, ¿qué cuenta daré de ella?" Y la cogió en brazos y se entró con ella a su aposento, donde se encerró con la niña muy gran parte de la tarde. Y asustada esta testigo andaba acechando por los resquicios de la puerta si lloraba o hacía algún ruido la niña; y viendo que no había ruido ninguno, se persuadió que estaba muerta. Y andando con este recelo, vio abrir la puerta de su cuarto a Mariana de Jesús con la niña en los brazos, sana y buena y sin lesión ninguna, como si no hubiera pasado por ella lo referido, alegre y con el rostro rosado, y con una manzana en una mano y un pedazo de pan en la otra, como si se levantara de dormir" (8).

En la narración citada de la india Catalina de Paredes algo se vislumbra de lo que la lectura de conjunto de los Procésos pone en plena luz y es uno de los rasgos más acentuados de matiz americano en Mariana de Jesús. Aunque tan inmediatamente cercana al españolismo de pura sangre de su padre y de sus abuelos, nunca guardó ella las distancias tan celosamente mantenidas por otros, aun entre sus parientes, respecto de la raza indígena y de los diversos grados de mestizaje. No hay de esto el más remoto indicio, sino antes múltiples pruebas de la espontaneidad con que unimismaba en un trato la idéntica cordialidad y

(7) *Procesos*. Testimonio de Andrea de Caso, p. 20.
(8) *Procesos*, pp. 104-105.

dulzura a todos, españoles, criollos, mestizos, indios y negros. El color y la raza no contaban para ella. Los rangos sociales tampoco. Su confidente más íntima fue tal vez Petronila de Miranda, la doncella pobrecita a quien daba todos los días su parte de comida, y que, muerta la Santa, entró de leguita en Santa Clara. A esta pobre vergonzante recibía en su cuarto, favor que negaba a las oidoras y grandes damas, le mostraba sus instrumentos de penitencia, le contaba sus intimidades espirituales y hasta los milagros que obraba Dios por ello. A su ruego, un día, por darle gusto se puso a tocar la vihuela, y al poco rato cayó en un éxtasis que duró, cuenta la misma Petronila "desde las cinco de la tarde hasta las seis, y cuando volvió del éxtasis fue con un suspiro muy tierno y dijo a esta testigo: "Hermana Petrona, qué de cosas hay en el cielo...", y de puro gozo derramó gran copia de lágrimas" (9).

Confianzas parecidas y trato de una igualdad democrática, que ni ahora está generalizado, usaba con sus criadas: con Leonor Rodríguez, hija del mayordomo de Granobles, Hernando Palomeros; con Catalina de Alcocer, que había sido su nodriza; con la mestiza María de Paredes, que cuenta emocionada la distinción con que la favoreció su ama. "Estando enferma —dice— del achaque de que murió, antes que se le quitase el habla, pidió a esta testigo que ella y doña Jerónima de Paredes, su hermana, y doña Juana Caso, su sobrina, la amortajasen cuando muriese, con toda honestidad y modestia, y que no permitiese que otra persona llegase a tocarle su cuerpo y carnes" (10).

Se multiplican en los Procesos las escenas que patentizan esta llaneza absoluta y amorosa de Mariana con los más humildes.

Cuenta María Rodríguez de Paredes, prima hermana de la Santa: "Sabe esta testigo que estando en una ocasión una negra llamada Beatriz, esclava, de parto en grande aprieto en casa de la sierva de Dios, bajó Mariana de Jesús a verla, poniéndole la mano en la cabeza, la dijo: "Dios sea servido de alumbrarte con bien". Y acabado de decir estas palabras, parió la negra con mucha facilidad. Y bautizada la criatura, murió el día siguiente; y doña Juana Caso, sobrina de la sierva de Dios, le dijo: "Mariana, el negrito que parteaste se murió." A que respondió Mariana de Jesús: "Era para el cielo, y así se lo quitó Dios" (11).

Dulce y solícita con una pobre esclava, la misma bondad amorosa demostró con una indígena. "Vivía en casa de Mariana de Jesús —cuenta la esposa del mayordomo Palomeros— y debajo de su cuarto una india que había parido una criatura y le faltaba leche para darle de ma-

(9) *Procesos*, p. 73.
(10) *Procesos*, p. 218.
(11) *Ibíd.*, p. 227.

mar, con que lloraba todas las noches, y la madre también de verse sin leche. Y apiadándose Mariana de Jesús, le preguntó que por qué eran tantos llantos así de la criatura como suyos; y diciéndole la causa, la dijo que no se afligiese, que ella le daría un remedio con que tendría luego leche. Y diciendo esto, se fue a tener oración, y, acabada, le dijo a la india que trajese unas hojas de higos de la tierra y que, cociéndolas en agua, tomase el vaho de ellas. Y habiéndolo hecho, tuvo luego al momento leche en abundancia" (12).

Ejemplo más convincente, si cabe, de la hondura de amor con que trataba Santa Mariana a las más humildes criaturas son los conmovedores esfuerzos que hizo por contener en el camino de perdición a la india Catalina, que desde niña la servía. Lo cuenta esta misma india, única testigo posible de escena tan íntima, y lo hace con la impavidez propia de su raza, que sin duda desconcertó entonces a la Santa, como nos desconcierta todavía a nosotros.

"En la última ocasión —dice— de la asistencia y servicio de esta testigo a la dicha Mariana de Jesús, y que andaba ya para irse por cierta ocasión de inquietud que tenía... y que estaba esta testigo en opinión de doncella, trató de hecho de huirse. Y la noche que lo había de poner en ejecución, a prima noche, como a las siete horas de ella, andaba buscando dónde dejar con seguridad las llaves que tenía a su cargo. Y andando con este desasosiego, le salió al encuentro Mariana de Jesús, siendo hora que jamás salía de su aposento, y la dijo fuese a encender vela. Y habiéndola traído, la sentó a su lado y pidió que la apretase los pies que le dolían. Y con esta ocasión, viéndola atentamente el rostro, con palabras sentidas la dijo: "Catilla, ¿qué tienes para andar tan alborotada?, ¿adónde te quieres ir?" Y esta testigo, espantada de lo que la decía, porque sus intentos no los había comunicado con persona alguna, sino guardádolos sólo en su corazón, se lo negó y puso las llaves cerca de la sierva de Dios. A que dijo: "Con dejarme las llaves me dices te quieres ir determinantemente. Vuélvetelas a llevar, y mira que por cuatro días de gusto se sigue una eternidad de penas en el infierno." A que esta testigo comenzó a llorar, y entonces la dijo: "¿De qué lloras si es tu gusto el irte?" Y con esto se apartó de la dicha sierva de Dios, y aquella misma noche se salió de casa y se fue y no volvió más a su servicio, quedando espantada de ver que lo que tenía en su corazón se lo conociese" (13).

Dolíase Mariana de la perdición de las almas, así fuese de las en apariencia más despreciables. Por todas se interesaba y afanaba, a todas

---

(12) *Procesos*, p. 166.
(13) *Procesos*, pp. 108-109.

trataba de ganar con una suavidad y dulzura, de las que el recio desgaire español moteja a veces de melosidad americana.

Citemos un último ejemplo: la conversión de doña María Duchicela, tal como la cuenta el P. Morán de Butrán.

"Doña María Duchicela, india de nación, si bien de linaje nobilísimo, por ser descendiente de los Ingas de este reino, cacica principal del pueblo de Yuruquis en la jurisdicción de Riobamba (había venido) el año de 1644, un día viernes a esta ciudad de Quito a poner un pleito ante la Real Audiencia, en que sólo miraba conservar el legítimo derecho de su cacicazgo. Y el día siguiente sábado fue a la Capilla de Nuestra Señora de los Angeles a oír una misa y encomendar a tan gran reina el feliz despacho que pretendía. Estando oyendo la misa en la calle, ostentando profanidad en el vestido, en el ambar que respiraba, en las joyas de su adorno y en la peregrina belleza de su rostro..., volvia de la Iglesia para su casa la venerable Virgen Mariana, y cogiendo la voz de la campanilla (del alzar) en el mismo lugar donde estaba hincada doña María, se hincó también la sierva de Dios... Y acabado el sacerdote de alzar el cáliz, Mariana, con cariñosas palabras, saludó a doña María, mostrándola mucho afecto, sin haberla jamás visto ni comunicado —cosa rara en su modestia. Acabada la misa, trabó conversación, preguntándole de dónde era, a qué venía y cómo se llamaba. Respondióle que María, y que seguir un pleito en la Real Audiencia la había traído de su tierra, y que dentro de quince días a más tardar se volvería. Entonces la venerable Virgen la dijo que tenía lindo nombre, y sería lástima malograse su cara, no ofreciéndola a Dios, procurando parecer bien a él y no al mundo, que fuese muy devota de la reina de los ángeles, trayéndola siempre en su alma, para que se conformase bien el nombre que recibió en el bautismo" (14).

Alárgase la historia; doña María Duchicela volvió a ver a Mariana de Jesús, y conquistada por su dulzura y cortesanía, se resolvió a cambiar de vida, trocando, dice el P. Morán de Butrón, "la desenvoltura en penitencia, el escándalo en edificación, el pasatiempo en observancia de la ley divina, como es todo público y notorio en la ciudad" (15).

Vemos, pues, que el doble sello nativo, español y americano, quedó grabado en la personalidad de Mariana de Jesús en forma indeleble, pero debemos añadir en forma perfectamente armonizada. A quien lee con atención los testimonios de los Procesos, aparecen los dos aspectos inextricablemente entreverados. Al lado de unos cuantos rasgos, rezagos inconscientes de atávicos engollamientos, hay otros muchos reveladores

(14) *Vida*, pp. 448-449.
(15) *Ibíd.*, p. 450.

de la connaturalidad espontánea y cordial con que vivía la humildad del ambiente nativo.

Fue Mariana toda la vida señora, y señora de su tiempo con la triple escala social netamente definida de nobles, hidalgos y pecheros. Como todas las doncellas hidalgas hijas de familia, tuvo su criada propia, la indiecita que vimos, dedicada exclusivamente a su servicio. Y así, por más que ahora nos extrañe la incongruencia del proceder, flagelándose sin piedad el ama cada noche, era esta india la que a la mañana siguiente se ocupaba en lavar los ladrillos ensangrentados. Pero también vemos que la que así se hacía servir, acudía luego al lado de esta indiecita y de las demás que formaban la servidumbre de la casa, y se sentaba con ellas en el suelo para enseñarles familiarmente la doctrina, o bajaba de noche al horno de pan y con ellas amasaba y cocía la porción que por sus manos preparaba para sus queridos pobres.

Entre estos extremos corría equilibrada la vida de la noble joven. Holgada le venía la cortesanía natural para atender a la oidora que acudía a visitarla; y corazón le sobraba para interrumpir su oración y descender, como vimos, a averiguar por qué lloraba en las piezas bajas la criatura recién nacida de la pobre india sin leche. Sin perder su noble porte y señorío, supo Mariana hermanarse con la india y con el mestizo, con la cuarterona y con el negrito.

Hasta en su fisonomía espiritual se trasluce la doble impronta, europea y americana. Primer padre espiritual e inolvidable maestro de santidad fue para Santa Mariana un español, el gaditano P. Juan Camacho, S. I., de quien dijo ella al P. Lucas de la Cueva que le "reconocía por su Padre en el espíritu, y que fue el que desde su niñez la puso en él, desde que comenzó hasta el punto en que se hallaba". Pero el confesor, de trato para ella más familiar, y a quien se abrió con más ingenua confianza, fue el quiteño P. Antonio Manosalvas, como se puede juzgar por este final de carta que le envía a Riobamba: "Todos los de casa tienen salud y besan a Vuesa Paternidad la mano. Padre mío, Tomás de Escobar lleva una petaquita con unas tortas y un poco de bizcochos y alfajor, y mi corazón también. Vuesa Paternidad reciba la voluntad, que es buena. Y con esto, adiós, mi Padre de mi alma."

Así se pudiera seguir a Mariana en las múltiples manifestaciones características de su vida ejemplar en la que siempre estuvieron obrando influjos peninsulares, no sólo por el denso ambiente colonial del Quito del siglo XVII, sino también por la acción ya de sus nueve confesores o directores jesuítas (de los cuales sólo cuatro fueron americanos), ya de sus habituales lecturas, entre las que consta que le fue familiarísima la de las obras de la Santa Doctora de Avila. Pero al término de esta vida, en su repentino ocaso, se sobrepuso y destelló deslumbrante el amor a

su patria quiteña, por la que sin vacilar dio su vida en sacrificio expiatorio.

El 26 de marzo de 1645, en días en que los temblores que siguieron al terremoto destructor de Riobamba ponían en zozobra la ciudad de Quito, por ella se ofreció como víctima, "en defensa de su patria, paisanos y deudos, y que el castigo que su Divina Majestad hubiese de hacer en esta ciudad, lo ejecutase en ella, recibiendo, en satisfacción de sus ofensas, su vida". Un mes exacto más tarde, el 26 de mayo, consumaba su holocausto Mariana de Jesús.

No la ha olvidado nunca su ciudad natal. Y ahora, a tres siglos de distancia, tratando de descifrar el sentido de su trayectoria histórica, no puede menos de pensar que si bien cuando Jerónimo de Paredes se embarcó para Quito a principios del año de 1589, no traía más intención que la declarada en Madrid, a 9 de diciembre de 1588, ante el corregidor de la Villa, doctor Liébana, "de venir a cobrar unos dineros que debían a su padre, don Alonso de Paredes"; pero, en realidad, a estas tierras andinas, que apenas llevaban medio siglo de conquistadas, le traía la divina Providencia para un destino mayor. Traía Dios a un hidalgo de Castilla para dar a América una Santa, para dar al Ecuador su "heroína nacional", para dar a Quito su "azucena", flor de santidad que la enorgullece más que todos sus otros timbres de gloria.

Aurelio Espinosa Pólit, S. I.

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

FUNDADOR
PEDRO LAIN ENTRALGO

DIRECTOR
LUIS ROSALES

SUBDIRECTOR
JOSE MARIA SOUVIRON

SECRETARIO
ENRIQUE RUIZ-FORNELLS

DIRECCIÓN, SECRETARÍA LITERARIA
Y ADMINISTRACIÓN

Avenida de los Reyes Católicos,
Instituto de Cultura Hispánica
Teléfono 24 87 91
MADRID

•

EN EL PROXIMO NUM. 113
(MAYO 1959)

ENTRE OTROS ORIGINALES

Carlos Clavería: *En torno a la intimidad y el borgoñismo de Carlos V.*

José Manuel Caballero Bonald: *Las horas muertas* (cinco poemas).

Oscar Echeverri Mejía: *El que busca su muerte.*

Santiago Riopérez y Milá: *El problema de la muerte en la obra de "Azorín".*

Héctor Villanueva: *Odas para tres ríos americanos.*

Fernando Santos Rivero: *"Horas antes de mi muerte"* (cuento).

Y las habituales secciones de actualidad y bibliografía hispanoamericana y europea.

•

Precio del núm. 112:
VEINTE PESETAS

EDICIONES
MUNDO
HISPANICO